

C. P. Cavafis

Poemas

Traducción, prólogo y notas de

Ramón Irigoyen

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

PRÓLOGO

I. BIOGRAFÍA

Constandinos Petros Cavafis nació en Alejandría (Egipto) el 29 de abril de 1863. Fue hijo de Petros Yanis Cavafis y de Jariclía Fotiadis, que descendían de familias de la burguesía de Constantinopla y de la aristocracia de la isla de Quíos, respectivamente. Hijo menor de nueve hermanos, a los siete años se queda huérfano de padre. Y a la intensa aflicción que sufre la familia se une el pesar por la coincidencia con una grave crisis de la empresa comercial Cavafis y Cía., de la que su padre era propietario junto con sus hermanos. La empresa, dedicada a la elaboración de algodón, tenía sucursales en Manchester, Liverpool y Londres.

En 1872 su madre levanta la casa de la calle Cherif, en la que había nacido el futuro poeta y en cuya planta baja estaba la sede de la empresa familiar, y se traslada con sus hijos a Liverpool. Residen en Inglaterra durante siete años, con una breve estancia en Londres en 1877. La educación de Cavafis es totalmente inglesa y el inglés se convierte en su segunda —si no su primera— lengua. En inglés hace sus primeros pinitos poéticos e incluso nos han llegado tres poemas suyos escritos en este idioma, además de algunas notas personales. El *crash* que en 1876 sacude la economía egipcia acarrea también el cierre definitivo de la firma Cavafis y Cía. al año siguiente. En 1877 la familia, con excepción del hermano mayor, regresa a Alejandría y Cavafis cursa estudios de comercio.

Es 1882 un año negro en la historia de Alejandría, con varias decenas de muertos en los disturbios del 11 de junio y el criminal bombardeo de la ciudad, el 12 de julio, por la armada británica. Entre las cerca de veinte mil personas que huyen de Egipto, Jariclía y seis hijos suyos —de los siete que le quedaban por esas fechas— se trasladan en un barco austriaco a Constantinopla, donde residen por tres años. Aunque el poeta vivió allí con dificultades económicas, siempre guardó buen recuerdo de esta ciudad, sin duda porque allí empezó a solucionar su vida amorosa —de orientación homosexual— con el descubrimiento de los burdeles. Esta orientación homosexual era considerada entonces socialmente en todos los países del mundo como una auténtica peste suministrada por el mismísimo diablo.

En 1885 vuelve a Alejandría, donde se establece ya definitivamente. Siguió allí unos años estudiando por libre —no tuvo ningún título universitario— y comenzó a trabajar en la bolsa algodonera y a colaborar en el diario *Tilégrafos*. En 1889 entró en el Servicio de Riegos del Ministerio de Obras Públicas, donde, tras tres años iniciales de meritorio sin salario, trabajó hasta 1922. Unos breves viajes a París, Londres y Atenas, en distintos años, le aliviaron un poco la rutina laboral. En su primer viaje a Atenas, en 1903, el poeta ha cumplido ya los cuarenta años. En 1922 se jubila para beneficiarse de la indemnización que ofreció Saad Zaglul a los empleados del gobierno que se retiraran en aquella fecha, según cuenta Liddell en su espléndida biografía

de Cavafis. Al abandonar la oficina dijo con resignación cristiana: «Por fin me veo libre de esta asquerosidad». Sus ahorros y sus saneados negocios como agente de bolsa le permitían un buen pasar. Alejado ya desde 1912 de la vida social, su vida se fue centrando, sobre todo en su última década, en su piso de la calle Lepsius, donde se entregó a la lima minuciosa de sus poemas hasta la víspera de su muerte.

Fue aficionado a los dulces, no exactamente tacaño pero sí muy mirado en sus dádivas, y jugador cauto de diversos juegos —bacarrá, ruleta, quinielas de partidos de tenis, de carreras de caballos y de bicicletas—, muy reservado en sus confidencias, y de conversación brillantísima. Según lo describe Pontani —su excelente traductor al italiano—, «físicamente tuvo rasgos gruesos, boca sensual, ojos grandes y penetrantes, a veces extremadamente tristes, pronunciación levemente inglesizante, porte y atuendo señorial, andares lentos y arrastrados. Le gustó circundarse de un aura mítica y misteriosa, y a muchos les pareció un habilísimo actor, mientras quizá era solo un singular y patético personaje». Aquí a Pontani se le fue un poco la lengua —juro que a mí también se me irá en este prólogo— al calificar a Cavafis de «patético personaje». ¿Qué persona no resulta patética desde el momento en que dejamos de mirarla con empatía? Hasta el mismo poeta valenciano Francisco Brines, que es prácticamente un santo, ya ha escrito que «a la debida distancia cualquier vida es de pena».

Cavafis, muy bien relacionado con la burguesía alejandrina, conoció también a fondo los entresijos del proletariado en las tabernas y garitos que frecuentaba. Pero su profundo aprecio por los bellos muchachos de humilde extracción social nunca le llevó a confundir la adoración de sus cuerpos con el compromiso político. Sinceramente partidario del progreso social y de una paulatina reparación de las injusticias, por su temperamento marcadamente tímido y por escepticismo vital fue sin embargo alérgico a la violencia revolucionaria. Al igual que su familia y sus amigos, tampoco debió de sentir ninguna simpatía por el movimiento nacionalista egipcio. Pero tenía unos conocimientos de historia antigua lo suficientemente amplios como para invalidar cualquier acusación de carencia de ideas políticas.

Hasta cerca de los cuarenta años no tuvo amigos del mundo literario. Pero, a partir de esa edad, estuvo relacionado con escritores alejandrinos. Uranis ha escrito que sin exageración puede afirmarse que entre 1909 y 1918 Alejandría fue la capital de la literatura griega y, por tanto, no solo por la existencia de Cavafis. También estuvo relacionado con escritores de Atenas —Xenópulos lo había descubierto al público ateniense en un artículo arrebatado de 1903, o sea, cuando Cavafis aún no había escrito ni la décima parte de lo que sería su breve obra poética— y con algunos extranjeros, como el poeta Pea, su primer traductor al italiano, y el magnífico Forster, que tan bien escribió sobre Alejandría y tantas otras cosas e introdujo la poesía de Cavafis en Inglaterra con un artículo publicado en 1919 en la revista *Atenaeum*.

En 1926 Cavafis funda la revista *Alexandriki Tejni*, cuyos gastos él sufraga y la dirige en la sombra. El vanguardista Marinetti lo visitó en 1928 y calificó a Cavafis de futurista. Y basaba su afirmación en que, a pesar de su desdén por la luz eléctrica —Cavafis, como la mayoría de sus contemporáneos alejandrinos, aún andaba en la época de las velas (a las que dedica algunos

poemas) y el petróleo— y a pesar de la puntuación tradicional de sus poemas, sin embargo había roto con el putrefacto mundo poético del lacrimoso romanticismo del siglo XIX y con sus temas, que solo son buenos para un organillo callejero.

En 1932 le diagnosticaron un cáncer de garganta. Practicada una traqueotomía en un hospital de Atenas, quedó sin voz para los restantes meses de su vida. En el transcurso de la enfermedad solo en una ocasión le vieron llorar. Cuenta Rica Sengópulos que fue el día en que iba a ingresar en el hospital del que ya no saldría. Al darle una pequeña maleta para el transporte de su ropa y de algunos papeles personales, se le saltaron las lágrimas. Tomó el bloc con el que se comunicaba y escribió estas palabras: «Esta maleta la compré, hace treinta años, una tarde de prisa para ir a El Cairo a divertirme. Entonces tenía salud, era joven y no feo».

En sus últimos días, y desde el círculo de Sengópulos, avisaron al patriarca de Alejandría para que viniese al hospital a darle el viático. Cuando le anunciaron que había llegado el patriarca cuya presencia él no había solicitado, Cavafis se enfureció y lo repudió en un primer momento. Pero, tras el primer mal trago del anuncio de una visita de tan mal agüero, prevaleció su buena educación, y al fin cedió y se fue al infierno con todos los sacramentos. Se acostó con Satanás el 29 de abril de 1933, el mismo día que cumplía los setenta años.

II. OBRAS EN VERSO Y PROSA

La característica externa más evidente de la poesía de Cavafis es su brevedad. Frente a los varios cientos y, en algunos casos, incluso miles de poemas de un Palamás o de un Ritsos —o de los casi cinco mil poemas de un Unamuno o de un Juan Ramón Jiménez, en España—, la obra poética canónica de Cavafis, que es la que aquí se ofrece, se reduce a ciento cincuenta y cuatro poemas. Y esta brevedad es fruto del exigente método de trabajo y del tipo de publicación que el poeta eligió para su obra. En una nota de 1906, escrita en inglés, Cavafis rechaza, según sus propias palabras, como miserable basura, los poemas escritos entre sus diecinueve y veintidós años. Y cuenta su biógrafo Liddell que en esa misma nota parece fechar el comienzo de su carrera poética en 1891. En consecuencia, rechaza todos los poemas anteriores a ese año.

Dado su método de trabajo, versos o temas de esos poemas previos se convierten en poemas futuros. Cuando consideraba que un poema estaba ya suficientemente pulido, se lo daba a leer a sus hermanos y amigos, y escuchaba sus observaciones. Tras esta nueva purga, se animaba a imprimir en hojas sueltas los poemas que consideraba terminados y se los regalaba a cualquier persona que se los pidiera. Como cuenta Savidis, su gran editor griego, su primer poema publicado se imprimió en 1886 en la revista *Hésperos*, que se editaba en Leipzig en griego. A partir de esa fecha, publicaba esporádicamente sus poemas en revistas de Alejandría y Atenas como *Ta Grámmata*, *To Asti*, *Nea Sol* y *Aticón Musión*. Además de la mencionada impresión en hojas sueltas, como cuenta Savidis en su libro *Las ediciones cavafianas (1892-1931)*, Cavafis reunía en orden temático sus poemas más antiguos.

Y así, cuando muere, Cavafis deja su obra dividida en dos cuadernos: uno recoge los poemas escritos entre 1905-1915 y otro, los escritos entre 1916-1918. A estos dos grupos de poemas la edición de Savidis de los llamados «poemas canónicos» añade, en su primer tomo, un apéndice de dieciséis poemas escritos entre 1896-1904, obviamente publicados en vida por Cavafis y, a diferencia de otros publicados, luego no rechazados por el poeta. Junto a este bloque de ochenta y cuatro poemas, el segundo tomo de la edición de Savidis recoge el bloque de sesenta y nueve poemas escritos entre 1919-1932, ordenados cronológicamente según el mencionado sistema de pliegos y seleccionados por Cavafis para su publicación. A estos sesenta y nueve poemas —y desde la primera edición póstuma de su obra, de 1935, preparada en Alejandría por Rica Sengópulos, esposa de Alecos Sengópulos, el heredero de Cavafis, e ilustrada por el pintor Takis Calmujos— se añadió su último poema, «En las afueras de Antioquía», escrito en 1933, y que el poeta ni publicó —como no publicó la mayoría de sus poemas—, pero cuya publicación no repudió, como sí repudió la publicación de otros poemas. Este conjunto de poemas suma, pues, los ciento cincuenta y cuatro que llamamos «poemas

canónicos».

Por razones diversas, pero básicamente por rigor literario, Cavafis rechazó para la futura inclusión en la edición de su obra algunos poemas que ya había publicado. En la edición de Savidis de *Poemas rechazados y Traducciones (1886-1898)* se recogen estos veintisiete poemas, que obviamente revelan talento en su ejecutor, pero que en la mayoría de los casos quedan todavía muy lejos de las altísimas cimas que logró en sus mejores momentos. Y, naturalmente, como anuncia su título, se recogen también cinco traducciones de Cavafis de textos ingleses (de Lady Barnard, Shakespeare, de dos fragmentos de Keats y uno de Shelley), publicadas entre 1886-1895, junto con otras cinco traducciones inéditas (de un poema francés de autoría no identificada, de Shakespeare, de las celebérrimas *Correspondances* de Baudelaire y de dos fragmentos de Dante y Tennyson).

Además de estos veintisiete *Poemas rechazados*, publicados en 1983, Savidis había reunido en 1968 en un volumen setenta y cinco *Poemas inéditos 1882-1923*, ordenados cronológicamente. Tres de estos poemas están escritos en inglés en 1877 y 1882.

Con motivo del cincuentenario de la muerte de Cavafis, celebrado en 1983, se publicaron seis nuevos poemas inéditos, además de tres poemas en prosa, recogidos por Savidis en sus *Micrá cavaficá*, publicados en dos volúmenes en Atenas, 1985-1987. Además, Renata Lavagnini publicó en 1994 *Atelí piímata* («Poemas inconclusos») que reúne treinta poemas y cuatro borradores de poemas de Cavafis. Este libro supuso una aportación filológica espléndida. En la quinta edición renovada de *Poesía completa* (Alianza Editorial, 2003), de C. P. Cavafis, Bádenas de la Peña ha reunido sus traducciones de los *Poemas inconclusos* de Cavafis editados por Lavagnini.

En el volumen de trescientas catorce páginas titulado *Pesá* («Prosas»), publicado en 1963, Paputsakis recogió los artículos y diversas notas de Cavafis, la mayoría ya publicados en revistas y el resto inéditos. Una selección de estos textos con el título de *Prosas*, en excelente traducción castellana de José García Vázquez y Horacio Silvestre Landrobe, fue publicada por la editorial Tecnos en 1991.

Los libros mencionados, junto con un tomo de cuarenta y tres *Cartas a Mario Baianos*, publicado en 1979, y un relato también rescatado, componen —al menos, hasta ahora— la obra completa de Cavafis.

III. MARCO HISTÓRICO Y LA CUESTIÓN DE LA LENGUA

En la literatura griega de su época, cargada de preocupaciones históricas de actualidad centradas en el ser de la joven nación y en el tema para los griegos vital de la lucha entre la *cazarévusa* —o lengua purista, altamente fosilizada— y la *dimotikí* —o lengua popular, o lengua realmente viva—, Cavafis es una isla que tiene otros intereses. Tras la ocupación turca que duró tres siglos largos y que asfixió la cultura griega, fue la canción popular, cantada en *dimotikí*, la que recogió los sueños del pueblo griego. Reunida en cancioneros que se editan en el siglo XIX, nutre la obra de los poetas de este siglo y especialmente la de Solomós, el más importante de todos ellos.

El contacto con estas canciones populares, junto con el estudio de los autores de la Grecia antigua, conforma la mentalidad de unos escritores que viven intensamente día a día las preocupaciones históricas del momento. Frente a un Palamás, poeta nacional y luchador público en todos los frentes, al que ni siquiera le faltó la guinda de morir, en la Segunda Guerra Mundial, durante la ocupación alemana de Grecia y que tuvo un entierro de impresionante resonancia política, la poesía de Cavafis, según algunos iluminados, permanece totalmente al margen de los grave problemas y luchas de Grecia. El país sufre cataclismos políticos internos y padece una gravísima derrota bélica grave ante Turquía en Asia Menor, que conlleva el durísimo éxodo de más de un millón de griegos. Pero, frente a la opinión de los iluminados, el poeta Yorgos Seferis sostiene que la poesía de Cavafis sí recoge la catástrofe microasiática. Y es comprensible que así sea. A Cavafis le interesa muy a fondo la historia de Grecia y en una nota incluso llega a escribir que, del mismo modo que no se siente dotado para la novela, sí se siente dotado para escribir historia.

Los coetáneos de Cavafis, herederos del humanismo griego en la versión que el mundo occidental hereda de Roma, se interesan por la Grecia clásica (480-338 a.C.) y echan algún que otro vistazo a la Grecia arcaica (700-480 a.C.). Cavafis, en cambio, se interesa por la Grecia helenística (324 a.C.-395 d.C.) —esa que siempre hemos estudiado los occidentales como un apéndice intrascendente de Grecia—, y que nació a la muerte de Alejandro Magno y que, tras su conquista, fue romana desde el 146 a.C. La historia del Oriente helenístico —cuya geografía es Egipto, Siria, Israel, Mesopotamia, Persia y Asia Menor, y sus dinastías principales, las de los ptolomeos y seléucidas—, contada por sus historiadores y cronistas, es la fuente de sus poemas de tema antiguo. Poemas, pues, como «Termópilas» y «Demarato», referidos a temas de la Grecia clásica y arcaica, respectivamente, son excepcionales. Y, naturalmente, Bizancio —y su colosal y también para nosotros lejana historia, pero para los griegos con sensibilidad histórica una historia bastante próxima de la que se sienten herederos— es otro centro capital de sus intereses. Como su Alejandría natal, este mundo helenístico y bizantino es, sobre todo, racial y culturalmente muy promiscuo.

También en la denominada cuestión de la lengua, en la que dejan la piel sus contemporáneos defendiendo la lengua purista (*cazarévusa*) o la demótica (*dimotikí* = popular), Cavafis se mantiene al margen del conflicto. En las calles de Atenas los manifestantes se apedrean por la reivindicación de la traducción al griego demótico de los Evangelios, pero Alejandría —un protectorado inglés cultural y lingüísticamente muy complejo, en el que los griegos son minoría— es una ciudad que no tiene mucho que ver con Atenas. Si a esto añadimos que —dicho con lenguaje deportivo— para él el griego fue casi su segundo idioma, pues los Cavafis en familia los lunes, miércoles y viernes hablaban en inglés y se comunicaban en griego los restantes días de la semana, comprenderemos esta distancia suya.

Pero para el lector que no lea el original no tiene mucho sentido entrar en el tema de la lengua de Cavafis y de las proporciones de *cazarévusa* y de *dimotikí* que arrojan sus poemas. Este tema, que, como quien dice hasta ayer, ha permitido hablar realmente de dos Grecias, como hemos hablado nosotros de las dos Españas por razones ideológicas, por la desmesura de explicaciones que exige es solo para especialistas y su ámbito de discusión no es el prólogo de un libro como este. Alexis Solà lo ha resuelto admirablemente en su prólogo a la traducción de Cavafis de Carles Riba, sintetizando la opinión de Panayotópulos. Según este crítico griego —y parafraseo casi textualmente a Solà—, es en los poemas centrados en el mundo helenístico y bizantino donde Cavafis utiliza palabras más puristas, más alejadas del habla popular, e igualmente las construcciones sintácticas más arcaizantes. «La lengua *dimotikí*», y traduzco a Solà, «está presente en los otros poemas menos clásicos (si se me permite esta expresión), más desvinculados del mundo histórico y de la erudición libresca en que vivió inmerso su autor».

Su lengua, pues, tuvo a menudo un tono arcaizante, pero que, salvo a los militantes en la guerra de la cuestión de la lengua —como el propio Seferis de juventud, que principalmente por esta razón tuvo serias dificultades para conectar con la poesía de Cavafis—, a los lectores griegos con el oído bien educado, por su musicalidad y exactitud, siempre les sonó muy bien. Y hoy que ya está zanjada la cuestión de la lengua, salvo para algún fósil de esos que aúllan delirios en los pulpitos o en una cátedra, sin duda les debe de sonar todavía mejor. Esta lengua, que de año en año se sacude los residuos de eso que hasta la época de las vanguardias se llamaba lirismo —que es un término cómodo para entendernos—, esta lengua poética, digo, tiene la sabiduría de instalarse en el umbral —cuando no en el corazón— de la prosa. Tiene la sequedad de ese esparto divino, que ya se inventó Heine en las postrimerías del romanticismo en *Alemania o un cuento de invierno*, y que convierte un poema en un rutilante bloque de granito.

Como la llamada escuela de Atenas, dirigida por Palamás y coetánea suya, Cavafis, según dice Seferis, respira la atmósfera de la poesía europea contemporánea. En sus primeros poemas son visibles algunas huellas del romanticismo, aunque el movimiento a cuya sombra se cría es el parnasianismo. A él le debe su orientación hacia el poema histórico, que tan bien casaba con su temperamento y que tanto le facilita la creación de los poemas-máscaras. Del parnasianismo también le viene a su poesía la frialdad mineral de la forma que persiguió con ahínco. Pero, sobre todo, leyó con el

mayor provecho a los simbolistas, y sus saludables huellas son visibles especialmente en los poemas eróticos. Baudelaire, Rimbaud y Verlaine vivieron una sexualidad libre, que se refleja plenamente en su obra. Esa libertad sexual debió de animar a Cavafis a reconocer en su obra la tendencia homosexual del amor, que, como es bien sabido, a quien reconocía públicamente su ejercicio podía crearle, como mínimo, algunos problemas.

IV. SU POESÍA

No lo suelen decir los manuales de literatura, pero, salvo la excepción que confirma la lunación —vulgo, regla—, como dice el pueblo llano, un escritor se hace, sobre todo, con el culo, nuestro segundo cerebro. O sea, que —una vez presupuesto el talento— termina escribiendo mejor el que más horas se sienta a trabajar en la mesa. Un caso paradigmático de esta perogrullada es Cavafis. Este poeta, de joven e incluso en su primera madurez, es, sobre todo, no aparentemente muy dotado —y ya no digamos en prosa, género en el que su talento juega no poco al escondite—. En cada línea que escribe al poeta se le ve sudar y si, en vez de escribir versos, se hubiera dedicado, por ejemplo, a fundar una religión —suponiendo que poesía y religión no sean las dos caras de una misma moneda, como quería el filósofo y poeta Santayana—, el cielo no le habría escatimado el envío de una Verónica que en su despacho del Ministerio de Obras Públicas le habría restregado la frente con vinagre. O quizá fuera una muletilla que le quedó de su intensa afición por los burdeles, frecuentados durante tantos años, y que es donde más se anda a caballo. Pero el caso es que Cavafis monta y desmonta el poema y, como nuestra Isabel y Fernando en su escudo, lo vuelve a montar hasta hacerlo funcionar, haciendo con el poema exactamente igual a lo que hacía con los certina el novelista Juan Marsé cuando trabajaba de relojero. Esta lima incesante del texto, naturalmente, termina dando sus frutos y, desde luego, revela en su ejecutor, como ya queda patente en sus primeros ensayos juveniles, que ha situado el arte en el nivel más alto.

El tema del poeta —lo mismo que en Cernuda— atraviesa constantemente su obra. Como en el caso del poeta español, la poesía es «la Señora» a la que uno debe rendir pleitesía, y aquí se ve la fuerza prácticamente invencible de la tradición, pues tanto Cernuda como Cavafis hablan de «la Señora», y no de «el Señor», como, dada su homosexualidad prácticamente militante, sin duda les habría gustado más a ellos. Como Unamuno, un poeta tardío —y que cronológicamente es su más estricto contemporáneo, pues nace solo un año y medio después del alejandrino, el 29 de septiembre de 1864, aunque ideológicamente el poeta español parezca por lo menos cien años más viejo, según patentizó en un artículo tan documentado como divertido Carlos Peregrín-Otero—, Cavafis es un poeta, si no de la vejez, según él mismo se llamó, sí de la madurez, según matizó Dimarás.

La crítica está de acuerdo en que en torno a 1911 —o sea, cuando Cavafis ha cumplido ya los cuarenta y ocho años— tiene otro comienzo literario. Lo mismo que en 1891, a sus veintiocho años, cuando escribe su poema «Albañiles», más tarde repudiado, se vislumbra el poeta que había de ser, en 1911 —el año en que, además de otros poemas espléndidos, escribe nada menos que «Ítaca» y «El dios abandona a Antonio» («una de las cosas más definitivamente hermosas de que tenga noticia en la poesía de este tiempo», según Cernuda)— se consolida este marchamo de excelsa calidad, y, a partir

de esta fecha, la calidad de su poesía irá en aumento. Seferis sugiere que, a partir de esta fecha, que él sitúa alrededor de 1910, no hay que leer ni juzgar esta poesía como una serie de poemas aislados, sino como un solo y único poema en curso —un *work in progress*, con palabras de Joyce—, al que solo la muerte le pone el punto final. Y Seferis, que lamenta profundamente que la muerte no le haya permitido a Cavafis escribir los veinticinco poemas que en octubre de 1932 el alejandrino afirmó que tenía intención de escribir, termina afirmando que Cavafis mejora notablemente su expresividad al final de su vida, incluso en su último poema, «En las afueras de Antioquia», *que es otra de las cimas de la poesía del alejandrino*.

Como ya he dicho al hablar de la inserción de Cavafis en el panorama de la literatura griega de su tiempo, el hoy no es su fuerte. La proximidad de las experiencias es el peor enemigo de este autor al que potencia la distancia. Esta poesía es obviamente autobiográfica, pero el poeta utiliza siempre una vía de confesión indirecta. Para ello transfiere sus experiencias hacia la historia y el pasado y, cuando no hace esta transferencia, las desvincula del yo recurriendo a la narración objetiva. Salvo en poemas como «El sol de la tarde» y algún otro en que el yo suena a demasiado personal y hace funcionar peor el poema, cuando aparece el yo, es el yo dramático de los mimos antiguos, o sea, no es la voz del poeta, sino la de alguien que está representando un papel. Por eso en «Los mimiambos de Herodas», poema luego repudiado, canta su emoción por el descubrimiento de unos papiros con fragmentos de los mimos de este autor del siglo II a.C., en los que se caricaturiza la vida cotidiana. Es el yo de los monólogos dramáticos de Browning, a quien tanto admiraba Cavafis, o por aludir a otra coincidencia con el poeta que tanto le admiró a él, el yo de los monólogos dramáticos de Cernuda, también admirador e imitador de Browning. Y también, como el poeta español, escribe, según nos manifiesta en un verso, desde la soledad de su casa. Podríamos añadir que esa soledad pagó un altísimo suplemento de asfixia, dada la intolerancia social para con los homosexuales criminalizados —en los días de Cavafis, en todo el mundo— por leyes —y seamos piadosos al calificarlas— por leyes, digo, auténticamente gangsteriles.

La actitud vital de Cavafis ante la vida es de hondo escepticismo. Hay en él un sentimiento de la vida incluso trágico, aunque el ejercicio de la sexualidad mitiga bastante esta malsana tendencia al desánimo. Los chicos que tanto le gustaron, y con los que no se privó de disfrutar, avivaban la llama de su latente epicureísmo, y ya se sabe que a un cerdo epicúreo se le puede acusar de muchos defectos, pero no es precisamente la tristeza la característica psicológica predominante en un animal de esta ejemplar especie. Por eso hay también en Cavafis una finísima ironía, que no fue en él una cualidad frecuente, pero que sí se mantiene a lo largo de los años, pues ya la encontramos en *Esperando a los bárbaros*, un poema de 1904, y la hallamos también en poemas de los últimos años, y tan espléndidos como «Un príncipe de Libia occidental», «Miris; Alejandría (340 d.C.)» y «En las afueras de Antioquía», escritos, respectivamente, en 1928, 1929 y 1933.

V. EL EROTISMO EN SU POESÍA

Calificar la poesía de Cavafis —lo mismo que la de Catulo, Baudelaire o Gil de Biedma— de erótica es extremadamente pertinente porque Eros con los apremios del sexo y la complejidad de los sentimientos campea en una parte cuantitativa y cualitativamente muy considerable de su obra. Con muy buen criterio Liddell recomienda examinar los poemas eróticos posteriores a 1911 siguiendo el orden cronológico de publicación, pues ellos son en alguna medida la historia de la gradual revelación de su modo de ser. De los poemas anteriores a esta fecha solo el poema «Deseos» es de tema erótico. Cavafis, como casi todo el mundo en su época, educado en el puritanismo, tuvo sus dudas, como tantos, entre seguir la voz feliz de los instintos o el berrido obtuso del ascetismo.

El poema «Peligroso» de 1911, marcadamente autobiográfico, nos cuenta estas vacilaciones, pronto vencidas, pues en el poema «Fui», escrito dos años después, nos relata —y en solo seis líneas— la historia de su liberación y de sus andanzas nocturnas por el barrio de Atarine, frecuentado por muchachos en busca de un cliente. Entre 1913 y 1921 Cavafis escribe sesenta y cinco poemas, de los que casi la mitad son poemas eróticos y, desde luego, entre ellos se encuentran sus mejores logros de esta índole. En todo el poemario no hallaremos ni un solo atisbo de canto amoroso al modo de la tradición romántica, tan propensa a la sublimación. Además, ya de entrada, y en primer lugar, Cavafis es un poeta que por reacción antirromántica se niega a cantar. En esta obra no hay canciones ni rastro de una historia especialmente particular. Si el poeta la —o las— tuvo en su vida, no nos la ha querido contar. Alérgico a los dislates del lirismo idealista, extrae de su memoria las horas de deliciosa voluptuosidad. Y la palabra clave es el título del poema «Placer», una palabra prohibida y perseguida. Estamos en los antípodas del «aguachirle conyugal», que Cernuda, otro homosexual, acuñó con gracia y evidente resentimiento contra las parejas heterosexuales. Cavafis declara, textualmente, que el placer es nada menos que la alegría y el perfume de su vida y que detesta todo goce de amores rutinarios.

Un poema de 1915 —«En la entrada del café»— describe el deslumbramiento del poeta ante la contemplación de un cuerpo bellissimo «como creado por Eros en la cumbre de su experiencia». Es otro de los temas recurrentes de su poesía. En varios poemas encontramos una situación relativamente análoga, que a veces puede resultar un tanto monótona, aunque el poeta también a menudo logra auténticas variaciones sobre el mismo tema. La clase social, la peculiaridad de su atuendo, la ciudad en que se desarrolla la escena, el precio que cobra el muchacho, la referencia culta a un texto clásico ponen la nota de diferencia personal. En ocasiones, como en el último poema citado, no hay mención expresa del sexo del ser del que está hablando. No es necesario. La crítica, afirma Liddell, está de acuerdo en que no hay «en toda su producción un solo poema que sea con seguridad heterosexual». Esto, naturalmente, no

presupone que, al menos, en su primera juventud no hubiera tenido aventuras con alguna que otra mujer. Rica Sengópulos, que tantos datos valiosos nos ha dado sobre su vida, y que nos informa de la iniciación homosexual de Cavafis en los burdeles de Constantinopla —recordemos que el poeta vive allí entre sus diecinueve y veintidós años—, es también quien le atribuye algún amor heterosexual, del que no hay por qué dudar.

Es 1918 un año especialmente fértil en poemas sobre el amor que el poeta en varias ocasiones califica de estéril, particularidad que lo convierte en imperdonablemente odioso a los ojos de una sociedad que cifra su razón de ser en la producción. Este amor estéril es un atentado contra uno de «los tres baluartes de la sociedad burguesa: el cristianismo, el patriotismo y el amor heterosexual», según ha escrito Peter Bien en un excelente ensayo sobre Cavafis. De los doce poemas fechados en 1918, seis son eróticos y, salvo en «Comprensión», que es una nueva reflexión sobre el significado de la vida erótica de su juventud como sustrato de la poesía que iba a escribir más tarde, en los cinco restantes —«Recuerda, cuerpo»; «La mesa de al lado», «Desde las nueve», «Aristóbulo» y «Bajo la casa»—, según Liddell, «la mezcla de recuerdo y de deseo hace revivir de nuevo el placer físico del pasado con una intensidad que es probablemente única en la literatura».

«Fabricante de crateras», un poema de 1921, perteneciente al ciclo sirio, y que tiene su fuente en el historiador griego Polibio, es una buena muestra, dentro de la serie erótica, de esa impersonalidad del estilo de Cavafis que puede dejar un poco frío al lector que se quedó atrapado en las redes lacrimógenas del romanticismo. Digamos de paso que son solo cinco los poemas —«Grisés», «Lejos», «El sol de la tarde», «Al barco», «La mesa de al lado»— en que Cavafis habla en su propio nombre y para justo disgusto de su devota, mediocre traductora y excelente exégeta, Marguerite Yourcenar (pero que tampoco se priva en un momento —lo mismo que Pontani, su traductor italiano— de declarar que algunos de estos poemas le parecen indecentes. Está visto que el puritanismo ataca por todos los flancos).

De sus últimos once años de vida (1922-1933) Cavafis considera dignos de publicación cincuenta y un poemas. De ellos veintitrés, casi la mitad, son poemas eróticos. De nuevo —pero en situaciones diversas— nos encontramos con los maravillosos miembros de muchachos «hechos para camas / que llama infames la moral ordinaria». En esta etapa predominan las historias de amor desgraciadas: «En la desesperación», «Antes de que los cambie el tiempo», «En el lúgubre pueblo», «El año 25.º de su vida», «En las tabernas», «Días de 1896», «Un joven, del arte de la palabra a sus 24 años» son los ejemplos más relevantes de esta tristeza final. Por estos versos cruzan amantes traicionados, personas que por ejercer su erotismo en un medio puritano pierden su prestigio social y muchachos, nada cándidos, para quienes el encuentro con una situación económica más ventajosa conlleva el cambio de amante sin remisión. Pero no todo es desdicha y compraventa de cuerpos, ni siquiera en esta etapa en que se impone la vejez. En «Días de 1901» nos encontramos con un muchacho de gran experiencia amorosa que, sin embargo, en algunos momentos daba la impresión de ofrecer un cuerpo casi intacto. En «Dos jóvenes de 23 a 24 años» nos sale al paso la historia de amor más feliz de esta época. Dos muchachos se marchan de juerga con lo que uno de ellos ha ganado en el juego y, tras tomarse unas copas sin reparar en

gastos, se entregan felices al amor en una casa de citas. Una historia en la onda de las andanzas de Ascilto y Encolpio en el *Satiricón* de Petronio, según la aguda observación de Marguerite Yourcenar.

VI. TRADUCCIONES CASTELLANAS, CATALANAS, ASTURIANAS, GALLEGAS Y VASCAS

Esos veinte años de retraso que respecto a Francia, Inglaterra e Italia, durante los años cincuenta y comienzos de los sesenta, llevábamos en la recepción de la literatura extranjera más interesante se cumplen también en el caso de Cavafis. Mientras la traducción inglesa de *The poems of C. P. Cavafy* de Mavrogordato es de 1951, las dos traducciones francesas de Marguerite Yourcenar y C. Dimarás —al alimón—, y la de Papoutsakis, son ambas de 1958 y la bilingüe italiana de F. M. Pontani es de 1961, la primera edición castellana de *Poesías completas* de Cavafis —la de José María Álvarez, publicada por Hiperión— es de 1976. Entre 1962 y 1971 se habían publicado en catalán y castellano traducciones parciales.

Cavafis entró en España, a mediados de los cincuenta, por Cataluña, que es por donde entonces entraban las novedades literarias más importantes. Según cuenta Alexis E. Solà, autor de una tesis doctoral sobre Cavafis y de una excelente traducción parcial de este poeta al catalán, el poeta catalán y gran filólogo clásico Carles Riba conoció la poesía del alejandrino a través de Iulía Iatridi, una novelista griega —tengo algunas novelas que ella me dedicó en Atenas— y traductora al griego de bastantes novelas y poemas españoles (creo incluido «El Quijote»), que viajó a Barcelona en 1956 y tuvo un encuentro muy amistoso con el matrimonio Riba-Arderiu. Pero no hay que olvidar que Carles Riba vivía sus últimos años y en una fiebre cristiana, que para nada favorecía el que se animase a traducir a un poeta que constantemente reivindicaba «el placer» —que Riba rebajaría en sus futuras traducciones al nivel menos sensual de «goce»— y, para colmo de libertinajes, «el placer homosexual», que era prácticamente un tema de cárcel en la reprimida España de aquellos años.

Pero, como dice Carles Miralles, el entusiasmo de Gabriel Ferrater —también excelente poeta— fue decisivo para que Riba se terminara de animar a la traducción. Y curiosamente Riba, según escribió el propio Ferrater, hizo sus primeras traducciones de Cavafis al castellano y no al catalán porque había tenido del extraordinario editor José Janés el encargo de prepararle una antología de poesía amorosa en la lengua de Bécquer. Pero el proyecto se frustró, las traducciones castellanas de Cavafis quedaron arrumbadas y Riba comenzó a traducirlo al catalán.

Y es absolutamente emocionante la carta de Riba a Iulía Iatridi, en la que le cuenta su regreso a la Facultad de Letras de Barcelona tras veinte años de exilio de las aulas —Riba, fiel a la República, se exilió en 1939, regresó a Barcelona en 1943 y al frente de la Fundación Bernat Metge vivió en un rebajado exilio interior—, y ante un público enfervorizado, lee unos treinta poemas de Cavafis, que son acogidos con los más atronadores aplausos. Es el momento de decir que, limitándonos exclusivamente al mérito de las

traducciones, los aplausos fueron absolutamente justos. Estoy de acuerdo con Solà en que probablemente estamos ante la mejor traducción de Cavafis a ningún idioma de Europa y de América, para ceñirnos a los continentes que literariamente podemos decir que en alguna medida controlamos (pero sin ningún exceso de confianza porque, por ejemplo, en nuestra Biblioteca Nacional hay lagunas graves sobre Cavafis, junto a la existencia también de las traducciones más interesantes). Esta traducción de Riba cumple el que considero ideal de una traducción, y que consiste en una extrema fidelidad al original y en el despliegue de una magia verbal y belleza total, además de la musicalidad apropiada, en el texto traducido. En 1962 Editorial Teide publicó sesenta y seis *Poemes de Cavafis* en selección y traducción de Carles Riba, que había fallecido tres años antes, y con una útil nota preliminar de Joan Triadú. En 1977 Curial Edicions Catalanes reeditó estas traducciones en edición bilingüe y con un soberbio prólogo de Alexis E. Solà.

En 1964 Elena Vidal y José Ángel Valente publican *Veinticinco poemas* de Cavafis en la editorial Cafarena & León, de Málaga. En 1971 Vidal y Valente amplían esta edición a *Treinta poemas* en la editorial Ocnos, de Barcelona. Este libro consta de un anteproyecto con dos textos de Seferis y del poeta británico Auden sobre la poesía de Cavafis de excepcional interés y traducidos por primera vez al castellano. El prólogo de Valente, de once páginas, es bueno. Elena Vidal es quien sabe griego —y, en consecuencia, la lectura del original es bastante correcta, aunque no ajustada al milímetro— y Valente es quien sabe castellano. Las traducciones resultantes son, pues, de suficiente fidelidad y de un castellano más que notable, pero sin llegar al sobresaliente, por esos flecos que se han quedado en el original sin que los traductores hayan logrado trasvasarlos a sus traducciones. Un libro, pues, importante, que recoge un quinto, levemente escaso, de los ciento cincuenta y cuatro «poemas canónicos».

El excelente poeta canario Lázaro Santana publicó en 1970 diez *Poemas eróticos* de Cavafis en Inventarios Provisionales, de Las Palmas. En 1971 ampliaba esta edición a *50 poemas* con dibujos de Manuel Millares, publicados en Madrid por Alberto Corazón (Colección Visor de Poesía). Y en 1975 Santana publicaba en Visor —y ya no en Alberto Corazón, pues se había operado en esta editorial una misteriosa transubstanciación del tipo a la de Jesucristo en la hostia— *75 poemas* de Cavafis con un buen prólogo y unas notas. Estas traducciones tienen un soberbio nervio musical —son mis traducciones castellanas preferidas— y una arquitectura de poema perfecta. En su debe hay que señalar que no son especialmente fieles a la letra del original, aunque sí a su espíritu, y no es infrecuente que Santana añada alguna que otra palabra de su propia cosecha, que un escrupuloso lector del original lee con justo rechazo. Pero incluso estos añadidos, que realmente son inexcusables, casi se ganan el perdón del lector porque por lo general son bellos y coherentes con el texto: por ejemplo, la frase « un alba luminosa » del último verso del poema «Deseos» Santana la convierte en «una amanecida / iluminada por la luna». Tampoco es correcta la transcripción de algunos nombres propios: Santana escribe, por ejemplo, Eumeno en lugar del correcto Éumenes. También chirría excepcionalmente la traducción de alguna palabra aislada: «líder» en lugar de «jefe» y en algún otro caso de menor cuantía.

En 1971 Juan Ferraté publica *Veinticinco poemas de Cavafis* con fotografías

de Dick Frisell en la editorial Lumen, de Barcelona. Aprecio muchísimo los ensayos —como el libro *Dinámica de la poesía*— y las traducciones castellanas de poetas de la Grecia arcaica de Juan Ferraté, pero en el terreno de las traducciones con una cierta reserva. Son traducciones dignísimas —por ejemplo, su libro *Líricos griegos arcaicos* ofrece probablemente las mejores traducciones de estos poetas editadas en castellano hasta 1994—, pero, en alguna medida, en su castellano no deja de percibirse una especie de deje foráneo: algo así como si Ferraté primero tradujera el texto griego al catalán y luego del catalán lo tradujera al castellano. Ferraté es partidario de la fidelidad más extrema —y la consigue en su *Líricos griegos arcaicos*—, pero no siempre se atiene a este criterio en sus traducciones castellanas de Cavafis. En 1975 Joan Ferraté publica en Edicions 62 *Vuitanta-vuit poemes de Cavafis* (Ochenta y ocho poemas de Cavafis) en traducción catalana. Y en 1978 este mismo traductor con el título de *Poesies de Cavafis* publica en La Gaya Ciencia una edición de los ciento cincuenta y cuatro poemas canónicos, con un excelente prólogo y un apéndice cronológico. En 1987 Ferraté publica *Les poesies de C. P. Cavafis* en las Edicions dels Quaderns Crema. Es una nueva edición del libro anterior al que Ferraté ha incorporado una segunda sección titulada «II. De l'arxiu de Cavafis», que recoge trece poemas inéditos de Cavafis. Esta sección —y con el título de *Tretze de l'arxiu de Cavafis i altres coses*— ya la había publicado Ferraté en Edicions 62 en 1976.

En 1975 Alexis E. Solà publica en Curial sesenta y seis *Poemes* de Cavafis en excelente edición bilingüe (griego-catalán), con un prólogo y notas. La lectura del original es esmeradamente correcta y la musicalidad del poema, fantástica. Las traducciones de Solà —quien, por cierto, en su prólogo a las traducciones de Cavafis de Riba da una lección de finísima lectura de las traducciones del poeta alejandrino a varios idiomas— son realmente excelentes.

En 1975 M.^a J. Velo y A. Amusco publicaron en la barcelonesa editorial Judit diecisiete poemas de C.P. Cavafis.

En 1976 se había creado ya en España un deseo muy vivo de leer unas poesías completas de Cavafis. Este deseo se había ido creando con la publicación de estas traducciones parciales, y se había avivado especialmente por la amplia circulación de *El cuarteto de Alejandría* de Durrell, publicado por Edhasa en 1970, que al instalar a Cavafis desde las páginas iniciales de esta novela como el poeta emblemático de esta ciudad, hacía muy atractivo su conocimiento. Si Forster había internacionalizado a Cavafis apoyando su traducción al inglés y escribiendo sobre su poesía ya en los años veinte del siglo xx, *El cuarteto de Alejandría* remató esta campaña de publicidad. Añádase a ello que, tras el entierro del «Inquilino de El Pardo», se desató en la península una fiebre sexual que favorecía totalmente la circulación de una poesía que venía con el marbete de erótica en una parte importante de los poemas y, para colmo de morbos, de declarada tendencia homosexual. Con la más legítima razón también los gays la esperaban porque Cavafis era realmente uno de los suyos. Y, por último, tampoco es de desdeñar la razón de que la poesía de Cavafis, a diferencia de la de muchos colegas suyos, es una poesía que cuenta historias y, en consecuencia, resulta muy inteligible incluso para gente que no es lectora habitual de poesía.

Así de ardientes estaban, pues, las cosas cuando el poeta José María Álvarez irrumpió con su traducción y, como siempre se ha dicho que el que da primero da tres veces, la publicación de las *Poesías completas* de Cavafis, editadas por Hiperión, fue un éxito rotundo de ventas, inimaginable para la obra de ningún poeta ni aunque se edite con el aval de un reciente premio Nobel. José María Álvarez es un hombre con un exceso de marcha porque siempre está incluso un poco por encima de sí mismo. Como poeta —y entro en este tema porque es muy importante para una traducción de poesía el nivel de lenguaje artístico del que es capaz el traductor—, como poeta, digo, José María Álvarez es para mí un caso todavía no resuelto porque una primera lectura de su obra me dejó prácticamente indiferente y otra lectura, dos o tres años después, me produjo la mejor impresión. Después no lo he vuelto a releer. Pero, independientemente del nivel que alcance su obra, no cabe la menor duda de que tiene un indudable buen oficio de poeta, sabe cómo funciona un poema y utiliza un lenguaje altamente estético. Como traductor de Cavafis, José María Álvarez es también un traductor de la onda de Supermán porque no tiene el menor inconveniente en apechugar con una edición de estas *Poesías completas* sin saber una sola palabra de griego. Y aunque es verdad que, por ejemplo, la traducción francesa de Paputsakis es extremadamente fiel al original y un traductor que se atuviera a esta traducción humilde y fielmente, pienso que podría dar un Cavafis bastante exacto, es evidente que, al requerirse humildad para esta operación, no nos queda más remedio que descartar automáticamente a Álvarez. Este osado traductor —y una vez más se confirma que *fortuna audaces iuvat*, al menos, en el terreno de la difusión— ha leído a Cavafis como a él le ha apetecido, pero, desde luego, con mínimo rigor filológico. Y, sin embargo, su traducción ha funcionado muy bien porque, en primer lugar, durante seis años —que fueron los de la fiebre del descubrimiento de Cavafis— no hubo otra. En segundo lugar, su traducción suena bien, aunque la música del poema en la traducción de Álvarez resulte un tanto desgarbada y, en ocasiones, casi desarticulada (mientras que la música del original es siempre extremadamente bien articulada. Por eso he dicho que las traducciones castellanas de Cavafis que más me gustan son las de Santana, porque musicalmente me parecen las más acertadas). Su traducción tiene un alto nivel artístico porque no es necesario repetir que es la obra de un poeta. Pero, desde luego, cotejada con el original, en muchas ocasiones —casi habitualmente— se echa en falta más rigor y fidelidad. Y también en alguna ocasión incluso dice lo contrario del original. Respecto al número de poemas incluidos, estas llamadas *Poesías completas* recogen los ciento cincuenta y cuatro poemas canónicos —y veinticuatro poemas de los *Poemas inéditos*—. En 1979 José María Álvarez publicó la traducción de *65 poemas recuperados* — los veintinueve *Poemas excluidos* y treinta y seis poemas de los *Poemas inéditos*.

En 1978 Francisco Rivera publicó en Caracas *Cien poemas* de C. P. Cavafy. Esta primera edición de Monte Ávila tengo la impresión de que jamás ha llegado a España, pues ninguno de los librereros bien informados a los que he preguntado —y decía esto en 1994— tenía la menor noticia de ella y yo, por supuesto, tampoco la vi nunca. Yo la encontré en una librería griega londinense, que está enfrente de la librería Foyles, y di cuenta muy elogiosa de ella en mi artículo «Poesía erótica de Cavafis», publicado en la *Revista de*

Occidente en 1983. Estas traducciones me parecen excelentes y también el prólogo es espléndido. Francisco Rivera tuvo la inteligencia de someter su lectura del texto a la interpretación del fantástico helenista Miguel Castillo —cuyas traducciones de Cavafis comento a continuación—, de quien le oí decir a Elitis, allá por el año 1968, que era su primer traductor al castellano. Con esta ayuda la lectura del texto es exacta y con la ayuda del poeta mexicano José Emilio Pacheco, según reconoce Rivera, su versión se libró de algunas cacofonías y rimas internas que disonaban. Una segunda edición de este libro, al que se le cambió la cubierta heptafónica —vamos, siete pollas como siete ollas— de la primera edición por otra sexualmente neutra, sí circula en el mercado español.

En 1979 Cayetano Cantú publica en la editorial Diógenes, de México, su traducción anotada de los *Poemas completos* —los ciento cincuenta y cuatro poemas canónicos— con un prólogo cómico-marxista de E José Férrez Kuri, en el que afirma que Cavafis se negó a escribir en el idioma culto que utilizaba la literatura griega establecida —¡cuando (exagerando bastante) es casi todo lo contrario!, sobre todo, en sus comienzos— y que de este modo llegaba a ser comprendido por el pueblo, al que no le gusta leer en un lenguaje diferente del que habla, junto con otra buena sarta de dislates. La traducción no tiene tampoco el menor interés. Ni la lectura del texto es correcta, las transcripciones de los nombres propios son delirantes, y en los versos no hay ni un átomo de música.

En 1981 el helenista Luis de Cañigral publica en la editorial Júcar su *Constantino Cavafis*. Ofrece una muy interesante introducción de casi noventa páginas sobre la vida y obra de Cavafis y la edición bilingüe de sesenta y nueve poemas. Es la primera selección castellana amplia, publicada en España, de la obra de Cavafis hecha a partir del griego, según declara su autor. (La traducción de Ferrater, aunque no tan amplia en número de poemas, es anterior y también está hecha a partir del original griego.) La traducción de De Cañigral es excelente, en un castellano de buen ritmo y buen gusto, y muy fiel al original.

En 1982 el helenista Pedro Bádenas de la Peña publica en Alianza Tres *Poesía completa* de C. P. Cavafis con una introducción muy útil y excelentes notas y bibliografía. Esta edición reúne los ciento cincuenta y cuatro poemas canónicos, los *Poemas inéditos (1884-1923)* —setenta y dos textos—, tres *Poemas ingleses* (traducidos por Luis Alberto de Cuenca) y veinte *Poemas proscritos*. La traducción, muy correcta y muy fiel al original, es, naturalmente, del griego. Bádenas de la Peña es primordialmente un excelente filólogo y, en segundo término, un entusiasta de la poesía —ha traducido, por ejemplo, extensamente en prosa a Píndaro— que tiene dificultades para crear la música adecuada del verso. El fuerte de Bádenas de la Peña es, pues, como digo, el rigor filológico. Tiene el talento y la paciencia de redactar, por ejemplo, un artículo tan útil como «La transcripción del griego moderno y del español», pero, como traductor de poesía, apenas alcanza el nivel de correcto. Y es sabido que la corrección en la traducción de poesía es quedarse a algunas millas del original. Pues lo mismo que decía Horacio que la poesía es sublime o prácticamente no es —se puede decir, simplificando un poco, que casi no hay escalas intermedias—, a la traducción de poesía le pasa algo parecido: o es muy buena o es mediocre, y también casi

sin escalas intermedias. Resumiendo, la traducción de Bádenas de la Peña es muy correcta en su trasvase de los contenidos del poema, pero tiene el grave fallo de ser musicalmente desarticulada. Estas exactas traducciones aniquilan toda la música del original. Uno lee el poema en voz alta —que es la única forma correcta de leerlo— y percibe que se han evaporado todas sus cadencias.

Y como Bádenas de la Peña es un escrupuloso filólogo que persigue con tenacidad todas las novedades cavafianas —en este terreno es, realmente, líder en España—, en 1985, y tras tres reimpressiones de la primera edición de 1982, publicó también en Alianza Tres una segunda edición ampliada. Una rigurosa «Nota introductoria a la segunda edición ampliada» explica los criterios seguidos para la adición de los nuevos poemas aparecidos tras la publicación de *Poemas excluidos y Traducciones* de Cavafis en edición preparada para Ícaros por Savidis y publicada en Atenas en 1983. Bádenas de la Peña reorganiza su traducción anterior de los *Poemas inéditos*, añade siete nuevos poemas a su edición anterior de la sección de «Poemas proscritos» y, tras incorporar las traducciones de Cavafis, añade una sección de seis «Poemas inconclusos». Como ya he mencionado en la parte final de la sección «II. Obras en verso y prosa» de este prólogo, Pedro Bádenas de la Peña en su *Poesía completa* (Alianza Editorial, 2003) ha reunido sus traducciones que hacen honor a su título: aquí está la poesía completa de Cavafis.

En 1982 José Ribas Sanpons publicó en la editorial Barcanova *El autor y su obra. Kavafis*, un libro con pasajes útiles, pero que en algunos datos hay que leer con mucha cautela.

En 1983 el magnífico helenista chileno Miguel Castillo Didier publica en Caracas *Toda su poesía* —obviamente, de Cavafis— en una edición de la Embajada de Grecia en Venezuela. En 1991 Miguel Castillo Didier publica su *Kavafis íntegro. Ensayo en la Universidad de Chile* (Centro de Estudios Bizantinos Fotios Malleros de la Facultad de Filosofía y Humanidades de Santiago de Chile). Los dos volúmenes de *Kavafis íntegro* suman 760 páginas. Lo que Castillo Didier denomina «ensayo» suma 254 páginas que, por su derroche de extrema sabiduría, bien deberían ser leídas de rodillas. Castillo Didier da un sabio repaso a la vida del poeta, a Alejandría, a la fatalidad que nos amenaza, al Cavafis poeta histórico-poeta historiador, al sentido de la helenidad en el poeta, a poesía y moral, el tema del arte, la lengua de Cavafis, la poesía dramática de Cavafis, la naturaleza ausente, la figura femenina, Cavafis y el Egipto contemporáneo, las ediciones de Cavafis, la bibliografía cavafiana. Como se dice en Toledo el día de la procesión del Corpus, este ensayo de Miguel Castillo Didier es la hostia, la hostia y la hostia. Las 506 páginas restantes reúnen los poemas canónicos, poemas inéditos, cinco nuevos poemas inéditos, poemas reelaborados, esbozos o poemas incompletos, poemas repudiados, versos en inglés y traducciones de Cavafis. Y es también excelente la traducción de los poemas.

En 1984, y por encargo del Ayuntamiento de Valencia para el II Encuentro de Escritores del Mediterráneo, preparé la edición de una *Antología poética* de 71 poemas de Cavafis. La edición fue trilingüe (griego, catalán y castellano), y lo más probable es que sea la única edición trilingüe de Cavafis a escala mundial, incluida la cadena volcánica de las setenta islas Aleutianas, que es la

única región geográfica que en pirotecnia cavafiana puede rivalizar con Valencia. Fue, pues, una edición consistorial y, en consecuencia, tenía un suplemento de complejidad editorial que quedó reflejado en los siguientes hechos. En primer lugar, y con muy buen criterio por parte del ayuntamiento, fue, en realidad, una coedición de este organismo con el fantástico editor valenciano Fernando Torres. La coedición garantizaba la distribución comercial, que, como es sabido, es el gran problema de tantas ediciones institucionales, que suelen ir a parar de la imprenta a la zona más inaccesible del sótano del ayuntamiento o ministerio, de donde los libros no vuelven a salir más que para ir a arder en el tanatorio. En segundo lugar, y para que ya desde la cubierta quedara del todo claro que, además de trilingüe, la edición era bisexual, al título de *Antología poética* se le añadió el subtítulo de *Homenaje a Cavafis*. Este título era oportuno porque el año anterior, 1983, se había celebrado el cincuentenario de la muerte del poeta, y a él se le rendía homenaje en este II Encuentro, que no hay que olvidar que era de Escritores del Mediterráneo. Este subtítulo, que se imprimió trilingüe, y en líneas separadas, en la cabecera de la cubierta, quedó así: *Homenatge a Kavafis / Afiéroma ston Kavafi / Homenaje a Kavafis*.

Y ya que estoy dando cuenta amplia de las ediciones de Cavafis en nuestro país, creo que es pertinente incluir también la historieta de tebeo de la primera edición de este libro, que fue un delirio —con la perspectiva de más de veinte años, hoy ya casi divertido— y que el ayuntamiento, ante mi dulce exigencia, se avino a subsanar. No sé de quién fue la idea de añadir el subtítulo trilingüe de *Homenaje a Kavafis*, pero un buen día —y creo que solo unas horas antes de la inauguración del encuentro— me entregaron un ejemplar recién impreso del libro. Y la alegre cólera que me entró fue monumental porque, además de no gustarme mucho la cubierta, había un error garrafal en la traducción al griego del texto *Homenaje a Kavafis*. Según me contaron a medias, le pidieron a una prima de la mujer de un cónsul griego la traducción de *Homenaje a Kavafis* y les entregó el patético *Dexíosis ston Kavafis*, que significa «Recepción —y no “Homenaje”— a Cavafis», pero con el agravante de que ese incorrectísimo genitivo *Kavafis* tendría que haber sido el acusativo *Kavafi*. Para percibir cómo chirría este título en un oído griego, hay que pensar en cómo nos sonaría a nosotros encontrarnos, por ejemplo, un texto nuestro como *Recepción a Unamunos* — sí, sí, «¡Recepción!», y con una ese final en « Unamunos»— en lugar del correcto *Homenaje a Unamuno*. Esto se imprimió. Y yo incluso tengo un ejemplar, que es, desde luego, una pequeña joya de coleccionista, porque, salvadas las distancias, viene a ser algo así como si la Casa de la Moneda dispusiera acuñar un billete de mil con la efigie de Juan Ramón Jiménez y, en su lugar, nos saliera de la ceca una moneda de cinco duros con la cara del ciclista Federico Martín Bahamontes. Lógicamente, nos volveríamos locos y ya hasta dudaríamos si lo correcto es decir de la ceca a la Meca, como hemos dicho siempre, o de la ceca a la jeta, porque se nos cruzarían en el cerebro las caras de todos los prohombres de la patria. Yo les explicaba esto a la gente del Ayuntamiento, pero, como para colmo en Valencia por aquellas fechas estaban también con el conflicto del valenciano con el catalán, además de su conflicto permanente con el castellano —no hay que sulfurarse, todos lo tenemos un poco—, era muy difícil entenderse, y ellos estaban empeñados en sacar el libro con la cubierta que he descrito. Pero afortunadamente la concejalía de Cultura tenía una fina sensibilidad para el fútbol, y cuando les

dije que yo había sido un hincha total de Puchades —el fantástico medio izquierda que jugó en el Valencia en los años cincuenta—, sin más discusión se avinieron a cambiar la cubierta. Y así el libro salió y quedó muy digno porque se cambiaron también los colores de la cubierta. Inmediatamente se hizo una segunda edición, pero desgraciadamente, a los muy pocos meses, falleció el coeditor Fernando Torres y el libro se quedó hibernado. Esta *Antología poética* se abre con unas palabras del entonces alcalde de Valencia, el socialista Ricard Pérez Casado. La selección de los poemas, el prólogo y la traducción castellana son de Ramón Irigoyen, y las traducciones catalanas son de Carles Riba y de Alexis E. Solà.

En 1984 Alberto Manzano publicó en Teorema una *Obra escogida* de Cavafis. Esta edición es realmente curiosa desde su mismo y muy modesto título, pues llama *Obra escogida* a nada menos que la inclusión de los ciento cincuenta y cuatro poemas canónicos —y, por cierto, desgajando de este grupo «En las afueras de Antioquía», el ya mencionado último poema de Cavafis— más la adición de veintidós *Poemas no publicados*. Curiosa es también la «Breve biografía» de dos páginas que introduce el libro, en la que se dedica casi un tercio al tema de las finanzas familiares de los Cavafis. Aunque nunca se sabe, no me imagino leyendo griego a Alberto Manzano, que ha traducido del inglés cantidades de letras de canciones de grupos musicales, pero también curiosamente su traducción es muy fiel al original (lo que por otra parte también ocurre, por ejemplo, en sus traducciones de las canciones completas de los Beatles). El mérito de esta traducción es su fidelidad al original, pero su punto débil es también en este caso la musicalidad del poema, que por su total ausencia aún deslumbra más que brilla. Al faltarles la música, son poemas amorfos, sin esqueleto. Pero el colmo de la curiosidad está en sus notas, que precisamente en una traducción sin música resultan las más ricas en información sobre las rimas y esquemas métricos de los poemas originales. Salvo en la edición inglesa de Dalven, nada se dice de este tema en las notas de las ediciones completas más solventes. Pero Luis de Cañigral sí le dedica un capítulo a este tema en su *Cavafis* ya mencionado. También es verdad que en 1944-1945 —o sea, por las fechas de la edición de Manzano, hacía ya cuarenta años— Pontani había publicado «La métrica de Cavafis», un espléndido artículo de casi setenta y cinco páginas.

En 1989 Xosé Gago publica en la editorial ovetense Alvívoras Llibros *Veinticinco poemas* de Cavafis en versión asturiana —o bable, por utilizar el nombre por el que conocemos este idioma los foráneos—, con un prólogo, notas y una guía bibliográfica comentada. La traducción es excelente, e igualmente muy lograda la musicalidad del poema.

En 1991 Alfonso Silván Rodríguez publica en Ediciones La Palma *Obra poética completa* de C. P. Cavafis, con texto griego. Como probablemente pensará el supercompleto Bádenas de la Peña, esta denominada *Obra poética completa* no es completa porque faltan los seis *Poemas inconclusos* que él sí incluyó en su mencionada *Poesía completa* de Alianza Tres. Alfonso Silván es licenciado en Filología Clásica y ha estudiado griego en Atenas y Salónica. En la presentación de este libro en el Ateneo de Madrid, presidida por el embajador de Grecia en España, Adamandios Vacalópulos, Silván leyó en griego algunos poemas de Cavafis y, por su excelente lectura, dejó bien claro que es un buen actor. Y, también por curioso azar, este traductor coincide en

sus buenas dotes histriónicas con José María Álvarez, que lee tan bien sus propios poemas, que en una lectura pública en Logroño le llegué a recomendar que los edite solo en casete —hoy ya en CD—, pues ganan mucho recitados por él. Pero, como traductores de Cavafis, Silván y Álvarez solo pueden coincidir en un escenario. Fuera de escena, es difícil hallar dos traductores más opuestos. El rigor filológico que le falta a Álvarez se puede afirmar que incluso le sobra a Silván. Como repito incesantemente, soy partidario de las traducciones más escrupulosamente fieles, pero, al leer la traducción de Silván, no me queda más remedio que pasarme un poco al campo del adversario, o sea, al campo del más libertino Álvarez (y que, por cierto, también fue el campo de Pound y de tantos traductores ingleses —y españoles, claro—, como tan justamente denunció en su día Juan Ferraté).

Silván no traduce, sino que calca el original y no se consiente ni esos mínimos de libertad, sin los que la traducción se asfixia. Si alguien busca una traducción de una fidelidad de pulpo —dicho, por supuesto, sin ninguna connotación peyorativa—, aquí la tiene. El texto castellano no parece inventado, sino directamente desprendido de la piel del original. Tan altos son su rigor semántico y su sumisión. Y el primer elemento, el rigor, se agradece muchísimo porque en la traducción aparece el máximo de los contenidos del original, pero la sumisión, ay, lastra también gravemente la música del poema. De todas formas, no son pocos los pasajes —y, sobre todo, en los poemas más breves— en que la lengua seca del original le facilita al traductor un castellano muy legible. Pero en cuanto el texto se alarga, surge alguna zona del poema en que el castellano se encasquilla. Esta fidelísima traducción de Silván —y aunque su caso es incomparablemente más libre— me ha recordado la traducción que, calcada incluso en sus partículas, hizo de la *Ilfada* Francisco Sanz Franco («Canta, diosa, de Ajileus PELEYADES [sic] el resentimiento mortífero, que diez mil dolores a Ajayos impuso...»). No necesito insistir en que ambos traductores son incomparables. Porque en la traducción, también bilingüe, de Sanz Franco —que, desde luego, yo aprecio muchísimo porque es un excelente diccionario (me facilita una lectura del original mucho más rápida que las restantes traducciones)—, en la traducción de Sanz, digo, por el método de traducción elegido no puede haber, naturalmente, ni un átomo de música, mientras que en la traducción de Silván ya he dicho que hay fragmentos que funcionan poéticamente. El texto griego es el de la edición de Savidis. Un grabado espléndido de Dimitri Papagueorguú y unos dibujos de Antonio Quintana ilustran un libro de edición bilingüe impecable, al que no le faltan un prólogo digno y unas notas más que suficientes.

En abril de 1994 —y ya en prensa este libro—, Mosjos Morfakidis y Andrés Pociña publican en gallego, con texto griego, el libro *Poesía grega do século XX*, editado por la Xunta de Galicia. Recoge textos de treinta y nueve poetas. Y selecciona cinco poemas de Cavafis, excelentemente traducidos. Morfakidis y Pociña ya habían publicado las quizá primeras traducciones de Cavafis al gallego (tres poemas), en 1987, en el artículo «Escolma de poetas gregos do século XX» del número quince de la revista *Dorna*.

La editorial Pamiela publicó en 1995 *Konstantinos Kavafis. Poema-antología*, una edición bilingüe —eusquera y español— de cuarenta poemas del poema alejandrino firmada al alimón por Andolin Eguskitza y Olga Omatos,

profesores de la Universidad del País Vasco. Andolin Eguskiza me informó, allá por 1994, de que quizá la primera traducción de Cavafis al vasco es de Joseba Sarrionandia. Y Txema Aranaz, el editor de Pamiela, me confirmó que Sarrionandia publicó seis poemas en *Izkiria turik aurkitu ditudan ene poemak* (*Poemas míos que ya he encontrado escritos*), editado por Pamiela en 1985. Este escritor vasco es célebre por la calidad de su literatura y, sobre todo, porque comparte con Pessoa lo que el poeta portugués llamaba «mi miedo innato a las cárceles». Miembro de ETA y preso en la cárcel de Martutene, Sarrionandia se fugó de la prisión, junto con otro colega de ETA —más tarde detenido en el País Vasco—, camuflado entre el material musical de la banda del cantante Imanol, que acababa de dar allí un concierto. Sarrionandia debió de leer el poema «Murallas» de Cavafis y decidió poner pies en polvorosa. Al no haber sido apresado, sigue hoy —y aquí hoy significa 1994 y no 2016, cuando reviso el prólogo publicado en 1994— publicando desde la clandestinidad. Podemos, pues, concluir que a Cavafis no le falta ya ni un traductor prófugo.

Las traducciones de Cavafis posteriores a 1994, por estar celebrándose ahora el Año de la Misericordia establecido, para evitarnos pullas, por el papa Francisco I, las procrastino —en cuanto menciono al Papa, tiendo a hablar en latín— para cuando termine este año. Y que conste que me habría encantado hacer la crítica, entre otros libros, de estas traducciones: *Poesía completa*, de C. P. Cavafis, en traducción de Anna Pothidou y Rafael Herrera publicada por Visor (Madrid, 2003). Y también me habría encantado hacer la crítica de *Poesía completa*, de C. P. Cavafis, con traducción, prólogo y notas de Juan Manuel Macías y epílogo de Vicente Fernández González, publicada por Editorial Pre-Textos (Valencia, 2015). Pero es el Año de la Misericordia y ¿qué ateo no le hará caso a este papa bueno que no es necesariamente bueno para la Iglesia, como ha escrito en un brillante artículo, publicado en La Voz de Galicia (19/04/2016), Xosé Luis Barreiro Rivas?

VII. ESTA EDICIÓN

Y ahora unas palabras sobre los criterios de edición que han orientado este trabajo. En primer lugar, y nos guste o no, la elección exclusiva de los ciento cincuenta y cuatro poemas que llamamos canónicos se atiene a la voluntad de Cavafis, quien decidió que esta era la colección de poemas que se debía publicar, con la excepción ya mencionada de reconocimiento expreso para «En las afueras de Antioquía», su último poema escrito. El que como fervientes lectores suyos deseemos leer también sus borradores de poemas más o menos avanzados en su redacción no nos debe ofuscar. Pienso que, por supuesto, tiene el mayor interés la edición de Savidis de los *Poemas inéditos* y la de los *Poemas rechazados*. Pero tampoco hay que olvidar que, por lo general, en bastantes casos son solo eso, borradores más o menos logrados, que están hinchando desproporcionadamente una rigurosísima obra, cuya primera virtud es la exclusión de toda ganga. Por eso, en esta ocasión, adopto una actitud filológicamente conservadora ante la obra del poeta, aunque expreso mi más vivo deseo de que pronto se edite en Grecia una *Obra poética completa* de Cavafis que realmente lo sea. Mientras se prepara este libro ya tan necesario, yo también —y suponiendo que me anime a ello— iré traduciendo la obra de Cavafis y publicándola por volúmenes independientes, como está en el original. Actúo, pues, como un colono reverente frente a la metrópoli de Atenas, y ya se sabe que en cuestiones lingüísticas los colonos son siempre conservadores. Ya hemos visto que el propio Cavafis, un colono de Alejandría, escribía un griego mucho más purista que sus colegas de la llamada escuela ateniense.

Respecto a mis criterios de traducción diré que siempre me he considerado de la escuela del Goethe que propugnaba que hay que traducir hasta lo intraducible. Soy, pues, partidario de la más escrupulosa fidelidad al texto, pero también cuidándome siempre de no incurrir en el puritanismo del servilismo. Una traducción es una creación de un texto homólogo a su original y, para que haya creación —una palabra, por cierto, hasta anteaer, para mí un tanto pretenciosa, e incluso odiosa, pues la tengo asociada a la creación de Dios Padre (es una voz con origen en la Biblia judía)—, debe haber también unos márgenes de libertad, que solo la discreción del traductor sabrá delimitar sin quedarse corto y sin tampoco pasarse. Verdad de Perogrullo, que al perro de Diógenes lo llamaba chucho.

Estoy de acuerdo con Alexis E. Solà en que quizá la mejor traducción de Cavafis que se ha hecho en el mundo es la catalana de Carles Riba. Y, como bien ha analizado y demostrado Solà, la traducción de Riba es escrupulosamente fiel al original hasta unos niveles por su lealtad emocionantes, y quizá la mayor libertad que se toma es que en algunas ocasiones elementos de un verso pasan a otro verso cortando el texto. Esta fidelidad, aliada con la gracia poética con la que él estaba dotado, ha hecho a esta traducción merecedora de los elogios más justos. Esta traducción, de tan

exacta casi ideal, es, por supuesto, el modelo al que aspira parecerse mi trabajo. Y este es también el tipo de traducción fidelísima, que respeta lo más posible incluso el orden de las palabras del original, el que para sus poemas pedía Cavafis a sus traductores. De esta estirpe es, por ejemplo, la traducción francesa de Paputsakis, quien asegura que su trabajo fue controlado totalmente por Cavafis. Y esta traducción francesa, para mi gusto con muy poca magia poética —opinión que ya expresó Alexis E. Solà y que comparto plenamente, e incluido, por supuesto, también su reconocimiento de los grandes méritos de su prólogo y espléndidas notas—, tiene el enorme valor de ser escrupulosamente fiel al original, incluso respetando los ¿caprichosos? signos de puntuación del poeta, que no tuvo en cuenta ni siquiera un hombre tan respetuoso con el original como Riba. En este punto quizá protestaría fuertemente Kierkegaard, que en su *Diario íntimo* ha escrito la defensa más bella y apasionada que conozco del rigor de la puntuación, en la que cree no hallar un competidor equiparable a él entre los escritores daneses. Pero el rigor en la puntuación, del que con tanta justicia se enorgullecía Kierkegaard, ¿era en Cavafis rigor, o simple capricho arbitrario de quien no controla del todo las normas gramaticales? No tengo el menor ánimo de investigar este punto, pero quizá no es aventurado sugerir que Cavafis los signos de puntuación se los sacaba un poco del forro de la manga. Pero yo, también en este punto, he sido fiel a la puntuación del original. Invito, pues, al lector/a a que no considere error del traductor lo que fue una decisión del autor.

Algunos poemas de Cavafis, como ya indico en las notas, tienen rima. Cuando comencé esta traducción —en diciembre de 1966, en los comienzos mismos de mi estancia en Grecia por tres años—, y durante los años de su muy intermitente prosecución que ya ni yo puedo datar, a lo largo de estos años, digo, jamás se me ocurrió traducir un solo poema con rima. Mi deseo de extrema fidelidad al original me impidió hacer siquiera un solo experimento de este estilo. Y la verdad es que tenía altos ejemplos de traductores que admiro muchísimo —Pontani al italiano y Mavrogordato al inglés— que han traducido espléndidamente a Cavafis con rima, aunque lógicamente a costa de hacer sacrificios de contenidos, que yo en ningún momento estaba dispuesto a hacer. Pues bien, al revisar por penúltima vez los poemas, se me ocurrió hacer el experimento de traducir el poema «La ciudad» con rimas y, para mi desgracia, mi versión me gusta, pues no me parecen excesivos los sacrificios de contenidos que tengo que hacer, y además bien compensados por la musicalidad ganada. ¿Qué hacer? ¿Revisar de nuevo todos los poemas con rima y rehacer las traducciones? Pero al punto el instinto de conservación me grita que, si tengo que rehacer más poemas, directamente le pego fuego hasta a las fotografías de los herederos de Cavafis, y dejo las traducciones como estaban. Mantengo, pues, un criterio de traducción levemente híbrido, pues, al menos, en un poema, en la cuestión de las rimas, me aparto de una norma adoptada.

A lo largo de este prólogo —y la confusión se intensifica, si se consulta la bibliografía— la transcripción del nombre y apellido del poeta en los diversos idiomas es un pequeño caos. En la edición griega de *Piímata* («Poemas»), editada por Savidis y publicada por Ícaros, se lee C. P. Cavafi. C. es abreviatura de Constantinos («Constantino»), que en griego se pronuncia Constandinos (los grafemas «nt» se pronuncian «nd»), y P. es la abreviatura de Petros («Pedro»). La forma Cavafi es el caso genitivo del apellido cuyo

nominativo es Cavafis, y los apellidos hay que transcribirlos por el nominativo en idiomas extranjeros. Lo que ocurre es que en griego se pone con frecuencia el nombre y apellido del autor de un libro en genitivo —aunque también, en ocasiones, en nominativo—, porque se sobreentiende la idea de posesión del autor respecto a su obra, que es la que expresa el genitivo —o sea, exactamente, Poemas de Cavafis—. Como la gramática no era el fuerte de Cavafis y él, como buen tauro, tenía un contundente carácter, en Inglaterra y Francia él usaba y deseaba para sus traducciones la forma, incorrecta, de Cavafy. (Y, como en castellano no hay declinaciones y, en consecuencia, nuestros nombres propios no sufren las alteraciones morfológicas de la declinación, el que el poeta se empeñara en que su apellido se transcribiera en francés e inglés como Cavafy exige una comparación un tanto estrambótica, pero bastante exacta. Y su empeño venía a ser algo así como si un Gómez caprichoso se empeñara en que su apellido se transcribiera al griego moderno como Góme (sin la «z»). En Italia se transcribió habitualmente como Cavafis, que refleja la grafía fonética. Sin embargo, el heredero de los derechos de autor y la editorial ateniense Ícaros, tras arduas negociaciones, le exigieron al traductor Pontani transcribirlo como Kavafis. En España e Hispanoamérica se ha transcrito por Kavafis —forma que yo mismo utilicé en mi edición de 1984, manteniendo esa «k» un tanto exótica, pero muy utilizada, por otra parte, en transcripciones del griego clásico— y se ha transcrito también por Cavafis, que es la forma que utilicé últimamente. José María Álvarez lo transcribió como Kavafis, y la «k» del apellido la extendió también al nombre del poeta, y consiguió el divertido chiste de llamar a Constantino Konstantino. Konstantino Kavafis es el nombre que se lee en la cubierta de la editorial Hiperión, de 1976.

El texto original en el que baso la traducción es la mencionada edición de *Piímata* (volumen I y volumen II) de C. P. Cavafis, editada por Savidis y publicada por Ícaros en 1963.

Y ya unas palabras finales para contar mi experiencia de lector de Cavafis y su influencia en mi poesía. Los grandes amores literarios —y por su intensidad para quienes los viven quizá sería más exacto sustituir pasiones por amores—, las grandes pasiones literarias, digo, se viven sucesivamente de una en una o, al menos, yo así las he vivido. A mis veinticuatro años, cuando llegué a Atenas —y con muy buena base filológica, pero con escasa formación literaria—, descubrí la poesía de Seferis y durante dos años largos este poeta fue mi pasión absoluta. Durante cientos de horas traduje prácticamente toda su poesía.

Simultáneamente comencé a leer y a traducir a Cavafis, pero mi estrecho concepto de la poesía de aquellos años me impidió conectar a fondo con este autor. Del mismo modo que descubrí muy tarde a Celaya —y en el peor momento—, pues lo leí inmediatamente después de haber convivido muchos meses con la poesía de Cernuda, que es uno de los cuatro o cinco poetas que más me han interesado en mi vida, puedo decir que descubrí antes de tiempo a Cavafis, pues, cuando lo empecé a leer, mi mencionada escasa formación literaria y mi monogamia seferiana me impidieron valorarlo como se merece. Por ejemplo, los poemas más históricos me sonaban casi a prosa, y solo conecté vivamente con poemas de tono muy obviamente pesimista —yo, por supuesto, era un joven masoca— como «La ciudad», «Troyanos»,

«Deslealtad», «Murallas» y algunos pocos más. En alguna medida puedo decir que por la espaciadísima dilatación del tiempo en que he traducido su obra (un grupo de setenta u ochenta poemas entre 1966 y 1969, y los ochenta o setenta restantes en años que ni yo puedo ya fechar de la década de los setenta y de la de los ochenta), por tan espaciada dilatación del tiempo, digo, la experiencia de su lectura la siento como tremendamente diluida.

Encuentro una gran dificultad para afirmar que Cavafis sea un poeta que ha marcado mi vida —como puedo afirmar que la han marcado, en etapas sucesivas, Ramón Gómez de la Serna, Seferis, Cernuda, Vallejo y Jaime Gil de Biedma— y, sin embargo, este poeta, cuya presencia en mí siento tan difuminada, es el escritor cuya influencia ha sido para mí más decisiva a la hora de escribir, en 1978, la primera versión de mi libro de poemas *Los abanicos del Caudillo*. A la hora de escribir este texto tuve especialmente presente mi experiencia de lector inicial de los poemas de Cavafis y el rechazo que sentí por su prosaísmo. Totalmente consciente de aquel repudio por aquella aparente frialdad del lenguaje, elegí la vía del más crudo prosaísmo escribiendo un texto que, en forma y contenidos, se situaba en el mismo terreno que el lenguaje de las bandas rockeras. (Por ejemplo, el fragmento IV de *Los abanicos del Caudillo* dice: «Puesto que yo nací / de una paja a dos manos / del macho de mi padre / —y sé que fue a dos manos porque fuimos gemelos»; mientras, por las mismas fechas, 1978, en Cornellá La banda traperera del río —y sin yo conocerlos— cantaban los versos: «Nacido del polvo de un borracho / y el coño de una puta».) No es quizá fácil verlo desde fuera, pero en mi caso aquí estaba Cavafis presente de cuerpo entero. Mi experiencia ateniense de lector de Cavafis —y de lector ignorante que aún no está educado para percibir el lenguaje poético de los nuevos tiempos— la apliqué a la redacción de este libro, y quedé encantado de los resultados, pues *Los abanicos del Caudillo* causaron en 1982 un «sonoro escándalo», según la calificación de Santos Sanz Villanueva. Por experiencia propia sabía que los manjares del prosaísmo no pueden disfrutarlos los cerebros insuficientemente educados.

La relectura de *Poemas* de Cavafis, en 2015 y 2016, para preparar esta edición que publica la editorial DeBolsillo me ha producido un extraordinario placer. En esta relectura he sentido vivísima la poesía de Cavafis cuyos temas esenciales —el sexo, la religión y el conflicto de civilizaciones— son temas eternos, y por eso no envejecen. Con *Poemas* de Cavafis me ocurre algo semejante a lo que me pasa con *Poesías completas* de Antonio Machado. Ni Antonio Machado, a quien leí antes que a Cavafis, ni el poeta alejandrino me deslumbraron en mis lecturas iniciales. Pero, con el paso de los años, he descubierto que, cuanto más los leo, más me gustan. Y ambos me gustan hasta fascinarme. El genial Rubén Darío escribió sobre Antonio Machado estos versos: «Su misterio era tan profundo / que apenas se podía ver». Estos versos son también aplicables a Cavafis. El misterio de su poesía es tan profundo que apenas lo vislumbramos levemente. En una ocasión le pregunté a Jaime Gil de Biedma, que tanto admiró e incluso saqueó unos versos de Cavafis en un pasaje de su poema «Pandémica y celeste», qué era para él un buen poema y me contestó: «El poema que me pueda acompañar toda la vida». Y, tras pedirle el título de algún poema que le podría acompañar toda la vida, me recitó el poema «No son todos ruiseñores» de Góngora.

Los poemas «El dios abandona a Antonio», «Ítaca», «Fui», «Placer», «Su principio», «De la escuela del célebre filósofo», «Gran procesión de sacerdotes y laicos», «Mires; Alejandría (340 d.C.)», «Preguntaba por la calidad» —un poema con tema precursor de las actuales webs de contactos de parejas: en el poema se habla de un enamoramiento súbito en un comercio—, y «En las afueras de Antioquía», entre otros, admiten, en mi caso, varias relecturas en esta vida y en mis dos o tres próximas reencarnaciones. Y, ya puestos a reencarnarnos, creo que hay que aspirar a más de una reencarnación.

POEMAS I (1896-1918)

1896-1904

VOCES

Ideales voces y amadas
de aquellos que murieron, o de aquellos que están
para nosotros perdidos como los muertos.

A veces en nuestros sueños hablan:
a veces en el pensamiento las escucha el cerebro.

Y con su sonido por un instante vuelven
sones de la primera poesía de nuestra vida —
como música, en la noche, lejana, que se extingue.

DESEOS

Como cuerpos bellos de muertos que no envejecieron
y los encerraron, con lágrimas, en espléndido mausoleo
—con rosas en la cabeza y en los pies jazmines—,
así parecen los deseos que pasaron
sin cumplirse; sin que ninguno mereciera
una noche de placer, o un alba luminosa.

VELAS

Ante nosotros yérguense los días venideros
como fila de velas encendidas—
doradas, cálidas y vivas velitas.

Los días pasados atrás quedan,
triste fila de velas apagadas.

Las más cercanas aún despiden humo,
frías velas, derretidas, y torcidas.

No quiero verlas: me aflige su figura,
y me aflige recordar su luz primera.
Miro adelante mis velas encendidas.

No quiero volverme, por no ver con horror
cómo la fila oscura avanza rápida,
cómo los cirios apagados aumentan tan de prisa.

UN VIEJO

En la parte interior de un café bullicioso,
inclinado sobre la mesa, está sentado un viejo;
con un periódico delante, sin compañía.

Y en el desdén de la vejez toda miserias
piensa en lo poco que gozó los años
en que tuvo vigor, verbo, y belleza.

Sabe que ha envejecido mucho; lo siente, lo está viendo.
Y sin embargo el tiempo en que fue joven le parece
como si fuera ayer. Qué breve lapso, qué breve lapso.

Y piensa en cómo la Cordura le ha engañado;
y cómo se fiaba siempre de ella —¡qué locura!—,
de la mentirosa que decía: «Mañana. Tienes mucho tiempo».

Recuerda impulsos que reprimía; y cuánta
dicha sacrificaba. De su descerebrada sensatez
cada ocasión perdida ahora se burla.

... Mas de tanto pensar y recordar
se ha mareado el viejo. Y se adormece
reclinado en la mesa del café.

PLEGARIA

El mar en sus abismos arrebató a un marinero.

Su madre, ignara, va y enciende

ante la Virgen una vela grande

para que vuelva pronto y el tiempo sea bueno —

y aplica sin cesar su oído al viento.

Mas, mientras ella reza y ruega,

la imagen oye, seria y afligida: sabe

que ya no volverá el hijo que espera.

LAS ALMAS DE LOS VIEJOS

En sus cuerpos años os ya gastados
moran las almas de los viejos.
Qué penosas que resultan las pobres
y cómo les hastía esa vida tan mezquina que arrastran.
¡Y cómo tiemblan de perderla, cómo la aman,
desconcertadas y contradictorias,
las almas —tragicómicas— que moran
en sus viejos pellejos todo ruina!

EL PRIMER PELDAÑO

Éumenes, jovencísimo poeta,
se lamentaba un día con Teócrito:
«Dos años hace ya que escribo
y he compuesto un idilio solamente.
Es mi única obra terminada.
Pobre de mí, ¡qué alta es la escalinata
de la Poesía!, bien lo veo, es altísima.
Y del primer peldaño en que me encuentro,
pobre de mí, ya no subiré nunca».

Le respondió Teócrito: «Impertinentes
son, estas palabras son blasfemias.
Si has subido ya el primer peldaño
tienes que estar dichoso y orgulloso.
Haber llegado ahí no es poca cosa;
eso que has hecho no es pequeña gloria.
Aun el primer peldaño dista mucho
del público profano.
Si en él quieres pisar, es necesario
que seas ciudadano —y en la plenitud de tus derechos—
de la Ciudad de las Ideas.

Es difícil y raro en tal ciudad
entre sus ciudadanos ser inscrito
pues hay Legisladores en su ágora
que no podrá burlar ningún aventurero.
Haber llegado ahí no es poca cosa;
eso que has hecho no es pequeña gloria».

INTERRUPCIÓN

Interrumpimos la obra de los dioses nosotros,
seres del instante atolondrados e inexpertos.

Entre llamas altísimas y una humareda densa,
en los palacios de Eleusis y de Ftía

Tetis y Deméter emprenden grandes obras. Pero
de los aposentos del monarca siempre

irrumpe Metanira, desgredada en su pánico,
y al fin siempre Peleo se asusta e interviene.

TERMÓPILAS

Honor a quienes en su vida se han marcado
el defender unas Termópilas.

Sin apartarse nunca del deber;
en todas sus acciones justos y equilibrados,
y, sin embargo, con pena, y con entrañas.

Si ricos, generosos; y aun en lo poco
generosos, si pobres; prestos
a socorrer en tanto pueden;
siempre con la verdad a flor de labios,
sin odiar sin embargo a los que mienten.

Y aun mayor honor les es debido
cuando prevén —y muchos lo prevén—
que surgirá por último un Efiates
y los persas terminarán pasando.

CHE FECE... IL GRAN RIFIUTO

A algunos hombres les llega ese día
en que deben el gran Sí o el gran No
pronunciar. Al punto se evidencia quién tenía
listo el Sí: y al pronunciarlo da otro paso

en sus convicciones y en su estima.

Quien dijo No no se arrepiente. De nuevo No,
si fuera preguntado, diría. Y sin embargo por tierra le derriba
aquel No —el justo No— para el resto de su vida.

LAS VENTANAS

En estos cuartos tenebrosos, donde paso
días cargantes, vago de arriba abajo
para hallar las ventanas. (Cuando se abra
una ventana, será un alivio.)

Pero las ventanas no se encuentran, o yo no sé
encontrarlas. Y mejor tal vez que no las halle.
Quizá será la luz otra tortura.
Quién sabe qué novedades va a mostrarme.

MURALLAS

Sin miramiento, sin pudor, sin lástima
altas y sólidas murallas me han levantado en torno.

Y ahora, heme aquí, quieto y desesperándome.
No pienso en otra cosa: este destino me devora el alma;

porque yo muchas cosas tenía que hacer fuera.
¡Ay, cuando levantaban las murallas, cómo no me di cuenta!

Pero nunca oí ruido ni voces de albañiles.
Desde el mundo exterior —y sin yo percibirlo— me encerraron.

ESPERANDO A LOS BÁRBAROS

—¿A qué esperamos congregados en la plaza?

Es que hoy llegan los bárbaros.

—¿Por qué hay tan poca actividad en el Senado?

¿Por qué los senadores —sentados— no legislan?

Porque hoy llegan los bárbaros.

¿Qué leyes dictarían ya los senadores?

Cuando lleguen las dictarán los bárbaros.

—¿Por qué el emperador se ha levantado tan temprano

y en la puerta principal de la ciudad está sentado

tan solemne, en su trono, y coronado?

Porque hoy llegan los bárbaros.

Y nuestro emperador está esperando para

recibir a su jefe. Incluso ha preparado

un pergamino para él. Y en él le ha conferido

nombramientos y títulos sin cuento.

—¿Por qué nuestros dos cónsules y los pretores han salido hoy con sus togas recamadas de púrpura?

¿Por qué esos brazaletes de tantas amatistas y anillos de esmeraldas destellantes?

¿Por qué empuñan bastones tan preciosos labrados maravillosamente en oro y plata?

Porque hoy llegan los bárbaros
y esas cosas deslumbran a los bárbaros.

—¿Por qué los dignos oradores no vienen como siempre a lanzar sus discursos, a soltar peroratas?

Porque hoy llegan los bárbaros.
y elocuencia y arengas les aburren.

—¿Por qué surge de pronto esa inquietud y confusión? (¡Qué gravedad la de esos rostros!)

¿Por qué rápidamente calles y plazas se vacían y todos vuelven a casa pensativos?

Porque ya ha anochecido y no llegan los bárbaros.
Y desde las fronteras han venido algunos diciéndonos que no existen más bárbaros.

Y ahora ya sin bárbaros ¿qué será de nosotros?

Esos hombres eran una cierta solución.

DESLEALTAD

Aunque alabemos en Homero muchas cosas, hay algo que nunca elogiaremos... así como el pasaje de Esquilo en que Tetis dice que Apolo cantando en sus bodas

«celebró a mi dichosa descendencia,

libre de enfermedades y de vida longeva.

Y anunciándome que los dioses eran propicios a mi sino

entonó el peán, alegrándome mucho.

Y yo creía que en la divina boca de Apolo

no cabía la mentira, pues emitía oráculos.

Y el mismo que cantaba

..... es quien mató

a mi hijo».

PLATÓN, *República*, B.

Cuando desposaron a Tetis con Peleo

se levantó Apolo en el espléndido banquete

nupcial, y les deseó felicidad a los novios

por el retoño que había de nacer de aquella unión.

Dijo: «Jamás padecerá enfermedades

y tendrá larga vida». Y, dicho esto,

Tetis sintió inmensa alegría, puesto que las palabras
de Apolo, experto en profecías,
le parecieron garantía para su hijo.
Y a medida que crecía Aquiles, y era
la gloria de Tesalia su belleza,
Tetis guardaba en su alma las palabras del dios.
Pero un día vinieron unos ancianos con noticias.
Dijeron: «En Troya ha sido muerto Aquiles».
Y Tetis se desgarró sus vestiduras
de púrpura, y se despojaba de ellas, y los anillos y pulseras
los estrellaba contra el suelo.
Y, entre lamentos, se acordó del pasado.
Y preguntó qué hacía el sabio Apolo,
dónde andaba el poeta que decía en los banquetes
tantas maravillas, dónde andaba el profeta,
cuando a su hijo lo mataban en la flor de la edad.
Y los ancianos respondieron que Apolo
había descendido en persona a Troya
y que él, con los Troyanos, mató a Aquiles.

EL FUNERAL DE SARPEDÓN

Grave pesar embarga a Zeus. A Sarpedón
Patroclo ha dado muerte; y el hijo de Menecio y los aqueos
ya se lanzan a arrebatar el cuerpo
para inferirle ultrajes.

Pero Zeus de ninguna manera lo consiente.

A su hijo amado —lo dejó
perecer: era la Ley—
al menos lo honrará después de muerto.

Y envía, helo ahí, a Febo a la llanura
con instrucciones sobre el modo de velar su cuerpo.

El cadáver del héroe levanta
Febo, con dolor, con respeto. Lo lleva al río.
Polvo y sangre le lava; cierra
sus tremendas heridas, sin que quede
ni la más leve huella; y vierte sobre él
aromas de ambrosía; fúlgida
veste olímpica le pone.

Su piel blanquea; y con peine de perlas el dios peina

sus cabellos negrísimos.

Le arregla sus hermosos miembros, y lo acuesta.

Ahora semeja un joven rey auriga

—frisa en los veinticinco o veintiséis—

que descansa, después de haber ganado,

con su carro de oro de caballos raudísimos,

en singular competición, el premio.

Y así en cuanto cumplió Febo

su misión, llamó a los dos hermanos,

Sueño y Muerte, y les mandó

llevar el cuerpo a la Licia, país afortunado.

Y hacia el país afortunado, hacia la Licia,

los dos hermanos, Sueño y Muerte,

emprendieron el viaje, y cuando ya llegaron

a la puerta de la casa real

entrega hicieron del glorioso cuerpo

y tornaron a sus otros quehaceres y cuidados.

Y allí, en cuanto lo acogieron, en palacio, comenzó

—con cortejos, y honras, y plañidos

y con copiosas libaciones de crateras sagradas,

y con todos los ritos— el lastimero entierro.

Y luego diestros artesanos de la comunidad
y renombrados marmolistas vinieron
y erigieron el túmulo y la estela.

LOS CABALLOS DE AQUILES

En cuanto vieron a Patroclo muerto
—era joven, y fuerte, y muy valiente—
los caballos de Aquiles se echaron a llorar:
se indignó su inmortal naturaleza,
al ver la obra aquella de la muerte.
Y sacudían sus cabezas y hacían ondear sus largas crines.
Golpeaban la tierra con sus patas, en llanto
por Patroclo, al que sentían ya sin vida —aniquilado—
una carne abyecta a la sazón —su espíritu ya perdido—
sin posible defensa —sin aliento—
a la gran Nada devuelto por la vida.

Zeus vio las lágrimas de las bestias
inmortales y se afligió. «En la boda de Peleo»,
dijo, «no debí obrar con tanta irreflexión;
¡mejor fuera no haberos regalado, mis desdichados
caballos! ¿Qué buscabais ahí en esa tierra
entre la miserable humanidad, juguete del destino?
A vosotros, a quienes ni vejez ni muerte acechan,
os torturan desgracias pasajeras. En sus tormentos

los hombres os enredan.» Pero de puro nobles,

las dos bestias lloraban

la desgracia perenne de la muerte.

1905-1915

LA CIUDAD

Dijiste: «Iré a otra tierra, iré a algún otro mar.

Mejor que esta habrá alguna otra ciudad.

Una condena escrita es cada intento mío

y está mi corazón, como un muerto, en su nicho.

¿Hasta cuándo mi alma va a continuar tan lánguida?

Donde vuelvo la vista, mire a donde mire,

de mi vida las ruinas negras las veo aquí,

en donde tantos años pasé, arruiné y perdí».

No hallarás nuevas tierras, no hallarás otros mares.

Tras ti irá la ciudad. Y por las mismas

calles vagarás. Y en los mismos barrios envejecerás

y canas te saldrán en estas mismas casas.

Siempre arribarás a esta ciudad. ¿A otra parte ir?

—no lo esperes—, ya no hay barco ni ruta para ti.

Al arruinar tu vida aquí, en este rincón mínimo,

para toda la tierra tú ya la has destruido.

LA SATRAPÍA

¡Qué desgracia que, mientras estás hecho
para empresas magníficas y bellas,
siempre te niegue tu destino injusto
coraje y éxito;
que te pongan trabas esos hábitos viles,
la mezquindad y las indiferencias!
Y ¡qué terrible el día en que te entregas
(el día en que te abandonaste y cedes)
y partes peregrino rumbo a Susa
y te presentas al rey Artajerjes
que benigno acogtiéndote en su corte te ofrece
satrapías y cosas semejantes!
Y en tu desesperanza aceptas
esas cosas que en modo alguno quieres.
Otras busca tu alma, por otras ella llora:
los elogios del pueblo y los sofistas,
los ¡bravo!, inapreciables por difíciles,
el Ágora, el Teatro, las Coronas.
¿Cómo puede Artajerjes darte eso?
¿Cómo encontrarlo en una satrapía?

Y, sin eso, ¿qué vida vas a hacer?

LOS SABIOS LO QUE SE AVECINA

Porque los dioses perciben el futuro, los
hombres el presente, y los sabios lo que se
avecina.

FILÓSTRATO

Vida de Apolonio de Tiana, 8,7

Los hombres conocen el presente.

El futuro lo conocen los dioses,
plenos y únicos poseedores de todas las luces.

Mas, del futuro, captan los sabios
eso que se avecina. Su oído,

a veces, en las horas de graves reflexiones
se alarma. Les llega el clamor
secreto de sucesos que se acercan.

Y reverentes le prestan atención. Mientras que en la calle,
ahí fuera, no oyen nada las gentes.

IDUS DE MARZO

Ten miedo a las grandezas, alma mía.

Y si tus ambiciones no las puedes
vencer, persíguelas con precauciones,
vacilante. Y cuanto más avances,
sé más escrutadora y vigilante.

Y cuando, al fin, alcances tu apogeo, César,
y adquieras la figura de hombre egregio,
vigila sobre todo entonces, al salir a la calle,
dominador insigne en tu cortejo,
si por azar de entre la multitud se te acerca
un Artemidoro, que trae una carta,
y dice apresuradamente: «Lee ahora mismo esto,
son asuntos muy graves que te atañen»,
no dejes de pararte, no dejes de aplazar
ocupaciones y entrevistas, ni de apartar
a esos que al saludarte se prosternan
(los ves más tarde); que incluso espere
el mismísimo Senado. Y, al punto, entérate

del importante escrito de Artemidoro.

SE ACABÓ

Sumidos en miedos y sospechas,
con la mente agitada y ojos aterrorizados,
nos consumimos planeando el modo
de esquivar el peligro seguro
que tan atrozmente nos amenaza.

Y sin embargo erramos, no está en nuestro camino.

Falsos eran los mensajes
(o no los oímos, o no los entendimos bien).

Otro desastre, que no imaginábamos,
súbito, violento cae sobre nosotros,
y al no estar preparados —no hay tiempo ya— nos arrebatata.

EL DIOS ABANDONA A ANTONIO

Cuando de pronto, a medianoche, se oiga
un cortejo invisible que circula
con músicas excelsas, con clamores —
de tu destino que se entrega, de tus obras
que fracasaron, de los proyectos de tu vida
que tan mal te salieron, no te lamentos en vano.
Como dispuesto desde ha tiempo, como un valiente,
dile adiós a ella, a la Alejandría que se va.
Y sobre todo no te engañes, no digas
que fue un sueño, que fue error de tu oído;
nunca aceptes tan vanas esperanzas.
Como dispuesto desde ha tiempo, como un valiente,
como te va a ti que de una ciudad tal has sido digno,
acércate con entereza a la ventana,
y oye con emoción, pero no
con súplicas y quejas de cobarde,
como un último goce los acordes,
los excelsos instrumentos del misterioso cortejo,
y dile adiós a ella, a la Alejandría que tú pierdes.

TEÓDOTO

Si eres de los verdaderamente elegidos,
tu predominio mira cómo lo adquieres.
Por mucho que te glorifiquen, y tus proezas
en Italia y Tesalia
por más que las proclamen las ciudades,
por muchos decretos honoríficos
que promulguen en Roma tus admiradores,
ni tu alegría ni tu triunfo durarán,
ni has de sentirte un hombre superior —¿por qué superior?—
cuando, en Alejandría, Teódoto te traiga,
en una bandeja ensangrentada,
la cabeza del mísero Pompeyo.

Y no te tranquilices con que en tu vida
limitada, ordenada, y pedestre,
cosas tan espectaculares y terribles no se dan.
Tal vez, en este instante, ya está entrando
en la acomodada casa de algún vecino tuyo
—invisible, inmaterial— Teódoto
trayendo una cabeza tan atroz.

MONOTONÍA

A un día monótono otro
monótono, exactamente igual le sigue. Sucederán
las mismas cosas, de nuevo volverán a suceder.
Los instantes —idénticos— nos hallan y nos dejan.

Un mes pasa y trae otro mes.

Y lo que viene uno se lo figura fácilmente.

Es lo mismo de ayer, aquello tan cargante.

Y a eso se reduce el mañana como si ya ni mañana pareciese.

ÍTACA

Cuando salgas de viaje para Ítaca,
desea que el camino sea largo,
colmado de aventuras, de experiencias colmado.
A los lestrigones y a los cíclopes,
al irascible Posidón no temas,
pues nunca encuentros tales tendrás en tu camino,
si tu pensamiento se mantiene alto, si una exquisita
emoción te toca cuerpo y alma.

A los lestrigones y a los cíclopes,
al fiero Posidón no encontrarás,
a no ser que los lleves ya en tu alma,
a no ser que tu alma los ponga en pie ante ti.

Desea que el camino sea largo.
Que sean muchas las mañanas estivales
en que —¡y con qué alegre placer!—
entres en puertos que ves por vez primera.
Detente en los mercados fenicios
para adquirir sus bellas mercancías,
madreperlas y nácares, ébanos y ámbares,

y voluptuosos perfumes de todas las clases,
todos los voluptuosos perfumes que te sean posibles.
Y vete a muchas ciudades de Egipto
y aprende, aprende de los sabios.

Mantén siempre a Ítaca en tu mente.
Llegar allí es tu destino.
Pero no tengas la menor prisa en tu viaje.
Es mejor que dure muchos años
y que viejo al fin arribes a la isla,
rico por todas las ganancias de tu viaje,
sin esperar que Ítaca te va a ofrecer riquezas.

Ítaca te ha dado un viaje hermoso.
Sin ella no te habrías puesto en marcha.
Pero no tiene ya más que ofrecerte.

Aunque la encuentres pobre, Ítaca de ti no se ha burlado.
Convertido en tan sabio, y con tanta experiencia,
ya habrás comprendido el significado de las Ítacas.

EN LA MEDIDA QUE PUEDas

Y si no te es posible hacer la vida que deseas

intenta al menos esto

en la medida que puedas: no la envilezcas

en el contacto asiduo con la gente,

en asiduos ajetreos y chácharas.

No la envilezcas arrastrándola,

dando vueltas constantes y exponiéndola

a la idiotez diaria

del trato y relaciones,

hasta que se convierta en una extraña cargante.

TROYANOS

De desgraciados son nuestros esfuerzos;
nuestros esfuerzos son como de troyanos.
Llevamos algo a cabo, nos reponemos
algo, y ya empezamos
a tener coraje y buenas esperanzas.

Mas siempre surge algo y nos detiene.
Ante nosotros en la trinchera surge
Aquiles y a grandes gritos nos espanta.

Nuestros esfuerzos son como de troyanos.
Creemos que con arrojo y decisión
cambiaremos la animosidad del destino
y nos plantamos fuera a pelear.

Pero cuando el momento crucial llega,
arrojo y decisión se nos esfuman;
se turba y paraliza nuestra alma
y corremos en torno a las murallas
tratando de salvarnos en la fuga.

Pero nuestra caída es segura. Arriba,
en las murallas, ya empezaron los llantos.
Lloran recuerdos y sentimientos de nuestros días.
Amargamente, por nosotros, lloran Príamo y Hécuba.

EL REY DEMETRIO

No como un rey, sino como un actor, se pone una clámide oscura en lugar de la propia de la tragedia, y salió sin ser visto.

PLUTARCO, *Vida de Demetrio*

Cuando le abandonaron los macedonios y demostraron que preferían a Pirro, el rey Demetrio (tenía un gran espíritu) en modo alguno —así dijeron— se portó como un rey. Fue a despojarse de sus vestiduras de oro y tiró sus sandalias de púrpura. Se puso al punto ropa sencilla y escapó.

Haciendo lo mismo que un actor que, cuando acaba la representación, se cambia el traje, y se marcha.

LA GLORIA DE LOS PTOLOMEOS

Soy un Lágida, el rey. El dueño absoluto

(por mi poder y mi riqueza) del placer.

Macedonio, o bárbaro, no hay nadie

equiparable a mí, ni siquiera de lejos. Es ridículo

el Seléucida con su molicie de plazuela.

Pero si buscáis otra cosa, aquí está y a las claras.

La ciudad maestra, cima de toda Grecia,

en letras de todo orden, en cada arte la más sabia.

EL CORTEJO DE DIONISO

El artesano Damón (el más hábil
con que cuenta el Peloponeso) en mármol de Paros
esculpe el cortejo
de Dioniso. A la cabeza el dios
con su majestuosa gloria, todo fuerza en su marcha.
Detrás, el Desenfreno. Y junto al Desenfreno
escancia la Embriaguez vino a los Sátiros
de un ánfora con guirnaldas de hiedra.
A su lado, el delicado Vino Dulce,
con los ojos medio cerrados, somnoliento.
Y, más al fondo, vienen las cantarinas
Melodía, Armonía y la Fiesta que empuñando
la venerable antorcha del cortejo
no deja que se apague jamás. Y la Ceremonia, con suprema dignidad.
Esto hace Damón. Y, aparte de esto,
a ratos ocupa el pensamiento
en la retribución del rey
de Siracusa: tres talentos, una bonita cantidad.
Cuando le lleguen, junto con el dinero que ya tiene,
como hombre con recursos vivirá ya a lo grande,

y podrá ser político —¡qué dicha!—

¡él en la asamblea, él en el ágora!

LA BATALLA DE MAGNESIA

Perdió su antiguo ímpetu, su coraje.

De su cuerpo cansado, casi

enfermo, se cuidará principalmente. Y su vida
restante transcurrirá sin preocupaciones. Eso Filipo

al menos pretende. En la noche de hoy juega a los dados;
tiene ganas de divertirse. Poned muchas rosas

en la mesa. Qué importa que en Magnesia
se haya hundido Antíoco. Dicen que se abatió

el desastre sobre la masa de su espléndido ejército.

Puede que exageraran; no ha de ser verdad todo.

¡Ojalá! Pues aunque es enemigo, son de la misma estirpe.

Sin embargo es suficiente un '¡ojalá!'. Quizá incluso excesivo.

Seguro que Filipo la fiesta no la suspenderá.

Por más que de su vida grande ha sido el cansancio,

ha conservado un bien, en absoluto le falla la memoria.

Recuerda cómo se afligieron en Siria, qué especie de dolor
sufrieron, cuando quedó barrida su madre Macedonia.

¡Que comience el banquete! ¡Esclavos: las flautas, las antorchas!

EL DISGUSTO DEL SELÉUCIDA

Se disgustó el Seléucida
Demetrio al enterarse de que a Italia
había llegado un Ptolomeo hecho un desastre.
Con tres o cuatro esclavos solamente;
pobrementemente vestido, y a pie. Ahora sí que su estirpe
será blanco de ironías y burlas
en Roma. Que en el fondo se han convertido
en una especie de siervos de los romanos
bien lo sabe el Seléucida; que los tronos
ellos se los dan y se los quitan
arbitrariamente, según les place, también lo sabe.
Pero en su aspecto externo, por lo menos,
que conserven alguna majestad;
que no olviden que son reyes aún,
que todavía —ay— les llaman reyes.

Por esto se turbó el Seléucida
Demetrio; y al punto le ofreció al Ptolomeo
vestiduras de púrpura, una corona espléndida,
joyas preciosas, muchos

criados y séquito, y sus caballos más preciados,
para que se presentara en Roma, como es debido,
como un monarca griego alejandrino.

Pero el Lágida, que había venido a mendigar,
conocía su oficio y renunció a todo;
para nada necesitaba aquellos lujos.

Mal vestido, entró humilde en Roma,
y se alojó en casa de un modesto artesano.

Y luego se presentó como un desgraciado,
como un pobre diablo ante el Senado,
para así mendigar con mayor éxito.

OROFERNES

Este que aquí en la tetradracma
parece como si sonriera su rostro
hermoso, su fino rostro,
este es Orofernes, hijo de Ariarates.

De niño lo expulsaron de Capadocia,
del gran palacio de sus padres,
y lo mandaron a crecer
a Jonia, y a ser olvidado entre extranjeros.

Ah, exquisitas noches de Jonia,
en que sin miedos, y absolutamente a la manera griega,
conoció la plenitud del placer.

En su corazón, siempre asiático;
pero en sus modales y en su habla griego,
enjoyado de turquesas y vestido a la griega,
su cuerpo perfumado de esencias de jazmín,
y entre los bellos jóvenes de Jonia
él era el más hermoso, era el más ideal.

Luego, cuando entraron los sirios
en Capadocia, y lo hicieron rey,
se lanzó sobre el reino
para gozar cada día de una manera nueva,
para amasar rapazmente oro y plata,
y para deleitarse y jactarse
al ver resplandecer aquel hacinamiento de riquezas.

De los cuidados del país, de su administración —
ni sabía lo que ocurría en torno a él.

Los capadocios en seguida lo echaron;
y fue a parar a Siria, al palacio de Demetrio,
a divertirse y hacer el haragán.

Un día, sin embargo, reflexiones
desacostumbradas interrumpieron su gran ociosidad.
Se acordó de que, por parte de su madre, Antióquida,
y de aquella vetusta Estratonice,
también él era vástago de la corona de Siria,
y era casi un Seléucida.

Por un tiempo salió de la lujuria y la embriaguez,
e ineptamente, y medio mareado,
trató de tramar algo,
de hacer algo, de urdir un plan,
y miserablemente fracasó, y fue aniquilado.

Su fin se escribiría en algún sitio y se perdió;
o quizá la historia lo pasó por alto,
y, con razón, tan insignificante asunto
no consintió en registrarlo.

Este que aquí en la tetradracma
una gracia ha dejado de su juventud bella,
de su poética hermosura una luz,
un recuerdo sensual de muchacho de Jonia,
este es Orofernes, hijo de Ariarates.

REYES ALEJANDRINOS

Los alejandrinos en masa se apiñaron
para ver a los hijos de Cleopatra,
a Cesarión, y a sus hermanos más pequeños,
Alejandro y Ptolomeo, a quienes por primera vez
llevaban al Gimnasio,
para proclamarlos allí reyes
en medio de un brillante desfile militar.

Alejandro — lo han nombrado rey
de Armenia, de Media y de los partos.
Ptolomeo — lo han nombrado rey
de Cilicia, de Siria y de Fenicia.
Y de pie, Cesarión, más adelante,
con sus ropajes de seda rosada,
al pecho un ramillete de jacintos,
su cinturón, una doble sarta de zafiros y amatistas,
atados sus zapatos con blancas
cintas recamadas de rosadas perlas.
A él lo han nombrado por encima de los más pequeños,
a él lo han proclamado Rey de Reyes.

Los alejandrinos percibían sin duda
que todo aquello eran palabras y teatro.

Pero el día era cálido y poético,
el cielo un azul claro,
el Gimnasio de Alejandría una
triunfal proeza del arte,
extraordinario el lujo de los cortesanos,
Cesarión todo gracia y belleza
(hijo de Cleopatra, sangre de los Lágidas);
y los alejandrinos corrían ya a la fiesta,
y se entusiasmaban, y daban vítores
en griego, y en egipcio, y otros en hebreo,
fascinados con el bello espectáculo—
aunque sabían bien lo que valía aquello,
y qué huera palabras eran aquellos reinos.

FILOHELENO

El grabado cuida que artístico resulte.

Seria y majestuosa la expresión.

La corona mejor un poco estrecha;

aquellas anchas de los partos no me gustan.

La inscripción, como es costumbre, en griego:

ni exagerada ni pomposa

—no haya malentendidos con el procónsul

que todo lo husmea y manda el parte a Roma—

pero, no obstante, honorífica, sin duda.

Por el otro lado algo muy exquisito:

algún bello muchacho lanzando el disco.

Sobre todo, te recomiendo que procures

(por dios, Sitaspe, que no se te olvide)

después de eso de Rey y Salvador,

que se grabe, con letras elegantes, Filoheleno.

Y ahora no me vengas con ocurrencias,

aquello de «¿Dónde están los griegos?» o lo de «¿Dónde la lengua griega,

detrás del Zagro, aquí, más allá de Fraata?».

Puesto que tantos y tantos otros más bárbaros

lo escriben, también nosotros lo escribiremos.

Y en fin no olvides que, de vez en cuando,
de Siria nos llegan sofistas,
y versificadores, y otros doctores en fruslerías.

De modo que helenismo no nos falta, creo.

LOS PASOS

En un lecho de ébano adornado
con águilas de coral, profundamente duerme
Nerón —inconsciente, tranquilo y feliz;
en el apogeo de la lozanía de la carne,
bello de exuberante juventud.

Pero en la estancia de alabastro, que encierra
el antiguo larario de los Enobardos,
sus Lares ¡qué intranquilos están!
Tiemblan los pequeños dioses domésticos
y tratan de esconder sus insignificantes cuerpos.
Porque han oído una siniestra voz,
una voz de muerte subir por la escalera,
pasos de hierro que sacuden los peldaños.
Y ahora desmayados los desdichados Lares
se hunden en el fondo del larario
y uno le empuja al otro y se tropieza
y cae un diosecillo sobre otro,
puesto que han entendido qué clase de voz es,
ya han sentido los pasos de las Furias.

HERODES ÁTICO

¡Qué gloria inmensa la de Herodes Ático!

Alejandro de Seleucia, uno de nuestros buenos sofistas,

al llegar a Atenas para hablar,

encuentra la ciudad vacía, ya que Herodes

estaba en el campo. Y toda la juventud

le había seguido allí para escucharle.

El sofista Alejandro, en consecuencia,

le escribe a Herodes una carta,

y le ruega que le mande a los griegos.

Y el sutil Herodes le contesta en seguida:

«Me llego con los griegos yo también».

Cuántos muchachos ahora en Alejandría,

en Antioquía, o en Berito

(sus oradores de mañana que está preparando el mundo griego)

cuando se reúnen en las selectas mesas

donde a veces la conversación es sobre el hermoso discurso del día

y otras sobre sus exquisitas experiencias eróticas,

de pronto, absortos, callan.

Intactas dejan las copas a su lado
y reflexionan sobre la fortuna de Herodes
—¿qué otro sofista ha merecido tanto?—:
quiera lo que quiera y haga lo que haga,
los griegos (¡los griegos!) van tras él,
sin criticar ni discutir,
sin elegir ya más, solo lo siguen.

ESULTOR DE TIANA

Como ya habréis oído, no soy un principiante.

Cuánta piedra que pasa por mis manos.

Y en mi patria, en Tiana, bien

me conocen; y aquí muchas estatuas

me encargaron los senadores.

Os mostraré

algunas ahora mismo. Observad esta Rea:

augusta, llena de entereza, bien arcaica.

Reparad en Pompeyo. Y Mario,

Paulo Emilio, Escipión el Africano.

Reproducciones lo más fieles que pude.

Patroclo (lo voy a retocar un poco).

Junto a aquellos trozos

de amarillento mármol, ahí está Cesarión.

Y ahora, desde hace tiempo, ando ocupado

en hacer un Posidón. Estudio

principalmente sus caballos, cómo modelarlos.

Deben ser tan ligeros que sus cuerpos

y patas dejen ver claramente

que no pisan la tierra, que solo sobre las aguas corren.

Y he aquí mi obra más querida,

la que he trabajado poniendo más cuidado y emoción:

ese, que un día caluroso de verano

en que mi mente volaba a los mundos ideales,

ese con quien soñaba aquí, el joven Hermes.

TUMBA DEI GRAMÁTICO LISIAS

Muy cerca, entrando a la derecha, en la biblioteca

de Berito enterramos al sabio Lisias,

gramático. El lugar se presta de maravilla.

Lo pusimos cerca de esas cosas tuyas que recuerda

quizá también allí — escolios, textos, análisis,

escritos, cuadernos de interpretaciones de giros griegos.

Y por igual así podremos ver y honrar

su tumba, cuando pasemos hacia los libros.

TUMBA DE EURIÓN

En este monumento de arte excelso,

todo él de piedra de Siene,

al que cubren tantas violetas, tantos lirios,

está enterrado el bello Eurión.

Un muchacho alejandrino, de veinticinco años.

Por su padre, de vieja estirpe macedónica,

y la línea materna de una familia de oficiales.

En filosofía fue discípulo de Aristoclitó,

y en retórica de Paros. En Tebas estudió

la sagrada escritura. Compuso

una historia del nomo de Arsínoe. Esto quedará al menos.

Pero lo más precioso lo perdimos, su figura,

que era como una apolínea visión.

¡ES ÉL!

Un desconocido —extranjero en Antioquía— de Edesa,
escribe sin parar. Y por fin, hela ahí, terminada
su última canción. Con ella ochenta y tres

poemas en total. Pero tanto escribir, tanto versificar,
y tanta tensión de frases en griego,
ha agotado al poeta, y ahora
cualquier cosa le carga.

Un pensamiento, sin embargo, de repente lo saca
de su abatimiento —aquel maravilloso ¡Es Él!—
que Luciano oyó en sueños una vez.

PELIGROSO

Dijo Mirtias (un estudiante sirio
en Alejandría, bajo el reinado
de Constante Augusto y Constancio Augusto,
mitad pagano, mitad cristianizante):
«Fortalecido con la contemplación y los estudios,
no temeré como un cobarde, mis pasiones.
Entregaré mi cuerpo a los placeres,
a los goces soñados,
a los más atrevidos deseos eróticos,
a los lascivos ímpetus de mi sangre, sin
miedo alguno, porque cuando yo quiera
—y lo querré, fortalecido
como estaré con la contemplación y los estudios—
en los momentos críticos encontraré otra vez,
como en tiempos, ascético, mi espíritu».

MANUEL COMNENO

El emperador, micer Manuel Comneno,
un día melancólico de septiembre,
sintió cerca la muerte. Los astrólogos
de la corte (pagados) charlataneaban
que aún viviría muchos años más.
Pero, mientras ellos hablaban, él
recuerda antiguas costumbres piadosas
y, de las celdas de los monjes, manda
que vestiduras eclesiásticas le traigan,
y se las pone, y se deleita en mostrar
el aspecto venerable de un sacerdote o monje.

Dichosos todos los que creen
y, como el emperador micer Manuel, acaban
augustamente revestidos de su fe.

EN LA IGLESIA

Amo la iglesia —sus serafines alados,
la plata de sus vasos, sus candelabros,
los fanales, sus iconos, su púlpito.

Cuando entro allí, en la iglesia de los griegos,
con las fragancias de su incienso,
con las voces y acordes litúrgicos,
la majestuosa presencia de los sacerdotes
y el ritmo grave de cada movimiento
—espléndidos en el boato de sus ornamentos—
mi espíritu vuela hacia las grandes honras de nuestra raza,
hacia nuestra gloriosa era bizantina.

MUY RARAMENTE

Es un viejo. Agotado y doblado,
estropeado por los años y abusos,
con andares lentos atraviesa la calleja.
Y, sin embargo, cuando entra en casa para ocultar
el mal estado y su vejez, piensa
en la parte que aún le queda entre los jóvenes.

Ahora dicen sus versos los muchachos.
Ante sus vivos ojos pasan sus visiones.
Suya es la epifanía de la belleza, con la que
se conmueven su espíritu sano y voluptuoso,
su carne prieta y tan bien trazada.

DE LA TIENDA

Las envolvió cuidadosamente, con orden
en preciosa seda verde.

Rosas de rubíes, lirios de perlas,
violetas de amatistas. Como él mismo las juzga,

las quiso, las ve bellas: no como en la naturaleza
las vio o las estudió. Las dejará en el cofre,

muestra de su trabajo hábil y audaz.

Cuando un comprador entra en la tienda

saca de los estuches otras y vende —célebres adornos—
pulseras y cadenas, collares y sortijas.

PINTURA

Cuido y amo mi trabajo.

Pero la lentitud de la composición hoy me descorazona.

El día me ha afectado. Por momentos

se ensombrece su aspecto. No cesa el viento y llueve.

Deseo más mirar que expresarme.

Ahora en este cuadro veo

a un hermoso muchacho que junto a una fuente

se ha tendido, porque se cansaría de correr.

¡Qué bello muchacho!: ¡qué divino mediodía

de él se ha apoderado para adormecerlo! —

Me siento y lo contemplo largo rato.

Y en el arte otra vez, descanso de su servidumbre.

MAR MATINAL

Que me detenga aquí. Que también yo contemple un poco la naturaleza.

De una mar matinal y de un cielo sin nubes

malvas relucientes, y amarilla ribera: todo

—hermoso y grande— bañado en luz.

Que me detenga aquí. Y que me haga la ilusión de que lo veo

(la verdad es que lo vi cuando, por un instante, me detuve)

y no, también aquí, mis fantasías,

mis recuerdos, las ficciones del placer.

JONIO

Porque rompimos sus estatuas,
porque los arrojamos de sus templos,
no por eso los dioses están muertos.

Oh tierra de Jonia, a ti aún te aman,
a ti aún sus almas te recuerdan.

Cuando un alba de agosto despunta sobre ti,
el ardor de su vida atraviesa tu atmósfera;
y a veces una etérea figura de efebo,
indefinida, con rápido paso,
cruza sobre tus cerros.

EN LA ENTRADA DEL CAFÉ

Algo que dijeron a mi lado dirigió
mi atención hacia la entrada del café.
Y vi el hermoso cuerpo que parecía
como si desde su consumada experiencia lo hubiera hecho Eros —
modelando con gozo sus simétricos miembros;
erigiendo escultural la talla;
modelando con emoción el rostro
y del roce de sus manos infundiéndole
sentimiento en la frente, en los ojos, y en los labios.

UNA NOCHE

El cuarto era pobre y ordinario,
oculto encima de la equívoca taberna.

Por la ventana se veía la calleja,
estrecha y sucia. Desde abajo llegaban
las voces de unos cuantos obreros
que se divertían jugando a cartas.

Y allí sobre vulgar y humilde lecho
fue mío el cuerpo del amor, y poseí los labios
voluptuosos y rosados de la embriaguez —
rosados de una embriaguez tal, que incluso ahora
al escribir —¡después de tantos años!—
en mi casa tan sola, me embriago una vez más.

VUELVE

Vuelve muchas veces y tómame,
sensación amada, vuelve y tómame —
cuando se despierta la memoria del cuerpo
y un viejo deseo cruza de nuevo por la sangre;
cuando los labios y la piel recuerdan
y sienten las manos como si volvieran a tocar.

Vuelve muchas veces y tómame en la noche,
cuando los labios y la piel recuerdan...

LEJOS

Quisiera expresar este recuerdo...

Pero ya se ha extinguido... como si no quedara nada...

puesto que lejos, en mi primera adolescencia reposa.

Una piel como hecha de jazmines...

Noche de agosto —¿era agosto?— noche...

Apenas recuerdo ya los ojos; eran, creo, azules...

Ah, sí, azules: de un azul zafiro.

JURA

Jura de vez en cuando comenzar mejor vida.
Pero cuando llega la noche con sus consejos,
con sus transacciones, y promesas;
pero cuando llega la noche con la fuerza propia
del cuerpo que ansía y busca, hacia el mismo
goce fatal, perdido, va otra vez.

FUI

No me até. Me abandoné del todo y fui.

Hacia placeres, ya reales,

o que me rondaban por el alma,

fui a través de la noche iluminada.

Y bebí vinos fuertes

como los que beben los bravos del placer.

CANDELABRO

En un cuarto vacío y pequeño —solo cuatro paredes,
y cubiertas con una tela verde—
un bello candelabro arde y flamea;
y en cada una de sus llamas se abrasa
una pasión lasciva, un lascivo impulso.

En el pequeño cuarto que brilla iluminado
por la potente llama del candelabro,
de ningún modo es la habitual la luz que brota.
Para cuerpos cobardes no está hecho
el placer de este ardor.

1916-1918

DESDE LAS NUEVE

Las doce y media. Rápido ha pasado el tiempo
desde las nueve en que encendí la lámpara
y me senté aquí. Sentado sin leer,
y sin hablar. Con quién hablar
tan solo como estoy en esta casa.

La imagen de mi cuerpo joven,
desde las nueve en que encendí la lámpara,
ha venido a mi encuentro y me ha recordado
cerradas estancias perfumadas
y el placer ya pasado —¡qué placer más audaz!
Y me trajo también ante mis ojos,
calles que ahora se han vuelto irreconocibles,
locales llenos de movimiento que su fin han visto,
y teatros y cafés que existieron un día.

La imagen de mi cuerpo joven
ha venido a traerme también las cosas tristes:
lutos de familia, separaciones,
sentimientos de los míos, sentimientos

de los muertos tan poco valorados.

Las doce y media. Cómo han pasado el tiempo.

Las doce y media. Cómo han pasados los años.

COMPRENSIÓN

Los años de mi juventud, mi vida de placer —
con qué claridad ahora veo su sentido.

Qué inútiles arrepentimientos, y qué vanos...

Pero el sentido no lo veía entonces.

Entre la disoluta vida de mi juventud
tomaban forma mis proyectos de poesía,
se esbozaba el contorno de mi arte.

Por eso los arrepentimientos nunca fueron firmes.

Y mis resoluciones de contenerme, de cambiar
duraban, como mucho, dos semanas.

ANTE LA ESTATUA DE ENDIMIÓN

En un carro blanco que cuatro mulas
blanquísimas arrastran, con jaeces de plata,
llego desde Mileto a Latmos. Por cumplir
unas ofrendas —sacrificios y libaciones— a Endimión,
navegué desde Alejandría en trirreme de púrpura.
He aquí la estatua. Extasiado contemplo ahora
la celebrada belleza de Endimión.
Cestillos de jazmines vacían mis esclavos; y aclamaciones
de buenos augurios despertaron el placer de viejos tiempos.

EMBAJADORES DE ALEJANDRÍA

Desde siglos, no se veía en Delfos presentes tan hermosos como estos que han mandado los dos hermanos

rivales, los reyes Ptolomeos. Desde que los aceptaron,
sin embargo, los sacerdotes sintieron inquietud por el oráculo. Toda
su experiencia van a necesitar para redactarlo con sutileza;
¿a cuál de los dos, a cuál de tales dos dejarán descontento?
Y celebran consejo, por la noche, en secreto
y los asuntos de familia de los Lágidas discuten.

Pero, he aquí que los embajadores están de vuelta. Se despiden.

A Alejandría vuelven, dicen. Y no piden ya
ningún oráculo. Y con alegría lo oyen los sacerdotes
(se entiende que se quedan con los espléndidos regalos),
pero están también extremadamente perplejos, al no entender
qué significa esa súbita indiferencia.

Pues ignoran que a los embajadores les llegaron ayer graves noticias.

En Roma se emitió el oráculo; allí se hizo el reparto.

ARISTOBULO

Llora la corte, llora el rey,
inconsolable se lamenta el rey Herodes,
la ciudad entera llora por Aristobulo,
que tan injustamente, por azar puro se ha ahogado
jugando con sus amigos en el agua.

Y cuando se enteren en otras partes,
cuando por Siria se divulgue,
muchos griegos también lo sentirán;
cuántos poetas y escultores guardarán luto,
puesto que de Aristobulo habían oído hablar,
y nada de lo que imaginaron sobre un joven
alcanzó nunca la belleza que tuvo este muchacho;
¿qué estatua de un dios se ha merecido Antioquía
como este muchacho de Israel?

Gime y llora la Soberana Princesa:
su madre, la hebrea más egregia.
Gime y llora Alejandra por la desgracia.
Pero, en cuanto se encuentra sola, se altera su pena.

Brama; desvaría; insulta; se maldice.

¡Cómo se han burlado de ella! ¡Cómo la han engañado!

¡Cómo al fin se ha cumplido su propósito!

Arrasaron la casa de los Asmoneos.

Cómo lo ha logrado el malhechor del rey:

el pérfido, el ruin, el criminal.

¡Cómo lo ha logrado! ¡Qué infernal plan

que no se percató ni siquiera Mariamma!

Si se hubiera percatado Mariamma, si hubiera sospechado,

habría hallado modo de salvar a su hermano;

después de todo es reina, algo habría podido.

Cómo celebrarán el triunfo ahora y se alegrarán en secreto

esas perversas, Cipros y Salomé:

las viles mujeres Cipros y Salomé. —

Y encima estar sin fuerzas, y obligada

a hacer como que cree sus mentiras;

no ser una capaz de ir ante el pueblo,

y salir y gritar a los judíos,

decir, decir cómo se cometió el asesinato.

CESARIÓN

En parte para puntualizar sobre una época,
y en parte también para pasar el rato,
ayer noche me puse a leer una colección
de inscripciones sobre los Ptolomeos.

Los elogios sin cuento y las adulaciones
son parecidos para todos. Todos son ilustres,
gloriosos, poderosos, bienhechores;
y todas sus empresas sapientísimas.

En cuanto a las mujeres de su estirpe, también ellas,
todas son Berenices y Cleopatras admirables.

Cuando sobre la época logré documentarme,
habría dejado el libro, si una mención breve,
e insignificante, sobre el rey Cesarión,
no hubiera arrastrado mi atención al punto...

Ah, hete aquí, hallado con tu indefinido
encanto. Para ti en la historia
apenas solo existen unas líneas,
y así más libremente te plasmé en mi espíritu.

Te plasmé sentimental y bello.

Mi arte da a tu rostro una belleza
soñadora y simpática.

Y tan intensamente te he soñado,

que ayer noche, ya tarde, apagada

mi lámpara —dejé que se apagara adrede—

llegué a creer que entrabas en mi cuarto

y me pareció que estabas ante mí de pie, como debiste de estar

en la Alejandría conquistada,

cansado y pálido, ideal en tu pena,

esperando aún que tuvieran para contigo entrañas

los viles que murmuraban «Demasiados Césares».

EL PLAZO DE NERÓN

No se inquietó Nerón cuando escuchó

la predicción del Oráculo de Delfos.

«Que tema los setenta y tres años.»

Tenía tiempo para gozar aún.

Treinta años tiene. Muy suficiente

es el plazo que el dios le da

para velar por futuros peligros.

Ahora a Roma regresará un poco cansado,

pero deliciosamente cansado de este viaje,

que ha sido pleno de días de placer —

en los teatros, en los jardines, en los gimnasios...

Y las tardes de las ciudades de Acaya...

Ah, el placer de los cuerpos desnudos, sobre todo...

Así piensa Nerón. Y en Hispania Galba

en secreto reúne su ejército y lo adiestra,

un anciano de setenta y tres años.

EN EL PUERTO

Un joven, veintiocho años, en un navío de Tenos
arribó a este puerto sirio,
Emis, con el propósito de aprender la perfumería.
Pero en la travesía cayó enfermo. Y, apenas
desembarcado, ha muerto. Su entierro, pobrísimo,
aquí tuvo lugar. Pocas horas antes de que muriera, murmuró
algo así como «casa», como «padres muy viejos».
Pero quiénes fueran ellos no lo sabía nadie,
ni cuál su patria dentro del vasto mundo helénico.
Mejor. Pues, de este modo, mientras
en este puerto yace muerto,
lo creerán sus padres siempre vivo.

UNO DE SUS DIOSSES

Cuando uno de ellos pasaba por el ágora
de Seleucia, hacia la hora en que anochece,
como un efebo alto y absolutamente bello,
con la alegría de la inmortalidad en las pupilas,
con sus negros cabellos perfumados,
los transeúntes le miraban
y le preguntaba el uno al otro si lo conocía,
si era griego de Siria, o extranjero. Pero algunos,
que con más atención lo observaban,
comprendían y se apartaban;
y mientras él se perdía bajo los pórticos,
entre sombras y luces del crepúsculo,
camino de ese barrio que tan solo
vive de noche, entre orgías y desenfrenos,
y toda suerte de borracheras y lujuria,
soñaban con quién de Ellos sería,
y por qué goce equívoco
había descendido a las calles de Seleucia
desde las Venerables, Muy Augustas Moradas.

TUMBA DE LANES

El Lanes que amaste, Marco, no está aquí,
en la tumba a que vienes a llorar, y te quedas horas y horas.
Al Lanes que tú amaste, lo tienes más cerca de ti,
en tu casa, cuando te encierras y contemplas el cuadro,
que ha conservado algo de lo que en él de más valor había,
que ha conservado algo de lo que amaste en él.

Recuerdas, Marco, que trajiste del palacio
del procónsul a aquel famoso pintor de Cirene,
y con qué astucia de artista él,
apenas vio a tu amigo, os quiso convencer
de que por encima de todo debía representarlo como Jacinto
(de esta manera se celebraría el cuadro más).

Pero tu Lanes su belleza no la prestaba de esta manera;
y, oponiéndose con firmeza, dijo que de ningún modo
representaría a Jacinto, ni a ningún otro,
sino a Lanes, hijo de Ramético, alejandrino.

TUMBA DE JASES

Aquí reposo yo, Jases. De esta gran ciudad

el efebo más celebrado por su belleza.

Me admiraron profundos sabios; y también el superficial,

el pueblo llano. Y la misma alegría sentí yo

por los dos. Pero a fuerza de que la gente me tomara por Narciso y por
Hermes

los abusos me consumieron, me mataron. Caminante,

si eres alejandrino, no harás ningún reproche. Conoces la vehemencia

de nuestra vida; cuál es su ardor; su placer soberano.

EN UNA CIUDAD DE OSROENE

De una reyerta de taberna herido nos trajeron
al amigo Remón ayer a eso de medianoche.

Por las ventanas que dejamos de par en par abiertas,
su hermoso cuerpo sobre la cama iluminaba la luna.

Somos aquí una mezcla: sirios, griegos, armenios, medos.

Así es también Remón. Pero ayer cuando la luna
iluminaba su amoroso rostro,

al Cármenes de Platón volaba nuestro pensamiento.

TUMBA DE IGNACIO

No soy aquí el Cleón tan en boca de todos
en Alejandría (donde difícilmente se dejan deslumbrar)
por mis casas espléndidas, por mis jardines,
por mis caballos y mis carros,
por los diamantes y sedas que llevaba.
Nunca jamás; aquí no soy aquel Cleón;
que se borren sus veintiocho años.
Soy Ignacio, el lector, que muy tarde
me convertí; pero aun así viví diez meses de felicidad
en la seguridad y paz de Cristo.

EN EL MES DE ATIR

Con dificultad leo en una antigua lápida.
«Se[ñ]o[r] Jesu Cristo.» Un «Al[m]a» distingo.
«En el me[s] de Atir.» «Leuci[o] se [ha] dormido.»
En la mención de la edad «Vi[vi]ó...años»,
La Kappa y la Zeta indican que descansó joven.
En los espacios desgastados veo «Est[e]... Alejandrino».
Después hay tres líneas muy mutiladas;
pero algunas palabras saco como «Nuestras l[á]grimas», «dolor»,
luego de nuevo «lágrimas», y «para [nos]otros sus amigos duelo».
Me parece que Leucio intensamente fue amado.
En el mes de Atir descansó Leucio.

A AMMONES, QUE MURIÓ A LOS 29 AÑOS, EN EL 610

Te piden, Rafael, que unos versos compongas
como epitafio del poeta Ammones.

Algo con mucha sensibilidad y fino. Tú podrás
—eres el indicado— escribir, como procede,
sobre el poeta Ammones, uno de los nuestros.

Seguro que hablarás de sus poemas —
pero habla también de su belleza,
de su delicada belleza que amamos.

Hermoso y musical siempre es tu griego.
Pero ahora queremos toda tu maestría.
Nuestro dolor y amor pasan a una lengua extranjera.
En la lengua extranjera vierte tu sensibilidad egipcia.

Y que tus versos, Rafael, se escriban de tal forma
que, ya sabes, nuestra vida en su interior contengan,
y que su ritmo y cada frase muestren
que de un alejandrino escribe alguien de Alejandría.

EMILIANO MONAES, ALEJANDRINO 628-655 d.C.

Con mi verbo, mi planta y mis modales
voy a hacerme una espléndida armadura;
y así encararé a la mala gente
sin padecer el miedo o la flaqueza.

Querrán hacerme daño. Pero nadie sabrá
de cuantos se me acerquen
dónde están mis heridas, mis puntos vulnerables,
bajo esas mentiras que me cubren.

Palabras jactanciosas de Emiliano Monaes.

¿Se haría alguna vez esta armadura?

En cualquier caso, no se la puso mucho.

De veintisiete años, falleció en Sicilia.

CUANDO DESPIERTEN

Intenta conservarlas, poeta,
por pocas que sean las que se detengan,
tus visiones eróticas.

Semiveladas mételas en tus versos.

Poeta, intenta retenerlas,
cuando despierten en tu mente
por la noche o en el fulgor del mediodía.

PLACER

La alegría y perfume de mi vida es la memoria de esas horas en que encontré y retuve el placer como lo deseaba.

Alegría y perfume de mi vida para mí, que detesté cualquier goce de amores rutinarios.

TANTO CONTEMPLÉ

Contemplé tanto la belleza,
que de ella henchida está mi vista.

Líneas del cuerpo. Labios rojos. Voluptuosos miembros.
Cabellos como tomados de estatuas griegas;
siempre hermosos, aunque estén sin peinar,
y que caigan, un poco, sobre las blancas frentes.

Rostros del amor, como los quería
mi poesía... en las noches de mi juventud,
en mis noches, en secreto, encontrados...

EN LA CALLE

Su simpática cara, un tanto pálida;
sus ojos castaños, como ojerosos;
veinticinco años, pero aparenta más bien veinte;
con algo de artista en el atuendo
—ese color de la corbata, o la forma del cuello—
sin rumbo pasea por la calle,
todavía como hipnotizado por el placer prohibido,
por el muy prohibido placer que acaba de hacer suyo.

EL ESCAPARATE DEL ESTANCO

Junto al escaparate iluminado
de un estanco se pararon, entre otros muchos.
Por azar sus miradas se encontraron
y el deseo prohibido de su carne
expresaron tímida, indecisamente.
Luego, unos pasos inquietos por la acera —
hasta que se sonrieron, y se hicieron una ligera seña.

Y entonces ya el coche cerrado...
el sensual acercamiento de los cuerpos;
las manos enlazadas, juntos los labios.

TRÁNSITO

Lo que tímidamente imaginó de estudiante, está ya claro,
desvelado ante él. Da vueltas, y trasnocha,
y se deja arrastrar. Y como (para nuestro arte) debe ser,
su sangre, joven y caliente,
el placer la disfruta. A su cuerpo lo vence
ilícita embriaguez erótica; y los juveniles
miembros a ella se abandonan.

Y así un simple niño
se hace digno de nuestra mirada, y por el Sublime
Mundo de la Poesía, por un instante, él también pasa —
el muchacho sensible, de sangre nueva y caliente.

POR LA TARDE

En cualquier caso no habría durado mucho. La experiencia de los años lo demuestra. Pero de algún modo bruscamente llegó el Destino y lo detuvo.

Fue fugaz la hermosa vida.

Pero qué fuertes que fueron los perfumes,
en qué arrebatador lecho nos acostamos,
a qué placer entregamos nuestros cuerpos.

Un eco de los días de placer,
un eco de esos días me llegó,
algo del fuego de nuestra juventud, la de los dos;
volví a coger en mis manos una carta,
y la leí una y otra vez hasta que me quedé sin luz.

Y salí al balcón melancólicamente —
salí para cambiar de pensamientos mirando al menos
algo de la ciudad querida,
el escaso bullicio de la calle y de las tiendas.

GRISES

Mirando un ópalo semigris
me acordé de dos bellos ojos grises
que vi; hará unos veinte años...

.....

Durante un mes nos amamos.
Después se fue, creo que a Esmirna,
a trabajar allí, y no nos vimos más.

Feos se habrán vuelto —si vive— los ojos grises;
se habrá deteriorado el bello rostro.

Consévalos, memoria mía, como eran.
Y, memoria, todo lo que puedas de este amor mío,
lo que puedas vuelve a restituírmelo esta noche.

BAJO LA CASA

Ayer paseando por un barrio
de las afueras, pasé bajo la casa
que frecuentaba cuando era muy joven.
Allí había poseído mi cuerpo Eros
con su prodigiosa fuerza.

Y ayer

cuando pasé por la vieja calle,
por el hechizo del amor se embellecieron en el acto
las tiendas, las aceras, las piedras,
y paredes, balcones, y ventanas;
allí no quedó nada que fuera feo.

Y mientras me paraba, y miraba la puerta,
y me paraba, y me demoraba debajo de la casa,
el fondo entero de mi ser devolvía
la voluptuosa emoción, tan bien guardada.

LA MESA DE AL LADO

Apenas tendrá veintidós años.

Y sin embargo estoy seguro de que, hace casi
otros tantos años, gocé este mismo cuerpo.

De ningún modo es un delirio erótico.

Y hace muy poco que he entrado en el casino;
no he tenido ni tiempo de beber mucho.

Este mismo cuerpo yo lo he gozado.

Y si no recuerdo dónde — nada significa ese olvido.

Ah, sí, ahora que se ha sentado en la mesa de al lado
reconozco cada movimiento que hace y debajo de la ropa
desnudos, veo de nuevo los amados miembros.

RECUERDA, CUERPO...

Recuerda, cuerpo, no solo cuánto fuiste amado
ni tan solo los lechos en los que te acostaste,
sino también aquellos deseos que por ti
claros brillaban en los ojos,
y temblaban en la voz —y los frustró
un fortuito obstáculo.

Ahora que ya todo yace en el pasado,
hasta casi parece que te entregaste
a aquellos deseos —recuerda cómo
brillaban en los ojos que te estaban mirando;
y cómo temblaban en la voz, por ti, recuerda, cuerpo.

DÍAS DE 1903

No los volví ya a hallar —tan deprisa perdidos...

los poéticos ojos, el pálido

rostro... en el anochecer de la calle...

No los hallé ya más —poseídos por azar totalmente,

y a los que renuncié tan fácilmente;

y que luego con angustia deseé.

Los poéticos ojos, el pálido rostro,

los labios aquellos no los hallé ya más.

POEMAS II (1919-1933)

EL SOL DE LA TARDE

Este cuarto ¡qué bien me lo conozco!
Ahora lo alquilan, junto con el de al lado,
para oficinas comerciales. Toda la casa
transformada en oficinas de intermediarios,
y de comerciantes, en Compañías.

¡Ay, este cuarto, qué familiar me es!

Aquí, junto a la puerta, estaba el sofá;
delante de él la alfombra turca;
cerca el estante con dos jarrones amarillos.
A la derecha, no, enfrente un armario de luna.
En el centro la mesa en que escribía;
y tres sillas de paja, grandes.
Y junto a la ventana aquella cama
en la que nos amamos tantas veces.

En algún sitio estarán aún los pobres.

Y junto a la ventana aquella cama;

el sol de la tarde le daba solo en la mitad.

... Una tarde, a las cuatro, nos habíamos separado

por una semana solamente... ¡Ay!,

la semana aquella ha sido para siempre.

PARA PERMANECER

Sería la una de la mañana,
o la una y media.

En un rincón de la taberna;
detrás de la mampara de madera.
Aparte de nosotros dos, el local totalmente vacío.
Un quinqué de petróleo apenas lo alumbraba.
Dormitaba, en la puerta, el camarero del turno de noche.

Nadie podía vernos. Pero nos habíamos
ya excitado tanto
que fuimos incapaces de tomar precauciones.

Nuestra ropa entreabierta —muy ligera—
pues abrasaba el divino mes de julio.

Gozo de la carne
a través de la ropa medio desabrochada;
rápida desnudez de la carne, cuya visión
atravesó veintiséis años; y viene,

ahora, para permanecer, en estos versos.

DE LOS HEBREOS (50 d.C.)

Pintor y poeta, corredor y discóbolo,
bello como Endimión, Jantes, hijo de Antonio.
De familia amiga de la sinagoga.

«Mis días más preciosos son aquellos
en que dejo de lado la búsqueda sensual,
en que abandono el helenismo, bello y duro,
con su soberano apego
a perfectos y corruptibles miembros blancos.
Y me convierto en el que siempre quisiera
seguir siendo: de los hebreos, de los sagrados hebreos, el hijo.»

Una declaración demasiado ferviente. «Siempre
seguir siendo de los hebreos, de los sagrados hebreos.» —

Pero no se mantuvo tal en absoluto.
El Culto al Placer y al Arte de Alejandría
en él tuvieron un hijo devoto.

ÍMENO

«... Y debe amarse aun más
la voluptuosidad que morbosa y corruptamente se obtiene;
hallando raramente el cuerpo que siente como ella desea —
que en su morbosidad y corrupción procura
una intensidad erótica, desconocida para la salud...»

Fragmento de una carta
del joven Ímeno (de familia patricia) muy celebrado
en Siracusa por su libertinaje,
en los disolutos días de Miguel Tercero.

DEL BARCO

Se le parece, ciertamente, este pequeño
apunte a lápiz.

Hecho de prisa, en la cubierta del barco;
una tarde de ensueño.
En medio del mar Jónico.

Se le parece. Pero lo recuerdo como más hermoso.
Hasta sufría de tan sensible,
y eso iluminaba su expresión.
Se me revela más hermoso
ahora que mi alma lo evoca, fuera del Tiempo.

Fuera del Tiempo. Todo esto son cosas ya muy viejas —
el dibujo, y el barco, y la tarde.

DEMETRIO SOTER (162-150 a.C.)

¡Cada expectativa suya ha resultado un fracaso!

Soñaba con realizar obras de fama,
acabar con la humillación que desde los días de la batalla
de Magnesia oprimía a su patria.
Que Siria volviese a ser una potencia fuerte,
por sus ejércitos, sus flotas,
y por las grandes fortalezas, y riquezas.

Sufría, se amargaba en Roma
cuando notaba en las conversaciones con amigos,
la juventud de las mejores casas,
con toda la finura y cortesía
que mostraban hacia él, el hijo
del rey Seleuco Filopátor —
cuando notaba que, con todo, siempre había un velado
desdén por las dinastías helenizantes;
que ya han caído, que para empresas serias ya no están,
y para conducir sus pueblos muy inadecuadas.
Se retiraba solo, y se indignaba, y juraba

que de ningún modo sería como ellos lo creen;
he aquí que él sí tiene voluntad;
luchará, actuará, empujará hacia arriba.

Le basta con encontrar la forma de llegar a Oriente,
de conseguir escaparse de Italia —
y toda aquella fuerza que en su alma
tiene, todo este impulso
lo transmitirá al pueblo.

¡Ah, con que sólo pudiera hallarse en Siria!

Era tan niño al salir de su patria
que es débil el recuerdo de su imagen.

Pero en su pensamiento la vio siempre
como algo sagrado a lo que te acercas adorándolo,
como una visión de un lugar bello, como un sueño
de ciudades y de puertos griegos. —

¿Y ahora?

Ahora desesperanza y penas.

Tenían razón los muchachos en Roma.
No es posible que resistan las dinastías
que hizo surgir la Conquista Macedónica.

No importa: ya se ha esforzado él,
todo lo que ha podido ya ha luchado.

Y en la negrura de su desencanto,
ya solo una cosa tiene en cuenta
con orgullo: que, incluso en su fracaso,
la misma indomable valentía muestra al mundo.

Lo demás — eran sueños y vanos esfuerzos.
Esta Siria — casi no le parece ya su patria,
es la tierra de Heraclides y Balas.

1920

SI ES QUE MURIÓ

«¿Adónde se retiró, dónde se perdió el Sabio?

Tras sus muchos milagros,
y la fama de su magisterio
que por tantas naciones se propagó,
se ocultó de repente y nadie supo
con certeza lo que ocurrió
(ni nadie vio jamás su tumba).

Pretendieron algunos que había muerto en Éfeso.

Sin embargo, no lo escribió Damis; Damis
nada escribió sobre la muerte de Apolonio.

Otros dijeron que desapareció en Lindos.

O quizá sea cierta la historia
de que ascendió en Creta a los cielos,
en el antiguo santuario de Dictina.

Pero, a pesar de todo, tenemos su prodigiosa,
su sobrenatural aparición
a un joven estudiante en Tiana. —

Puede que aún no llegó el momento de su retorno,
de su aparición de nuevo en el mundo;
o transfigurado, quizá, entre nosotros

anda desconocido. — Pero volverá a aparecer
tal como fue, enseñando lo que es recto; y entonces sin duda
restaurará el culto a nuestros dioses
y nuestras hermosas ceremonias griegas.»

Así soñaba en su mísera morada
—después de una lectura de «La vida
de Apolonio de Tiana», de Filóstrato—
uno de los pocos paganos,
de los poquísimos que habían quedado. Por otra parte,
hombre insignificante, y tímido, públicamente
se hacía el cristiano y frecuentaba la iglesia.
Era la época en que reinaba,
en la piedad más extremada, el viejo Justino
y Alejandría, ciudad temerosa de Dios,
abjuraba de los miserables idólatras.

JÓVENES DE SIDÓN (400 d.C.)

El actor que trajeron para que les divierta
recitó, además, algunos selectos epigramas.

La sala se abría sobre el jardín
y tenía una ligera fragancia de flores
que se aliaba con los perfumes de los cinco
jóvenes de Sidón bañados en aromas.

Se leyó a Meleagro, y a Crinágoras, y a Riano.

Pero cuando el actor recitó:

«Aquí yace el ateniense Esquilo, hijo de Euforión» —

(acentuando quizá más de la cuenta

lo de «insigne valor» y lo de «bosque sagrado de Maratón»),

saltó al instante un muchacho vivaz,

un fanático de la poesía que exclamó:

«¡Eh, esos cuatro versos no me gustan!

Expresiones así tienen un aire de desfallecimiento.

A tu obra confiere —y lo digo bien alto— todo su vigor,

todo el cuidado, y vuelve a recordar tu obra

en la desgracia, o cuando llegue tu hora.

Eso espero de ti y eso te exijo.

Y en absoluto arrojes de tu espíritu

el espléndido Verbo de la Tragedia

—¡qué gran *Agamenón* , qué *Prometeo* maravilloso,

qué representaciones de Orestes, de Casandra,

qué Siete contra Tebas! — y que para memoria tuya pongas

solamente que entre las filas de los soldados, entre el tropel,

también tú combatiste contra Datis y Artafernes».

PARA QUE VENGAN

Una vela basta. Su dudosa luz
se presta más, será más cordial,
cuando vengan las Sombras, las Sombras del Amor.

Una vela basta. Que el cuarto esta tarde
no tenga mucha luz. En la ensoñación
y en la sugestión, y con poca luz,
en la ensoñación, tendré la visión
de que vienen las Sombras, las Sombras del Amor.

DARÍO

El poeta Fernaces la parte importante
de su poema épico compone.

La de cómo el reino de los persas
asumió Darío, hijo de Histaspes. (De él
desciende nuestro glorioso rey,
Mitrídates —Dioniso y Eupátor—.) Pero aquí
se requiere filosofía; conviene analizar
los sentimientos que tendría Darío:
acaso arrogancia y embriaguez; pero no — más bien
como la conciencia de la vanidad de las grandezas.
Hondamente reflexiona la cuestión el poeta.

Pero le interrumpe su criado que entra
corriendo, y le anuncia la más grave noticia.
La guerra con los romanos ha empezado.
El grueso de nuestro ejército ya cruzó la frontera.

El poeta se queda estupefacto. ¡Qué desgracia!
¿Cómo nuestro glorioso rey,
Mitrídates —Dioniso y Eupátor—

ahora podrá ocuparse de poemas griegos?

¡En plena guerra —figúrate— poemas griegos!

Desolado está Fernaces. ¡Qué desgracia!

Ahora que sin duda con su *Darío* podría

señalarse, y a sus detractores,

tan envidiosos, podría por fin taparles la boca.

¡Qué retraso, qué retraso para sus planes!

Y si solo fuera un retraso, enhorabuena.

Pero veamos si es que también estamos seguros

en Amiso. No es ciudad especialmente fortificada.

Son terroríficos enemigos los romanos.

¿Podemos habérmolas con ellos, nosotros

los capadocios? ¿Es de algún modo posible?

¿Vamos ahora a medirnos con las legiones?

Dioses poderosos, protectores de Asia, socorrednos. —

Pero en medio de toda su agitación y desgracia,

insistentemente la idea del poema va y viene —

lo más probable es, sin duda, arrogancia y embriaguez;

arrogancia y embriaguez sentiría Darío.

ANA COMNENA

En el prólogo de su *Alexíada* llora
su viudedad Ana Comnena.

Presa del vértigo es su alma. «Y
torrentes de lágrimas» nos dice «arrasan
mis ojos... Ay de las olas» de su vida,
«qué de revoluciones». La abrasa el dolor
«hasta la médula de los huesos y le hace el alma trizas».

Pero parece que en verdad una sola aflicción
mortal conoció esta ambiciosa mujer;
solo tuvo una pena profunda
(aunque no la confiesa) esta griega arrogante,
que no logró, pese a toda su destreza,
apoderarse del Trono. Pues se lo quitó,
casi de las manos, el insolente Juan.

1921

NOBLE BIZANTINO, EN EL EXILIO, HACIENDO VERSOS

Que los frívolos me llamen frívolo.

En los asuntos serios siempre fui

muy cuidadoso. E insistiré

en que nadie mejor que yo conoce

los Santos Padres o las Escrituras, o los cánones de los Concilios.

En cualquier duda, en cualquier dificultad

en materia eclesiástica, Botaniates

a mí me consultaba antes que a nadie.

Mas desterrado aquí (¡y que lo vea la perversa

Irene Ducena!), y terriblemente hastiado,

no es nada de extrañar que me entretenga

componiendo sextetos y octavas —

que me entretenga con las fábulas

de Hermes, y de Apolo, y de Dioniso,

o de los héroes de Tesalia y del Peloponeso

y componiendo yambos correctísimos,

como —permitidme decirlo— los eruditos

de Constantinopla no saben componer.

Esta precisión, probablemente, es la causa de sus reproches.

SU PRINCIPIO

La consumación de su placer ilícito
se ha cumplido. Se han levantado del colchón
y se visten de prisa sin hablarse.

A ocultas salen separados de la casa; y mientras
caminan algo inquietos por la calle, da la impresión
de que sospechan que algo les traiciona
la clase de lecho en que cayeron hace poco.

Pero ¡cuánto ha ganado la vida del artista!

Mañana, pasado mañana, o al cabo de los años serán escritos
los versos vigorosos que aquí tuvieron su principio.

FAVOR DE ALEJANDRO BALAS

Bah, no monto en cólera porque se me ha roto una rueda
del carro y he perdido una ridícula victoria.

Entre rosas hermosas y vinos de calidad
la noche he de pasar. Antioquía me pertenece.

Soy el joven más ensalzado.

Soy la debilidad de Balas, su adorado.

Mañana, ya verás, dirán que la carrera no fue limpia.

(Pero si, faltando al buen gusto, hubiese dado una orden secreta —
habrían dado como primero los aduladores, cojo y todo, a mi carro.)

**MELANCOLÍA DE JASÓN, HIJO DE CLEANDRO, POETA DE
COMAGENA (595 d.C.)**

El envejecimiento de mi cuerpo y mi figura

es herida de cuchillo siniestro.

No tengo la menor resignación.

A ti recurro, Arte de la Poesía,

que de remedios algo sabes;

tentativas de alivio del dolor, por la Imaginación y la Palabra.

Es herida de cuchillo siniestro.

Arte de la Poesía, aporta tus remedios

que hacen —por un tiempo— no se sienta la herida.

DEMARATO

El tema —«El carácter de Demarato»—
que en una conversación le propuso Porfirio
así lo expuso el joven sofista
(con intención de desarrollarlo, después, en un discurso).

«Primero del rey Darío, y después
del rey Jerjes cortesano;
y ahora con Jerjes y su ejército
he aquí que por fin a Demarato se le va a hacer justicia.

»Una gran injusticia le fue infligida.
Era el hijo de Aristón. Sin ningún pudor
sobornaron sus enemigos al oráculo.
Y no les bastó con privarle del trono,
sino que cuando ya cedió, y decidió
vivir, con resignación, como un súbdito más,
tuvieron además que ultrajarlo ante el pueblo,
y públicamente humillarlo en la fiesta.

»De ahí que a Jerjes sirva con gran celo.

Con el gran ejército persa,
también él, ha de volver a Esparta;
y como antaño rey, cómo ha de perseguir
al punto, cómo ha de degradar
a ese intrigante de Leotíquides.

»Pasan sus días llenos de zozobra;
les da consejos a los persas, les explica
cómo han de hacer para conquistar Grecia.

»Muchas preocupaciones, mucho pensar y por eso
los días de Demarato son tan tediosos;
muchas preocupaciones, mucho pensar y por eso
no tiene ni un instante de alegría Demarato;
porque no es alegría eso que siente
(no lo es; no lo acepta;
¿cómo llamarlo alegría? al límite ha llegado su desgracia)
cuando los hechos demuestran claramente
que victoriosos van a salir los griegos.»

HE APORTADO AL ARTE

Me siento y sueño. Deseos, sensaciones
he aportado a mi arte, cosas vistas a medias,
rostros o líneas; de amores no cumplidos
recuerdos vagos. Que yo a él me abandone.
Sabe formar la Figura de la Belleza;
casi insensiblemente colmando la vida,
combinando impresiones, combinando los días.

DE LA ESCUELA DEL CÉLEBRE FILÓSOFO

Fue discípulo de Amonio Sacas dos años;
pero le aburrió la filosofía tanto como Sacas.

Se metió luego en política.

Pero la abandonó. El prefecto era un memo;
y su camarilla unos lechuginos con facha de oficial gravedad;
cien veces bárbaro su griego, desgraciados.

La Iglesia atrajo un poco
su curiosidad; recibiría el bautismo
y pasaría por cristiano. Pero pronto
cambió de opinión. Reñiría sin duda
con sus padres, ostensiblemente paganos,
y le cortarían en el acto —¡qué horrible!—
su generosa asignación.

Pero tenía que hacer algo. Y se hizo asiduo
de las casas de corrupción de Alejandría,
de todas las guaridas secretas de la salacidad.

El destino le fue en esto propicio:

le dio una figura extremadamente bien parecida.

Y él gozaba de tan divino don.

Por lo menos diez años todavía

duraría su belleza. Después,

quizá de nuevo volvería a Sacas.

Y si entretanto había muerto el viejo,

iría a otro filósofo o sofista;

siempre se encuentra la persona apropiada.

Y al final hasta es posible que vuelva

a la política, recordando loablemente

sus tradiciones familiares,

el deber con la patria, y otras pomposidades semejantes.

FABRICANTE DE CRÁTERAS

En la cratera esta de plata pura
—fabricada para la casa de Heraclides
en la que reina tan buen gusto—
se ven flores finísimas, y arroyos, y tomillo,
y he puesto en el centro un hermoso joven
desnudo y amoroso, que aún tiene
una pierna en el agua. Imploré, oh memoria,
hallar en ti la mejor guía, para representar
el rostro del joven que amé, tal como era.
Ha sido muy difícil porque
unos quince años han pasado desde el día
en que cayó, como soldado, en la derrota de Magnesia.

1922

COMBATIENTES POR LA LIGA AQUEA

Valientes vosotros que luchasteis y caisteis con gloria;

sin temer a quienes habían vencido en todas partes.

Intachables vosotros, aunque fallaron Dieo y Critolao.

Cuando los griegos quieran mostrar su orgullo,

«Hombres así da nuestro pueblo» de vosotros

dirán. Tan maravilloso será vuestro elogio.

Fue escrito en Alejandría por un aqueo;

en el séptimo año de Ptolomeo Latiro.

A ANTÍOCO EPIFANES

El joven antioqueno le dijo al rey:
«En mi corazón late una cara esperanza;
los macedonios otra vez, Antíoco Epifanes,
los macedonios emprenden la gran lucha.
Ojalá vencieran — y a cualquiera daría
mi león, mis caballos, y ese Pan de coral,
el elegante palacio, y los jardines de Tiro,
y cuanto tú me diste, Antíoco Epifanes».

Quizá se conmoviera un poco el rey.
Pero en seguida se acordó de su padre y hermano,
y nada respondió. Un espía podía
repetir algo. Por otra parte, como era natural,
muy pronto sobrevino en Pidna el funesto final.

EN UN VIEJO LIBRO

En un viejo libro —de hace unos cien años—
olvidada entre sus páginas,
encontré una acuarela sin firma.
Debía de ser obra de un artista con mucha potencia.
Llevaba como título, «Presentación del Amor».

Pero le iba mejor, «—del amor de los sumamente sensuales».

Pues al mirar la obra era evidente
(se percibía fácilmente la intención del artista)
que para cuantos aman de alguna manera sanamente,
quedándose en lo en todo caso tolerado,
no estaba destinado el efebo
de la pintura —con sus castaños ojos oscuros—,
con la exquisita belleza de su rostro,
belleza de atractivos nada normales;
con sus ideales labios que dispensan
el placer al cuerpo amado;
con sus ideales miembros modelados para camas
que llama infames la moral ordinaria.

1923

EN LA DESESPERACIÓN

Lo ha perdido del todo. Y ahora busca
en los labios de cada nuevo amante
aquellos labios; en la unión con cada
nuevo amante busca hacerse la ilusión
de que es el mismo joven, de que se entrega a él.

Lo ha perdido del todo, como si no hubiera existido nunca
Porque quería —él lo dijo— quería salvarse
del estigma del morboso placer;
del estigma del vergonzoso placer.
Aún era tiempo —según decía— de salvarse.

Lo ha perdido del todo, como si no hubiera existido nunca.
En la imaginación, en las extraviadas sensaciones
con los labios de otros jóvenes busca aquellos labios;
busca sentir de nuevo aquel amor.

JULIANO, VIENDO NEGLIGENCIA

«Viendo, pues, la gran negligencia que para con los dioses tenemos nosotros...» dice con aire grave.

Negligencia. Pero ¿qué esperaba entonces?

Que hiciera como quisiera la organización de la religión, que cuanto quisiera escribiera al pontífice de Galacia, o a otros como él, exhortándolos y guiándolos.

Sus amigos no eran cristianos;

esto era un hecho. Mas no podían siquiera

andar jugando como él (educado en el cristianismo)

con la constitución de una nueva iglesia,

algo ridículo en la teoría y en la práctica.

Después de todo eran griegos. Nada con exceso, Augusto.

EPITAFIO DE ANTÍOCO, REY DE COMAGENA

Cuando volvió, desolada, de sus funerales,
la hermana del, en vida, sobrio y manso,
del en grado sumo instruido Antíoco, rey
de Comagena, quiso para él un epitafio.

Y el sofista de Efeso Calístrato — que residió
a menudo en el pequeño estado de Comagena,
y en varias ocasiones fue grato huésped
de la casa real,
lo escribió, por indicación de cortesanos sirios,
y se lo mandó a la anciana dama.

«De Antíoco, soberano bienhechor,
celebrad dignamente, pueblo de Comagena, la gloria.

Fue del país previsor gobernante.

Fue justo, sabio, valiente.

Fue además eso tan excelso, griego,

la humanidad no tiene un atributo más honroso;

lo que a esto supera pertenece a los dioses.»

TEATRO DE SIDÓN (400 d.C.)

Hijo de honorable ciudadano, pero, ante todo, apuesto
efebo del teatro, y que gusta por diversas razones,
a veces compongo en lengua griega
versos muy atrevidos, que hago circular
muy en secreto, se entiende —¡dioses! que no los vean
los que visten de oscuro, esos charlatanes de moral—
versos del exquisito placer, que lleva
al amor estéril y repudiado.

1924

JULIANO EN NICOMEDIA

Fallido asunto y peligroso.

Los elogios a los ideales de los griegos.

Los rituales y las visitas a los templos
de los paganos. Los entusiasmos por los dioses antiguos.

Las frecuentes conversaciones con Crisantio.

Las teorías del —por lo demás hábil— filósofo Máximo.

Y mira el resultado. Galo muestra una gran
inquietud. Constancio tiene alguna sospecha.

¡Ah, nada prudentes fueron sus consejeros!

Demasiado lejos —dice Mardonio— fue esta historia,

y a toda costa debe cesar el alboroto.

Juliano vuelve de nuevo como lector

a la iglesia de Nicomedia,

donde en voz bien alta y con mucha

devoción lee las Sagradas Escrituras,
y el pueblo admira su cristiana piedad.

ANTES DE QUE LOS CAMBIE EL TIEMPO

Gran aflicción sintieron en su separación.

Ellos no la querían; eran las circunstancias.

Necesidades vitales le hicieron a uno de ellos

irse lejos — Nueva York o Canadá.

Su amor, sin duda, no era el mismo de antes;

había disminuido la atracción gradualmente,

había disminuido mucho su atracción.

Pero separarse, ellos no lo querían.

Eran las circunstancias. — O quizá como un artista

se reveló el Destino separándolos ahora,

antes de que se apague el sentimiento, antes de que los cambie el tiempo.

El uno para el otro será como si perdurase siempre

el hermoso muchacho de los veinticuatro años.

VINO A LEER

Vino a leer. Están abiertos
dos o tres libros, de historiadores y poetas.
Mas apenas leyó diez minutos,
los dejó a un lado. Y se adormece
en un diván. Pertenece plenamente a los libros,
pero tiene veintitrés años, y es muy hermoso;
y en la tarde de hoy ha cruzado el amor
por su carne ideal, por sus labios.
Por su carne que es toda belleza
ha cruzado el calor del amor;
sin ridícula vergüenza por la clase de goce...

EL 31 a.C. EN ALEJANDRÍA

De su pequeña aldea, próxima a los alrededores,
y polvoriento aún del viaje

ha llegado el mercader. E «Incienso» y «Goma»
«¡El mejor aceite!» «¡Perfume para el pelo!»

pregona por las calles. Pero, en la gran algarabía
de desfiles y músicas, ¿cómo hacerse oír?

El gentío le empuja, le arrastra, le atruena.

Y cuando ya totalmente aturdido, pregunta ¿qué locura es esta?

alguien también le lanza a él la gigantesca mentira
de palacio — que en Grecia vence Antonio.

JUAN CANTACUZENO PREVALECE

Mira los campos de los que aún es dueño
con el trigo, con el ganado, con los árboles
frutales. Y más lejos, la casa de su padre,
colmada de ropas y de muebles lujosos, y vajillas de plata.

Se lo van a quitar —¡Cristo Jesús!— se lo van a quitar ahora.

Puede que de él se apiade Cantacuzeno
si va a postrarse ante sus pies. Dicen que es clemente,
muy clemente. Pero ¿su camarilla? ¿y el ejército?
¿O ante la reina Irene tendría que postrarse e implorar?

¡Imbécil! enredarse con el partido de Ana —
¡ojalá jamás hubiera llegado a desposarla
micer Andrónico! ¿Vimos algún progreso
con su conducta? ¿Vimos buenas maneras?
Ya no la estiman ni siquiera los francos.
Ridículos sus planes, mema íntegramente su preparación.
Mientras desde Constantinopla aterraban al mundo,
los aniquiló Cantacuzeno, los aniquiló micer Juan.

¡Y mira que tenía intención de ir con las mesnadas
de micer Juan! Y lo habría hecho. Y ahora sería un hombre afortunado,
todo un gran señor, y bien establecido,
si no le hubiera convencido, en el último instante, el obispo, con su sacerdotal
imposición,
con sus de cabo a rabo erradas informaciones,
con sus promesas, y sus estupideces.

1925

TEMETO DE ANTIOQUÍA (400 d.C.)

Versos del joven Temeto enamorado.

Bajo el título de *Emónidas* , de Antíoco Epifanes,

el camarada amado; un bellissimo

joven de Samosata. Pero si han sido los versos

ardientes, transidos de emoción, es porque Emónidas

(sacado de aquella época antigua;

¡del ciento treinta y siete de la monarquía de los helenos!

quizá incluso de antes) fue puesto en el poema

como simple nombre; por lo demás, muy adecuado.

Cuenta el poema un amor de Temeto,

bello y digno de él. Nosotros los iniciados,

sus amigos íntimos; nosotros, los iniciados,

sabemos para quién se escribieron los versos.

Los antioquenos, ignaros, leen tan solo Emónidas.

DE CRISTAL DE COLORES

Mucho me conmueve un detalle
de la coronación, en las Blaquernas, de Juan Cantacuzeno
y de Irene, hija de Andrónico Asán.
Como no tenían más que unas pocas piedras preciosas
(de nuestro infortunado estado grande era la indigencia)
las llevaron artificiales. Un montón de trozos de cristal,
rojos, verdes o azules. Nada
de humillante o de carente de dignidad
tienen para mí esos trocitos
de cristal de colores. Parecen, por el contrario,
como una dolida protesta
contra el injusto infortunio de la pareja coronada.
Eran los símbolos de lo que procedía que tuvieran,
de lo que de cualquier modo era justo que tuvieran
en su coronación un micer Juan Cantacuzeno,
una Señora Irene, hija de Andrónico Asán.

EL 25.º AÑO DE SU VIDA

Va regularmente a la taberna

donde se habían conocido el mes pasado.

Ha preguntado; pero nada supieron decirle.

Por sus palabras comprendió que había conocido

a un individuo absolutamente desconocido;

a una de las muchas desconocidas y sospechosas

figuras juveniles que por allí pasaban.

Va, sin embargo, regularmente a la taberna, de noche,

y se sienta y mira hacia la entrada;

hasta la extenuación mira hacia la entrada.

Acaso entre. Quizá venga esta noche.

Actúa de este modo casi ya tres semanas.

Ha enfermado su mente de lujuria.

Quedaron los besos en su boca.

De continuo deseo sufre toda su carne.

Planea sobre él el tacto de aquel cuerpo.

La unión con él anhela de nuevo.

Procura, se comprende, no traicionarse.

Pero, a veces, es casi indiferente. —

Por otra parte, sabe a qué se expone,

lo tiene decidido. No es improbable que esta vida suya

a un desastroso escándalo lo lleve.

EN LA COSTA DE ITALIA

Cemo, hijo de Menodoro, un joven itálico,
se pasa la vida de juerga en juerga;
como acostumbran estos, los jóvenes de la Magna Grecia
criados en la abundancia de riquezas.

Pero hoy está muy, contra su natural,
pensativo y sombrío. Cerca de la costa,
con extrema melancolía ve que descargan
las naves con el botín del Peloponeso.

Despojos griegos: el botín de Corinto.

¡Ay! hoy, sin duda, no es lícito,
no es posible que el joven itálico
tenga de diversiones ningún deseo.

EN EL LÚGUBRE PUEBLO

En el lúgubre pueblo en que trabaja
—empleado en un establecimiento
comercial, jovencísimo— y en donde espera
aún a que pasen dos o tres meses,
aún dos o tres meses para que disminuyan los trabajos,
y así trasladarse a la ciudad para lanzarse
pronto al trajín y la diversión;
en el lúgubre pueblo en el que espera,
cayó en la cama esta tarde preso de amor,
toda su juventud en deseo carnal encendida,
en bella intensidad toda su bella juventud.
Y, en el sueño, llegó el placer, en el sueño
ve y posee la imagen, la carne que anhelaba...

APOLONIO DE TIANA EN RODAS

Sobre la conveniente instrucción y educación
hablaba Apolonio con un joven
que se hacía construir una lujosa
mansión en Rodas. «Yo cuando entro
en un templo», dijo por fin el de Tiana,
«por pequeño que sea, vería con más gusto
en él una estatua de oro y marfil
que en uno grande una de arcilla y ordinaria».

Lo «de arcilla» y «ordinario»; lo repugnante:
que a algunos además (sin entrenamiento suficiente)
gárrulamente embauca. Lo de arcilla y ordinario.

1926

LA ENFERMEDAD DE CLITO

Clito, un simpático
muchacho, de unos veintitrés años
—de excelente educación, de una rara cultura griega—
está gravemente enfermo. Le atacó la fiebre
que ha assolado este año a Alejandría.

Le atacó la fiebre, agotado encima moralmente
por la pena de que su camarada, un actor joven,
dejó ya de quererle y desearle.

Está gravemente enfermo, y tiemblan por él sus padres.

Y una vieja sirvienta que lo crió,
tiembla también por la vida de Clito.

En su horrible inquietud
le viene a la memoria un ídolo
que adoraba de pequeña, antes de entrar aquí como sirvienta,
en esta casa de cristianos insignes, y de hacerse cristiana.
Coge a escondidas unas tortas, y vino, y miel.
Delante del ídolo lo lleva. Recita todas las partes

—del principio, del medio— que recuerda de la plegaria. La tonta no comprende que poco le importa al negro espíritu que un cristiano se cure o no se cure.

EN UNA CIUDAD DE ASIA MENOR

Las noticias sobre el desenlace de la batalla naval de Accio eran sin duda inesperadas.

Pero no es preciso que redactemos un nuevo oficio.

El nombre solamente que se cambie. Allí, en las últimas líneas, en lugar de «Habiendo liberado a los romanos del nefasto Octavio,

una especie de parodia de César»,

ahora pondremos «Habiendo liberado a los romanos del nefasto Antonio».

Todo el texto concuerda de maravilla.

«Al vencedor, al gloriosísimo,

al incomparable en toda hazaña bélica,

al admirable por su magnificencia política,

por cuanto ardientemente deseaba el pueblo

el triunfo de Antonio»,

aquí, como hemos dicho, el cambio: «de César

considerado como el más bello don de Zeus,

al poderoso protector de los griegos,

a quien benignamente honra las costumbres griegas,

al bien amado en toda tierra griega,
al eximio merecedor de loa insigne
y prolija exposición de sus hazañas
en lengua griega, en verso y prosa;
en lengua griega, mensajera de la fama»,
y etcétera, etcétera. Queda todo de maravilla.

SACERDOTE DEL SERAPIÓN

A mi buen padre anciano
que siempre me quería igual;
a mi buen padre anciano lloro
que murió anteayer, poco antes del alba.

Cristo Jesús, los preceptos
de tu sacratísima iglesia guardar
en cada uno de mis actos, en cada palabra,
en cada pensamiento es mi esfuerzo
diario. Y a cuantos te niegan
aborrezco. Pero ahora lloro;
gimo, Cristo, por mi padre
por más que fue —y es un horror decirlo—
sacerdote del maldito templo de Serapis.

EN LAS TABERNAS

En las tabernas y en los bajos burdeles
de Berito me revuelco. No quería quedarme
yo en Alejandría. Me abandonó Tamides;
que se fue con el hijo del prefecto para hacerse
con una villa en el Nilo, con un palacio en la ciudad.
No procedía que me quedara yo en Alejandría.

En las tabernas y en los bajos burdeles
de Berito me revuelco. En el vil desenfreno
vivo abyectamente. Lo único que me salva
como hermosura perdurable, como un perfume que en mi carne
se hubiera asentado, es que durante dos años
poseí a Tamides, el joven más exquisito,
y fue mío no por una casa o una villa en el Nilo.

GRAN PROCESIÓN DE SACERDOTES Y LAICOS

Una procesión de sacerdotes y laicos

(representadas todas las profesiones)

atraviesa calles, plazas y puertas

de la insigne ciudad de Antioquía.

A la cabeza de la imponente, de la gran procesión,

un bello adolescente, vestido de blanco, sostiene

en sus manos alzadas la Cruz,

fuerza y esperanza nuestra, la Santa Cruz.

Los paganos, antes tan insolentes,

ahora reservados y medrosos, precipitadamente

se alejan de la procesión.

Que lejos de nosotros, que lejos de nosotros se mantengan siempre

(en tanto no renieguen de su error). Avanza

la Santa Cruz. A cada barrio

donde en temor de Dios viven los cristianos

lleva consuelo y alegría:

salen los devotos a las puertas de sus casas

y henchidos de júbilo la adoran

—la fuerza, la salvación del mundo, la Cruz—.

Es una fiesta anual de los cristianos.

Mas hoy se celebra, ved, con más ostentación.

El estado por fin se ha redimido.

El muy impuro, el abominable

Juliano ya no reina.

Por el piadosísimo Joviano oremos.

SOFISTA QUE ABANDONA SIRIA

Distinguido sofista que abandonas Siria
y que de Antioquía piensas escribir,
bien estaría que en tu obra mencionaras a Mebes.
Al famoso Mebes que es sin discusión
el joven de mejor figura, y el más amado
de toda Alejandría. A ninguno de los otros
jóvenes de idéntica vida, a ninguno se paga
tan caro como a él. Por poseer a Mebes
solo dos o tres días, le dan a menudo
hasta cien estateras. Dije en Antioquía;
porque en Alejandría, e incluso en Roma,
no se encuentra un muchacho tan adorable como Mebes.

JULIANO Y LOS ANTIOQUENOS

Dicen que la *Ji* ningún daño hizo a la ciudad,
ni tampoco la *Kappa* ...mas al dar nosotros
con unos exegetas... nos enteramos de que
esas letras eran las iniciales de unos nombres,
una quiere decir Cristo, y la otra Constancio.

JULIANO, *Misopogon* , 357a

¿Sería posible que alguna vez renunciaran
a tan hermosa forma de vivir; a la variedad
de sus diversiones del día a día; a su espléndido
teatro en que se daba una unión del Arte
con las inclinaciones eróticas de la carne?

Inmorales hasta un cierto —y probablemente alto punto—
lo eran. Pero tenían la satisfacción de que su vida
era la r e n o m b r a d a vida de Antioquía,
la placentera, la absolutamente refinada.

¿Renunciar a esto, para después poner su vista en qué?

En su palabrería sobre los falsos dioses,
en sus aburridas bravatas;
en su pueril aversión al teatro;
en su gazmoñería sin gracia; en su barba ridícula.

Ah, sin duda, preferían la *Ji*,

ah, sin duda, preferían la *Kappa*. Cien veces.

1927

ANA DALASENA

En el edicto áureo que promulgó Alejo Comneno

para honrar públicamente a su madre,

la muy prudente Señora Ana Dalasena

—excelsa por sus obras y costumbres—

hay diversos elogios:

ofrezcamos aquí uno de ellos,

una frase hermosa y gentil:

«*Tuyo o mío*, esas frías palabras, nunca nos las dijimos.»

DÍAS DE 1896

Se envileció a fondo. Su tendencia amorosa
harto prohibida y despreciada
(aunque innata) fue la causa:
era la sociedad muy mojigata.
Perdió gradualmente su escaso dinero;
después su posición y su reputación.
Y rondaba los treinta sin ni siquiera por un año
ocuparse en un trabajo, al menos conocido.
Para sus gastos a veces sacaba dinero
en mediaciones que se consideran vergonzosas.
Se convirtió en un tipo que si lo frecuentabas
era muy probable quedar en entredicho.

Pero no solo esto. No sería justo.
Es preciso además recordar su belleza.
Y hay otro aspecto en que, si desde él se mira,
aparece simpático; surge simple y auténtico
el chico del amor, que por encima de su honra
y su reputación puso sin hacerse cábalas
el puro goce de su carne pura.

¿De su reputación? Pero la sociedad que era
muy mojigata sacaba conclusiones absurdas.

DOS JÓVENES DE 23 A 24 AÑOS

Desde las diez y media estaba en el café,
y esperaba que apareciera pronto.

Llegó la medianoche — y le esperaba todavía.

Dio la una y media; vació se había quedado
el café casi del todo.

Se cansó de leer periódicos
maquinalmente. De sus únicos, de sus tres chelines
le quedaba solo uno: en el gran rato que esperó
gastó los otros dos en cafés y coñac.

Se había fumado todos los cigarrillos.

Tan larga espera lo tenía agotado. Pues
además, tras tantas horas de estar solo, comenzaron
a apoderarse de él pensamientos importunos
sobre su descarriada vida.

Pero cuando vio entrar a su amigo, al punto
la fatiga, el tedio, los pensamientos se esfumaron.

Su amigo traía una noticia inesperada.

En el garito había ganado sesenta libras.

Sus bellos rostros, su arrebatadora juventud,
el amor sensual que se tenían,
se vieron refrescados, revivieron, se reconfortaron
con las sesenta libras del garito.

Y plenos de gozo y energía, sentimiento y belleza
se fueron, no a las casas de sus honradas familias
(donde, por otra parte, ya no los querían):
a una que ellos conocían, y muy particular,
a una casa de corrupción se fueron y pidieron
un cuarto en que dormir, y bebidas caras, y volvieron a beber.

Y cuando se les acabaron las bebidas caras,
y cuando ya eran cerca de las cuatro,
al amor se entregaron felices.

GRIEGA DESDE LA ANTIGÜEDAD

Se ufana Antioquía de sus espléndidos edificios
y hermosas calles; de la maravillosa
campiña que la ciñe, y la gran multitud
que habita en ella. Se ufana de ser sede
de renombrados reyes; y de los artistas
y sabios que posee, y de sus opulentos
y sagaces comerciantes. Mas mucho más —y sin comparación—
se ufana Antioquía de ser una ciudad
griega desde la antigüedad; del linaje de Argos:
de aquella Ione que colonos argivos
fundaron en honor de la hija de Ínaco.

DÍAS DE 1901

Esto había en él de singular,
que en medio de toda su disolución
y su mucha experiencia en el amor,
pese a la plena acomodación, que ya era un hábito,
entre su edad y su actitud,
había momentos —aunque, ciertamente,
muy raros— en que la impresión
daba de una carne casi intacta.

La belleza de sus veintinueve años,
por el placer tan puesta a prueba,
había instantes que recordaba extrañamente
a un muchacho que —con cierta torpeza— por primera vez
al amor su cuerpo puro entrega.

1928

NO COMPRENDISTE

Sobre nuestras creencias religiosas
el fatuo de Juliano dijo: «Leí, comprendí,
condené». Como si nos aniquilara
con su «condené», el muy ridículo.

Agudezas así no cuelan entre nosotros
los cristianos. «Leíste, pero no comprendiste; pues si hubieras comprendido,
no habrías condenado» contestamos al punto.

UN JOVEN, DEL ARTE DE LA PALABRA, A SUS 24 AÑOS

Como puedas, cerebro, trabaja todavía.

Un goce a medias lo consume.

En enervante situación se halla.

Besa el rostro amado cada día,

están sus manos sobre los más maravillosos miembros.

Jamás ha amado con una pasión

tan grande. Pero le falta la hermosa consumación

del amor; la consumación falta

que por parte de los dos debe darse con anhelada intensidad.

(Por igual no se entregan al placer anómalo los dos.

Solo a él lo ha dominado por completo.)

Y se consume, y está totalmente nervioso.

Además está en paro, y esto le afecta mucho.

Algunas pequeñas cantidades de dinero

con dificultad obtiene en préstamo (casi

las mendiga en ocasiones) y malsubsiste.

Besa los labios adorados; sobre

el maravilloso cuerpo —pero ahora advierte

que tan solo consiente— se va en placer.

Y luego bebe y fuma; bebe y fuma;

y se arrastra por los cafés el día entero;

arrastra con hastío el tormento de su belleza.

Como puedas, cerebro, trabaja todavía.

EN ESPARTA

No sabía el rey Cleómenes, no se atrevía,
no sabía una cuestión así cómo exponérsela
a su madre: que exigía Ptolomeo,
como garantía de su acuerdo, que le mandara a ella también
a Egipto, para mantenerla bajo su custodia;
algo demasiado humillante, improcedente.
Y siempre que iba a hablar, él vacilaba.
Y siempre que empezaba a decirlo, se paraba.

Pero aquella magnífica mujer le comprendió
(ya había oído algunos rumores al respecto),
y le animó a explicarse.

Y se rió; y dijo que desde luego iría.
Y sobre todo se alegraba de poder ser,
en su vejez, útil a Esparta todavía.

En cuanto a la humillación, la dejaba indiferente.
Seguramente un Lágida de anteayer no era capaz
de comprender el espíritu de Esparta;
de ahí que su exigencia no podía

en realidad humillar a una Señora

Insigne como ella; madre de un rey de Esparta.

RETRATO DE UN JOVEN DE VEINTITRÉS AÑOS HECHO POR UN AFICIONADO, AMIGO SUYO DE LA MISMA EDAD

Terminó el retrato ayer al mediodía. Ahora
lo mira con detalle. Lo ha pintado con traje
gris desabrochado, gris oscuro; sin
chaleco ni corbata. Con una camisa
rosa, abierta, para que así se vea algo
de la belleza del pecho, de su cuello.
La parte derecha de la frente casi entera
se la tapa el pelo, su hermoso pelo
(con el peinado que prefiere este año).
Se siente plenamente ese tono sensual
que quiso dar cuando pintó los ojos;
cuando pintó los labios... Su boca, los labios
que son para satisfacciones de exquisito erotismo.

EN UNA GRAN COLONIA GRIEGA, 200 a.C.

Que las cosas no van como es de desear en la Colonia
no cabe la más mínima duda,
y aunque, a pesar de todo, poco a poco salimos adelante,
acaso, como piensan no pocos, ha llegado el momento
de traer un Reformador Político.

Pero el obstáculo y la dificultad
es que los Reformadores
estos convierten cada asunto en una gran
historia. (¡Qué felicidad si nunca
nadie los necesitara!) Para todo,
por lo más mínimo preguntan e investigan,
y pronto en su cerebro se plantean reformas radicales,
con la exigencia de que se ejecuten sin demora.

Tienen también cierta tendencia a los sacrificios.

Renunciad a esa posesión vuestra;

vuestra ocupación es insegura:

posesiones así perjudican precisamente a las Colonias.

Prescindid de esa renta,

*y de aquella otra conectada con él,
y de esa tercera: como una consecuencia natural;
son esenciales, pero —¿qué hacer?—
os crean una responsabilidad perjudicial.*

Y cuanto más en su control avanzan,
encuentran y encuentran cosas superfluas, y tratan de acabar con ellas;
cosas que sin embargo es muy difícil abolir.

Y cuando, por fortuna, acaban su trabajo,
tras limitar y recortar todo al detalle,
se marchan, llevándose también su justo sueldo:
veamos entonces lo que queda tras
tamaño pericia quirúrgica.

Acaso no ha llegado aún el momento.

No nos apresuremos; la prisa es cosa peligrosa.

Medidas prematuras traen arrepentimientos.

La Colonia, sin duda y por desgracia, tiene muchos absurdos.

Pero ¿hay algo humano que no sea imperfecto?

Y al fin y al cabo, mirad, salimos adelante.

UN PRÍNCIPE DE LIBIA OCCIDENTAL

En general gustó en Alejandría,

los diez días que residió allí,

el príncipe de Libia Occidental,

Aristómenes, hijo de Menelao.

Como su nombre, su atuendo, también, discretamente griego.

Aceptaba de buen grado los honores, pero

no los buscaba; era modesto.

Compraba libros griegos,

de historia y filosofía especialmente.

Pero, sobre todo, era hombre de pocas palabras.

Debe de ser de hondos pensamientos, se decía,

la gente así no es por temperamento dada a chácharas.

Ni era profundo en sus pensamientos, ni nada.

Un hombre corriente, ridículo.

Se puso un nombre griego, se vistió como los griegos,

aprendió más o menos a comportarse como los griegos;

y le temblaba el alma no fuera por azar

a echar a perder una impresión tan buena

al hablar griego con horribles barbarismos,

y los alejandrinos se lo tomaran a chacota,
según acostumbran, los siniestros.

Por eso se limitaba a unas pocas palabras,
cuidando con pavor pronunciación y casos;
y sufría no poco con las conversaciones
en su interior acumuladas.

CIMÓN, HIJO DE LEARCO, DE 22 AÑOS, ESTUDIANTE DE LETRAS GRIEGAS (EN CIRENE)

«Mi final sobrevino cuando era feliz.
Hermóteles me tenía por su inseparable amigo.
En mis últimos días, por más que él fingía
que no estaba intranquilo, sentía yo a menudo
que lloraban sus ojos. Si creía que un poco
me había adormecido, caía como un loco
a los pies de mi lecho. Mas éramos los dos
de la misma edad, jóvenes de veintitrés años.
Traidor es el Destino. Alguna otra pasión
a Hermóteles quizá me lo habría robado.
He terminado bien; con un amor no compartido.»

Este epitafio en honor de Marilo, hijo de Aristodemo,
muerto hace un mes en Alejandría,
lo recibí de luto yo Cimón, su primo.
Me lo mandó su autor, un poeta conocido mío.
Y me lo mandó porque sabía que yo era
pariente de Marilo: él no sabía más.
Mi alma está colmada de pena por Marilo.
Habíamos crecido juntos, como hermanos.

Profunda es mi tristeza. Su prematura muerte
cualquier resentimiento apagó por completo...
cualquier resentimiento con Marilo —por más que
él me hubiera robado el amor de Hermóteles,
pues, aunque ahora me quiera Hermóteles de nuevo,
ya no será lo mismo. Ya conozco el carácter
tan sensible que tengo. La imagen de Marilo
surgirá entre nosotros, y creeré que él
me dice: «Al fin ya estás ahora satisfecho.
Ya lo recuperaste, Cimón, cual deseabas.
Mira, ya no hay pretextos para que me calumnies».

EN CAMINO HACIA SINOPE

Mitrídates, insigne y poderoso,
señor de grandes ciudades,
dueño de potentes ejércitos y escuadras,
en marcha hacia Sinope pasó por un camino
en el campo, muy apartado,
donde tenía su morada un adivino.

Envió a un oficial Mitrídates
a preguntarle al adivino cuántos bienes aún
adquiriría en el futuro, cuántas fuerzas nuevas.

Envió a su oficial, y después
siguió su marcha hacia Sinope.

El adivino se retiró a una habitación secreta.

Al cabo de una media hora salió
pensativo, y dijo al oficial:

«No he podido dilucidarlo satisfactoriamente.

No es hoy día propicio.

He visto cosas algo sombrías. No he comprendido bien.

Pero que se conforme, pienso, el rey con lo que tiene.

Más cosas le acarrearían peligros.

Acuérdate, oficial, de decirle esto:

¡con lo que tiene, por dios, que se conforme!

La fortuna tiene mudanzas repentinas.

Dile al rey Mitrídates:

muy rara vez se encuentra el noble compañero

de su antepasado, que a tiempo escriba con la lanza

en la tierra el salvador *Huye, Mitrídates* ».

DÍAS DE 1909, 1910 Y 1911

De un marinero muy castigado, muy pobre

(de una isla del mar Egeo) era hijo.

Trabajaba para un herrero. Vestía astrosamente.

Cuarteado su calzado de trabajo, y lastimoso.

Sus manos siempre tiznadas de orín y aceites.

Por la tarde, cuando el taller cerraba,

si había algo que deseaba mucho,

una corbata un tanto cara,

una corbata para los domingos,

o si en un escaparate había visto con anhelo

una hermosa camisa malva,

por uno o dos táliros vendía su cuerpo.

Me pregunto si en los tiempos antiguos

tuvo la gloriosa Alejandría un joven tan bellísimo,

un muchacho más perfecto que este —que así se nos perdió:

no se hizo, se entiende, su estatua o su retrato;

tirado en el sucio taller de un herrero,

pronto lo consumieron el penoso trabajo

y el desenfreno trivial y atormentado.

1929

MIRIS; ALEJANDRÍA 340 d.C.

Cuando me enteré de la desgracia de que se había muerto Miris,
fui a su casa, por más que evito
entrar en casa de cristianos,
sobre todo si están de duelo o fiesta.

Me paré en un pasillo. No quise
avanzar más adentro, pues noté
que los parientes del muerto me miraban
con evidente asombro y desagrado.

Lo tenían en una gran estancia
que desde el extremo en que me detuve
veía parcialmente; todo eran tapices preciosos
y objetos de oro y plata.

De pie, quieto, lloraba al fondo del pasillo.
Y pensaba en que nuestras reuniones y salidas,
sin Miris, ya no valdrían la pena.
Y pensaba en que jamás ya lo vería
en nuestras bellas y lúbricas veladas

alegrarse y reír y recitar versos
con su sentido perfecto del ritmo griego;
y pensaba en que había perdido para siempre
su belleza, en que había perdido para siempre
al joven que adoraba con delirio.

A mi lado, unas viejas hablaban en voz baja
del último día de su vida,
que si en sus labios constantemente tenía el nombre de Cristo,
que si en sus manos sostenía una cruz.
Después entraron en la estancia
cuatro sacerdotes cristianos, y recitaron con fervor
oraciones y súplicas a Jesús,
o a María (no conozco muy bien su religión).

Que Miris era cristiano lo sabíamos, por supuesto.
Desde el primer momento lo sabíamos, cuando
entró en nuestra cuadrilla hace dos años.
Pero absolutamente en todo vivía como nosotros.
De todos nosotros, el que más se entregaba a los placeres;
derrochando pródigamente su dinero en diversiones.
Sin preocuparse por la consideración de la gente,
con ardor se lanzaba a peleas nocturnas en las calles
cuando por azar nuestra cuadrilla
con otra cuadrilla rival se encontraba.

Jamás hablaba de su religión.

Es más, una vez le dijimos

que lo llevaríamos con nosotros al Serapión.

Sin embargo, como si se hubiera disgustado

con esta broma nuestra, recuerdo ahora.

¡Ay, otras dos ocasiones ahora me vienen al recuerdo!

Cuando a Posidón hicimos unas libaciones,

se apartó de nuestro corro y volvió la mirada a otra parte.

Cuando uno de nosotros, henchido de entusiasmo,

dijo: «Que nuestra compañía esté bajo

el favor y protección del grande,

del bellissimo Apolo». Miris murmuró

(los demás no lo oyeron) «excepto la mía».

Los sacerdotes cristianos en voz alta

rogaban por el alma del joven.

Observaba yo con cuánto esmero,

con qué intensa atención

por el ritual de su religión, preparaban todo

para el funeral cristiano.

Y de pronto se adueñó de mí una rara

impresión. De un modo indefinido, sentía

como si Miris huyera de mi lado;

sentía que, como cristiano, se unía

con los suyos, y que yo me volvía

e x t r a ñ o , m u y e x t r a ñ o , incluso sentí

que me rondaba una duda: quizá me había engañado

la pasión, y siempre le había sido extraño.

Salí volando de su espantosa casa,

huí rápidamente antes de que me arrebatara, antes que me alterara

su cristianismo el recuerdo de Miris.

ALEJANDRO JANNEO Y ALEJANDRA

Triunfantes y plenamente satisfechos,
el rey Alejandro Janneo
y su esposa, la reina Alejandra,
atraviesan, con música que abre el cortejo
y con todo lujo de magnificencia y fastos,
atraviesan las calles de Jerusalén.

A término se ha llevado con brillantez la obra
que iniciaron el gran Judas Macabeo
y sus cuatro célebres hermanos;
y que después fue continuada sin desmayo
entre múltiples riesgos y dificultades numerosas.

Ningún inconveniente ahora subsiste.

Toda sumisión a los arrogantes
monarcas de Antioquía ha cesado. Vedlos ahí,
al rey Alejandro Janneo
y a su esposa, la reina Alejandra,
iguales en todo a los Seléucidas.

Buenos judíos, judíos puros, judíos fieles —ante todo.
Pero, tal como lo exigen las circunstancias,
también griego saben hablar

y con griegos y con monarcas

helenísticos se relacionan, pero como iguales, y que esto se diga.

En realidad a término se ha llevado con brillantez,

a término se ha llevado gloriosamente

la obra que iniciaron el gran Judas Macabeo

y sus cuatro célebres hermanos.

BELLAS Y BLANCAS FLORES QUE IBAN MUY BIEN

Entró en el café al que iban juntos.

Aquí su amigo le dijo hace tres meses:

«No tenemos ni un céntimo. Dos muchachos pobrísimos
somos, hundidos en locales baratos.

Te lo digo a las claras, contigo yo no puedo
salir. Entérate, otro me solicita».

Ese otro le había prometido dos trajes y unos
pañuelos de seda. Para recuperarlo

removió cielo y tierra y encontró veinte libras;

pero también, sin duda, por la vieja amistad,

por aquel viejo amor y su hondo sentimiento.

El «otro» un mentiroso, un auténtico golfo;

un traje tan solo le había hecho,

y este a la fuerza, tras mil súplicas.

Pero ahora ya no quiere ni los trajes,

y ni tampoco los pañuelos de seda,

y ni las veinte libras, ni las veinte piastras.

El domingo lo enterraron, a las diez de la mañana.

El domingo lo enterraron: hace casi una semana.

En su pobre ataúd unas flores le ha puesto,
bellas y blancas flores que le iban muy bien,
muy bien a su belleza y a sus veintidós años.
Cuando fue por la tarde, había un trabajo,
en él le iba el pan, aquel café al que
iban juntos: un cuchillo en su corazón,
el sórdido café al que iban juntos.

ADELANTE, REY DE LOS LACEDEMONIOS

No consentía Cratesilea

que la gente la viera llorar y lamentarse;

y andaba majestuosa, y en silencio.

Nada dejaba traslucir su imperturbable rostro

de su pena y tormentos.

Mas, pese a ello, por un instante no pudo resistir;

y antes de subir al desdichado navío para ir a Alejandría

llevó a su hijo al templo de Posidón,

y, en cuanto se quedaron solos, lo abrazó

y lo besaba, «sumido él en su dolor», dice

Plutarco, «y muy turbado».

Pero su fuerte carácter se sobrepuso;

y recobrándose la admirable mujer

dijo a Cleómenes: «Adelante, rey

de los lacedemonios, y que, cuando estemos

fuera, nadie nos vea

llorar ni hacer nada indigno

de Esparta. Pues esto depende solo de nosotros;

nuestras suertes, en cambio, están a merced de lo que la divinidad disponga».

Y subió al navío, rumbo a ese «disponga».

EN EL MISMO ESPACIO

Alrededores de la casa, de lugares de encuentro, del barrio que estoy viendo y por donde paseo, años y años.

Os he creado en la alegría y en las penas:
con tantos acontecimientos, con tantas cosas.

Y enteros, para mí, en sentimientos os habéis transformado.

1930

EL ESPEJO DE LA ENTRADA

La rica mansión tenía en la entrada
un espejo muy grande, muy antiguo;
por lo menos hacía ochenta años comprado.

Un muchacho bellissimo, empleado de un sastre
(los domingos, atleta aficionado),
estaba allí de pie con un paquete. Lo entregó
a alguien de la casa, que se lo llevó dentro
para traerle el recibo. El empleado del sastre
se quedó solo, y aguardaba.

Se acercó al espejo y se estuvo mirando
y se arreglaba la corbata. A los cinco minutos
le trajeron el recibo. Lo cogió y se fue.

Pero el espejo antiguo que había visto y visto,
en su existencia de tantísimos años,
miles de cosas y de rostros;
pero el espejo antiguo ahora se alegraba,
y se enorgullecía de haber acogido sobre sí
por unos minutos la armoniosa belleza.

PREGUNTABA POR LA CALIDAD

De la oficina en que estaba empleado
en un puesto insignificante y mal pagado
(unas ocho libras al mes, con los extras)
salió cuando acabó el inhóspito trabajo
que, toda la tarde, lo mantenía encorvado:
salió a las siete, e iba andando despacio
y sin rumbo por la calle. Bello
e interesante: así, con ese aire de haber llegado
a la plenitud de su capacidad sensual.
Los veintinueve, el mes pasado los había cumplido.

Iba sin rumbo por la calle, y por los pobres
pasadizos que conducían a su domicilio.

Al pasar por delante de una tienda pequeña
donde vendían artículos
de imitación y baratijas para obreros,
vio allí dentro una cara, vio una figura
que lo impulsaron a entrar, como si viniera
buscando pañuelos de color.

Preguntaba por la calidad de los pañuelos
y cuánto costaban, con una voz ahogada,
casi apagada por el deseo.

Y análogas fueron las respuestas,
abstraídas, en voz baja,
con tácita aquiescencia.

Siempre palabras sobre el género, pero
un solo objetivo: el contacto de sus manos
sobre los pañuelos; la cercanía
de las caras, de los labios, como al azar;
un instantáneo roce de los miembros.

De prisa y a escondidas, para que no lo advierta
el patrón que está sentado al fondo.

QUE SE HUBIERAN PREOCUPADO

Aquí estoy casi sin hogar y en la miseria.

Esta ciudad fatal, Antioquía,

ha devorado todo mi dinero:

y tan fatal con su pródiga vida.

Pero soy joven y con una salud buenísima.

Domino maravillosamente el griego

(conozco y conozco al dedillo a Aristóteles, Platón,
oradores, poetas y lo que me preguntes).

De asuntos militares tengo alguna idea,

y con los jefes de los mercenarios tengo amistades.

En Administración también estoy bastante puesto.

En Alejandría estuve seis meses el año pasado;

conozco algo (y esto es útil) lo de allí:

las canalladas, las intenciones del *Malhechor*, y demás.

Por eso pienso que soy el indicado

totalmente para servir a este país,

Siria, mi amada patria.

En el trabajo que me pongan trataré
de ser útil al país. Mi intención es esta.
Si otra vez me lo impiden con sus métodos,
sabemos lo ladinos que son: ¿qué vamos a decir?
si me lo impiden, ¿qué culpa tengo yo?

Primero me dirigiré a Sabinas,
y si este memo no me aprecia,
iré a su rival, a Gripo.

Y si este idiota tampoco me contrata,
me voy derecho a Hircano.
En cualquier caso ha de quererme alguno de los tres.

Y mi conciencia está tranquila
ante lo inapoyable de la elección.
Idénticos perjuicios causan los tres a Siria.

Pero, hombre arruinado, ¿qué culpa tengo yo?
Intento, pobre de mí, apañarme.
Que los poderosos dioses se hubieran preocupado
de crear un cuarto hombre bueno.
Con alegría me iría yo con él.

1931

SEGÚN LAS FÓRMULAS DE LOS ANTIGUOS MAGOS GRECOSIRIOS

«Qué extracto hallar de hierbas
mágicas?», dijo un esteta,
«qué extracto preparado según las fórmulas
de los antiguos magos grecosirios
que por un día (si su poder
no daba para más), o por una hora al menos
me devolviera mis veintitrés años,
y que me devolviera a mi amigo
en sus veintidós años, su belleza y su amor.

»Qué extracto hallar que preparado
según las fórmulas de los antiguos magos grecosirios,
y de acuerdo con esta vuelta atrás,
me pueda devolver nuestro pequeño cuarto.»

EN EL 200 a.C.

Alejandro, hijo de Filipo, y los griegos,
excepto los lacedemonios...

PLUTARCO, *Alejandro*, 16

Podemos muy bien imaginar

lo totalmente indiferentes que se sentirían en Esparta

ante esta inscripción: «Excepto los lacedemonios»,

pero es natural. No eran los espartanos

de esos que se dejan conducir y mandar

como valiosísimos sirvientes. Por otra parte,

una expedición panhelénica sin

un rey espartano como jefe

no les podía parecer de mucho fuste.

¡Ah, precisamente «excepto los lacedemonios»!

Esto es también una postura. Se comprende.

Así, excepto los lacedemonios, en Gránico;

y luego en Iso; y en la definitiva

batalla, en que fue barrido el espantoso ejército

que en Arbelas concentraron los persas:

que desde Arbelas partió hacia la victoria, y fue barrido.

Y de esta maravillosa expedición panhelénica,

la victoriosa, la espléndida,

la proclamada, la gloriosa

como ninguna otra ha sido celebrada,

la incomparable: surgimos nosotros;

un nuevo mundo griego, y grande.

Nosotros: los alejandrinos, los antioquenos,

los seléucidas, y los demás griegos

innumerables de Egipto y de Siria,

y los de Media, y los de Persia, y tantos otros.

Con los dilatados dominios,

con la variada acción de adaptaciones bien pensadas.

Y nuestra Común Lengua Griega

hasta el interior de Bactriana la llevamos, hasta la India.

¡Y que ahora hablemos de lacedemonios!

DÍAS DE 1908

Aquel año se hallaba sin trabajo;
y en consecuencia vivía de las cartas,
del chaquete, y de los préstamos.

En una pequeña papelería le habían ofrecido
un puesto de tres libras al mes.

Pero lo rechazó, sin la más leve duda.

No le iba. No era un sueldo para él,
un joven bastante instruido, y con veinticinco años.

Dos o tres chelines al día ganaba, o no ganaba.

De las cartas y el chaquete ¿qué podía sacar el muchacho,
en los cafés plebeyos, los propios de su rango,
aunque jugara con astucia, y eligiera rivales obtusos?

En cuanto a los préstamos, a esto montaban.

Rara vez encontraba un tálero, más a menudo medio,
en ocasiones bajaba hasta el chelín.

Durante una semana, y a veces mucho más,
cuando se libraba del horror de trasnochar,

se refrescaba bañándose, nadando en la mañana.

Tenía la ropa en un estado horrible.

Siempre llevaba el mismo traje, un traje
canela muy descolorido.

¡Oh días del verano de mil novecientos ocho!
de vuestra visión, por obra del arte,
se ha borrado el traje descolorido, color canela.

Vuestra visión lo ha preservado
cuando se quitaba y arrojaba lejos de él
el traje indigno y la zurcida ropa interior.
Y se quedaba totalmente desnudo, irreprochablemente bello: una maravilla.
Despeinado su pelo, echado hacia atrás;
sus miembros un poco bronceados
en la desnudez del baño matinal y de la playa.

1933

EN LAS AFUERAS DE ANTIOQUÍA

Pasmados nos quedamos en Antioquía cuando supimos
las nuevas hazañas de Juliano.

¡Apolo le había hablado, de viva voz, en Dafne!
Que oráculos no quería emitir (¡qué desastre!),
ni tenía intención de hablar como adivino, si antes
no se purificaba su templo de Dafne.
Le molestaban, dijo, los muertos de al lado.

En Dafne había muchas tumbas.
Uno de los allí enterrados
era el milagroso, gloria de nuestra iglesia,
Babil, el santo, el victorioso mártir.

A él se refería, a él temía el falso dios.
Mientras lo sintiera cerca, no osaría
emitir sus oráculos; ni palabra.
(Ante nuestros mártires tiemblan los falsos dioses.)

El impío Juliano se remangó,

y con los nervios desatados vociferaba: «Arriba con él, lleváoslo,
quitadme a ese Babil de inmediato.

¿No oís? A Apolo le molesta.

Arriba con él, quitádmelo en seguida.

Desenterradlo, llevadlo donde queráis.

Sacadlo, echadlo fuera. ¿Es esto un juego ahora?

Apolo ha mandado que el recinto se purificara».

Recogimos, llevamos las santas reliquias a otra parte.

Las recogimos, las llevamos con amor y respeto.

Y bien que de verdad prosperó el santuario.

Y no tardó nada, y estalló

un gran incendio: un incendio terrible;

y ardieron santuario y Apolo.

El ídolo ceniza para barrerla con las basuras.

Reventó Juliano e hizo correr

—¿qué otra cosa iba a hacer?— que el incendio era obra

de nosotros, los cristianos. Que diga lo que quiera.

No pudo demostrarse; que diga lo que quiera.

Lo esencial es que reventó.

NOTAS

Las obras de los autores más citados en esta notas (Pontani, Tsircas, Paputsakis, Yourcenar, Peridis, Liddell, Bádenas de la Peña, Silván...) están recogidas en la bibliografía.

PRÓLOGO

Las secciones «I. Biografía» y «V. El erotismo en su poesía» son una refundición, puesta al día, del prólogo a mi *Antología poética* de Cavafis y del artículo «Poesía erótica de Kavafis», citados en la bibliografía. Salvo alguna línea eventual, las restantes secciones eran inéditas en 1994.

VOCES

Una primera versión de este poema titulada «Dulces voces», y hoy recogida en los *Poemas rechazados* de Cavafis, fue publicada en 1895 en el *Egiptiacón Imerologion (Diario Egipcio)*. La primera versión es más convencional y diluida. *Voces* es un poema mucho más concentrado. Peridis (p. 174) ve en el comienzo del poema una analogía con estos versos de Verlaine: «... *elle a / l'inflexion des voix chères qui se sont tues* ». Tsircas (pp. 142 y ss.) ve en el poema un recuerdo nostálgico de Mikés Ralis, amigo de Cavafis, muerto en 1889.

DESEOS

Según anota Pontani (p. 481), Sherrad (*The marble thrashing floor*, Londres, 1956, p. 86) oye en este poema un eco de estos versos de Gray: «*Full many a gem, of purest ray serene, / the dark unfathomed caves of ocean bear, / full many a flower is born to bluth unseen, / and waste its sweetness on the desert air*». Pero el eco es de una extrema vaguedad.

VELAS

Es el poema de Cavafis más conocido entre el público griego (Paputsakis, p. 234). El poeta lo consideraba como «una de las mejores cosas que he escrito nunca» (Sherrard, p. 223). Yourcenar (p. 58) afirma que el pretexto de la inspiración lo halló Cavafis en las velas de las iglesias ortodoxas.

UN VIEJO

Malanos (p. 293) ve la fuente en el poema de J. Lahor, *Le vieillard*, que comienza «*Un vieillard tout courbé s'est assis sur un banc*» y que acaba: «*Et les yeux du vieillard se ferment pleins d'ennui*». Paputsakis cita esta observación de O. Wilde: «El drama de la vejez no es ser viejos, sino haber sido jóvenes». Silván (p. 664) cita la simpatía de Cavafis por Horacio, recordada por Savidis, y establece una semejanza entre el poema y *Odas*, II, 14, que comienza: «Ay, Póstumo, Póstumo, fugaces / se deslizan los años...».

PLEGARIA

Poema con rima consonante: *aa bb cc dd*.

LAS ALMAS DE LOS VIEJOS

Tsiracas (p. 275) ve —gratuitamente, según Pontani (p. 483)— una alusión a G. Fotiadis, abuelo materno del poeta. Cavafis, como el poeta clásico Mimnermo, siente el horror de la vejez aún más que el de la muerte.

EL PRIMER PELDAÑO

Teócrito es el genial poeta siracusano del siglo III a.C., maestro del mismísimo Virgilio y fuente directa de Garcilaso. Sus *Idilios*, que con tanta razón le entusiasmaban a Cernuda, se dejan leer hoy maravillosamente en la muy recomendable edición de Máximo Briso, publicada por Akal. Éumenes es personaje de ficción. La mención de la ‘ciudad de las ideas’, que Cavafis escribe con mayúsculas (verso 20), está tomada de Platón.

INTERRUPCIÓN

Cavafis utiliza dos episodios de la mitología griega en los que la intervención humana impide que se cumpla un destino feliz que los dioses reservaban a los hombres. En la primera leyenda Deméter, mientras buscaba a su hija Perséfone, sirve a Metanira, esposa de Céleo, rey de Eleusis. Encargada de la educación de Demofonte, hijo de ambos, pretendió hacerlo inmortal con prácticas mágicas, que incluían el ponerlo a tostar un ratito al fuego. Metanira espía a la diosa una noche y, al ver a su hijo en el fuego, lanzó un grito que frustró su inmortalidad. La fuente es el himno homérico a Deméter (traducción de Alberto Bernabé, *Himnos homéricos*, Madrid, Gredos, 1978, pp. 63 y ss.).

La leyenda de Tetis es similar. Tetis intentó hacer inmortal a su hijo Aquiles, pero Peleo, su padre, rey de Ftía (en Tesalia), también intervino al ver al niño en el fuego y desbarató los planes divinos. Las fuentes de ambas leyendas son Apolonio de Rodas, *Argonáuticas*, IV, 869, y Apolodoro, *Biblioteca*, III, 171, respectivamente.

TERMÓPILAS

El poema se basa en el conocido episodio de las Termópilas (480 a.C.) relatado por Heródoto (VII, 213-225). En este desfiladero —en el que el turista actual puede leer el también célebre epigrama de Simónides (Page 26) traducido por Carlos García Gual en su excelente *Antología de la poesía lírica griega siglos VII-IV a.C.* (Madrid, Alianza, 1980, pp. 98-99)—, luchando contra las tropas persas de Jerjes, murió el rey espartano Leónidas, junto con sus leales. Efilates, con su traición, les abrió a los persas el paso del desfiladero.

CHE FECE... IL GRAN RIFIUTO

El título de este poema, en italiano en el original, es una cita de Dante, *Divina Comedia, Infierno, III, 60*: «*vidi e conobbi l'ombra di colui / che fece per viltà il gran rifiuto*» («vi y reconocí la sombra de aquel / que hizo, por cobardía, la gran renuncia», traduce Bádenas de la Peña). Cavafis omite deliberadamente *per viltà*, porque difiere de Dante en su interpretación del hecho que motiva la condena. Con su típica benevolencia, Dante condena al infierno al papa Celestino V —en el mundo Pietro di Murrone—, que, antes del año de su elección, renunció al papado para reanudar su vida de ermitaño en Calabria. Dante condena su renuncia. Cavafis, en cambio, comprende plenamente la libertad total de la persona a la hora de elegir su destino. Anota Bádenas de la Peña (p. 179) que «el último verso evoca las condenas de que fue objeto este papa dimisionario por parte de su sucesor Bonifacio VIII».

Tsircas (pp. 347 y ss.) ve en la raíz del poema la renuncia del patriarca Joaquín III, en 1899, a un ofrecimiento de la sede episcopal de Alejandría e incluso trata de hallar otras claves personales (la renuncia a la ciudadanía inglesa en 1885, su negativa a participar en la guerra de 1897), según anota Pontani, pero estas propuestas no resultan plausibles.

Unamuno escribió el soneto titulado *La gran rehúsa* (*Obras completas*, t. VI, p. 353), basado en el mismo pasaje de Dante, pero sin la más leve relación con el poema de Cavafis. Más aún, son tantas las diferencias entre estos poemas y, sobre todo, entre las personalidades y talante literario de los dos autores, que C. P. Otero escribió el documentado y divertidísimo artículo «Unamuno y Cavafy: el gran rifiuto» (recogido en *Letras I*, Barcelona, Seix Barral, 1972), en el que nuestro compatriota queda definido como un secuz medieval de santo Domingo de Guzmán. El artículo de Peregrín-Otero es espléndido.

LAS VENTANAS

La coincidencia, revelada por Papanutsos (pp. 101-102), con un pasaje de *Palludes* de A. Gide (París, 1920, pp. 186 y ss.): «*j'ai connu le geste d'ouvrir des fenêtres, et je me suis arrêté, sans espoir...* », fue desmontada por Tsircas (pp. 244 y ss.), que demostró que eran textos independientes. Una sensibilidad kafkiana fue subrayada, aquí, por A. Moravia (en un artículo publicado en el *Corriere della Sera*, 5 julio 1959), anota Pontani (p. 484).

MURALLAS

El motivo de las murallas, símbolo de la «barrera invisible de prejuicios morales y sociales que lentamente se ha ido levantando a su alrededor», según anota Bádenas de la Peña (p. 180), coincide con este texto de Gide: «*Quelques parois invisibles, des murs qui toujours se rapprochent... On n'y prend garde d'abord; puis, c'est horrible... Il y a des gens qui sont dehors tout de suite* ». Pero los dos escritores son independientes (cfr. Tsircas, p. 264), anota Pontani.

En los escritos en prosa Cavafis anotó con la letra —T—textos autocensurados sobre su amor homosexual por la tremenda presión de los prejuicios sociales. La crítica ha especulado mucho con esa T —inicial probable del nombre de algún amigo suyo—, aunque la interpretación que ha prevalecido es la sugerida por Malanos (p. 63) sobre la base de la primera letra griega del título de este poema (*Murallas*, en griego *Tiji*).

ESPERANDO A LOS BÁRBAROS

Excelente revisión de las varias interpretaciones del poema en Liddell (pp. 91 y ss.).

DESLEALTAD

El poema es una paráfrasis dramática de unos versos de Esquilo —fragmento 284 de la edición de Mette— recogidos por Platón en *Rep.*, II, 383, a-b. Cavafis suprime algunas palabras del texto de Platón.

EL FUNERAL DE SARPEDÓN

Cavafis adapta un pasaje de Homero (*Ilíada*, XVI, 663 y ss.) sobre la muerte y sepultura de Sarpedón, hijo de Zeus y Deidamía, y rey de los licios. Sarpedón pelea del lado de los troyanos y lo mata Patroclo, hijo de Menecio, revestido con las armas de su amigo Aquiles. Cavafis introduce elementos que no están en Homero (sobre todo, versos 18-25). Hay una primera versión del poema, con el mismo título, y hoy recogida en los *Poemas rechazados* de Cavafis.

LOS CABALLOS DE AQUILES

Cavafis adapta un pasaje de Homero (*Ilíada*, XVII, 427-455). Los versos 13-20 son prácticamente una traducción, más que una adaptación. Patroclo conducía los caballos de Aquiles cuando fue abatido por Héctor. Y en ese momento los caballos rompen a llorar. Hay un excelente artículo de Luis Alberto de Cuenca, «Sobre P 426-455 y un poema de Kavafis», *Estudios Clásicos*, 66, 1972, pp. 263 y ss., que estudia las relaciones entre el fragmento de Homero y este poema.

LA CIUDAD

La ciudad es imaginaria. Poema con rima, *abbccdda effggdde*, de extremada musicalidad. Cavafis lo conservó en el cajón durante quince años, haciendo correcciones hasta 1909, fecha en que lo publicó en la revista *Nea Soí*. En una carta escrita en inglés, y dirigida a su hermano Periclís Anastasiadis, junto con una copia autógrafa del poema, Cavafis, en un agudo análisis del ritmo, no se corta en afirmar que desde cierto punto de vista el poema le parece

perfecto. En una versión anterior se tituló «En la misma ciudad». Papanutsos relacionó este poema con el siguiente pasaje de *Paludes* de Gide: «*Ce toit nous a suivi... Et le toit courait après nous... On ne sort des cités... D'ailleurs, au bout, il y a une autre ville... Elles n'en finissent pas, les villes...* ». Pero Tsircas demostró que la primera versión del texto de Cavafis es anterior al de Gide. Pero no ha convencido plenamente Tsircas cuando ha intentado rastrear las fuentes de este poema en *The City of Dreamful Night*, el poema de James Thomson. Tampoco ha convencido una propuesta de Malanos, que relaciona el comienzo del poema con el epigrama 23 de Calímaco. Mijaletos ha aportado un análisis muy riguroso del poema.

LA SATRAPIA

La identificación del personaje al que se refiere el poema es controvertida. Sareyanis defiende la identificación con Temístocles, basada en pasajes de Plutarco (*Temístocles*, 3) y de Tucídides (1, 137, 3), por sus relaciones con el rey persa Artajerjes. Temístocles, ante la ingratitud de sus conciudadanos, fue a Susa y acabó mantenido por el Gran Rey. Lejonitis, en cambio, sostiene que, según el mismo Cavafis, el personaje es imaginario y que se alude más a un artista, o un sofista, que a un político, según observó también Savidis.

LOS SABIOS LO QUE SE AVECINA

Apolonio de Tiana es un filósofo pitagórico, gran viajero y taumaturgo, muerto en 1997. Los paganos lo compararon con Jesucristo por sus muchos milagros, que sus adversarios cristianos, naturalmente, consideraban falsos. La *Vida de Apolonio de Tiana* de Filóstrato (editada y traducida por Alberto Bernabé, Madrid, Biblioteca Clásica Gredos, 1979) interesó especialmente a Cavafis, pues le sirvió de fuente de los poemas *Si es que murió* (p. 153), *Apolonio de Tiana en Rodas* (p. 189) y del poema *Ausencia*, que no nos ha llegado. Cavafis escribió también un artículo titulado «Lamia», en el que expresa su gran estima por la obra de Filóstrato y da cuenta de la relación de «Lamia» —título de un poema de Keats, de unos 700 versos— con la *Vida de Apolonio de Tiana*. (Este artículo está recogido en *Prosas*, K. P. Kavafis, en traducción de José García Vázquez y Horacio Silvestre Landrobe, Madrid, Tecnos, 1991.)

IDUS DE MARZO

Los idus —en latín, por cierto, femeninos y masculinizados en castellano— son nuestro 15 de marzo. En esta fecha del año 44 a.C. fue asesinado Julio César. Plutarco (*César*, 63 y 65), Dión Casio (44.18.3) y Suetonio (*César*, 81) son las fuentes históricas de este poema. En ellas se relatan los presagios funestos a los que no hizo caso César y la entrega de una nota por parte de Artemidoro, que le informaba del complot urdido por Casio y Bruto contra él. Shakespeare se inspiró también en Plutarco para la escena primera, del acto tercero, de su *Julio César*. De los autores contemporáneos inspirados en estas fuentes clásicas es de destacar la soberbia novela *Los idus de marzo*, de Thornton Wilder (traducida por María Antonia Oyuela y editada por Alianza, Madrid, 1974), de la que con tanta razón se ha declarado ferviente y frecuente lector Gabriel García Márquez. Es de destacar la actitud un tanto reticente de Cavafis ante César, cuando es quizá el único dictador y gran genocida cuyos méritos son de absoluta aceptación popular, siendo solo puestos en entredicho por algunos historiadores.

EL DIOS ABANDONA A ANTONIO

La fuente del poema es Plutarco, *Antonio*, 75. Allí se cuenta la última noche de Antonio. Tras su derrota en Accio, las tropas de Octavio se plantaron en Alejandría. Al no recibir respuesta a su petición de clemencia, Antonio comprendió que su muerte era inminente. Plutarco describe el sepulcral silencio en que estaba sumida la ciudad, cuando de pronto se oyó un cortejo báquico, que cruzaba la ciudad en dirección al lugar en que estaba apostado el enemigo. Era la señal inequívoca de que Dioniso (Baco), con quien solía identificarse Antonio, lo abandonaba a su destino. Antonio solía compararse con Dioniso y Cleopatra con Afrodita. Ver también *Antonio y Cleopatra*, Acto IV, Escena III, de Shakespeare. Cernuda consideraba este poema como una de las cumbres definitivas de la poesía del siglo XX.

TEÓDOTO

La fuente del poema es Plutarco, *Pompeyo*, 80. Teódoto fue un maestro de retórica y consejero de Ptolomeo, que propuso el asesinato del prófugo Pompeyo, que acababa de ser derrotado en Farsalia el 48 a.C. y se había

refugiado en la corte de su amigo Ptolomeo. Teódoto quizá llegó incluso a presentar la cabeza de Pompeyo ante César.

MONOTONÍA

Poema con rima: *abab cdcd*.

ÍTACA

Malanos sitúa la fuente del poema en el fragmento XLV de los espúreos del *Satiricón* de Petronio (*Anthologia Latina*, 469 Riese), recogido en la excelente edición y traducción de esta genial novela latina preparada por Manuel Díaz y Díaz (*Satiricón*, edición bilingüe, Barcelona, Ediciones Alma Mater, 1968). Traducción de Díaz y Díaz de este fragmento de dudosa atribución petroniana: «Deja tu patria y búscate extrañas costas, joven: un orden más grandioso del mundo nace para ti. No cedas a la desgracia: te conocerá el lejanísimo Danubio, y el helado Bóreas y los tranquilos reinos de Canopo, y los que ven nacer de nuevo el sol y los que lo ven caer: un más grande Ulises desembarcará en playas extranjeras».

TROYANOS

En los versos 7 y 8 resuenan los ecos de los versos 215 «[Aquiles], avanzando fuera de la muralla, se detiene al borde del foso», 221 «Así resuena la voz restallante del nieto de Eaco» y 228 «Tres veces, al borde del foso, el divino Aquiles lanza un gran grito» del canto XVIII de la *Ilíada*. El verso 18 del poema alude al lamento de Príamo, narrado en *Ilíada*, XXII, 77-79: «Así dijo el viejo; y con sus manos arrancaba sus blancos cabellos [...]; y su madre se lamentaba, vertiendo lágrimas». El que corre en torno a las murallas (verso 16), naturalmente, es Héctor, a quien Cavafis alude sin mencionar su nombre.

EL REY DEMETRIO

Este Demetrio (337-283 a.C.) es el apodado Poliorcetes ('el asediador de ciudades'), rey de Macedonia emparentado con Alejandro Magno y destronado por Pirro en el 287 a.C. La fuente del poema es Plutarco, *Demetrio*, 44, que censura a Demetrio su comportamiento indigno de un rey, al ser derrotado su ejército. Cavafis, en cambio, se desmarca de esta recriminación de Plutarco (ver nota al poema *En camino hacia Sinope*, p. 280).

LA GLORIA DE LOS PTOLOMEOS

El Lágida (verso 1) y el Seléucida (verso 5) no son personajes concretos. Son Lágidas los reyes egipcios descendientes del macedonio Lago (367-283 a.C.), padre de Ptolomeo I, llamado Soter («Salvador»), fundador de la dinastía de los Ptolomeos. Los Seléucidas son los descendientes de Seleuco I, apodado Nicátor («Vencedor»), general de Alejandro Magno, a cuya muerte heredó el reino de Siria. La crítica encuentra dificultades para determinar a cuál de ellos se refiere Cavafis.

EL CORTEJO DE DIONISO

Damón es personaje imaginario y también imaginario es el relieve descrito. Pero los miembros mencionados del cortejo (Desenfreno, Embriaguez, Vino Dulce, Melodía, Armonía, Fiesta y Ceremonia) están rigurosamente seleccionados de las personificaciones de la iconografía antigua. Textos de Pausanias y Filóstrato, citados por Pontani, demuestran la exactitud de la mención de estos personajes.

LA BATALLA DE MAGNESIA

En 197 a.C. los romanos vencieron en Cinoscéfalas (Tesalia, Grecia) a Filipo V de Macedonia, a quien rehusó ayudar Antíoco III de Siria, que se benefició de aquella inhibición. La escena descrita en el poema es imaginaria y sugiere la reacción de Filipo V al tener noticia de la derrota de Antíoco III en Magnesia (Lidia), también ante los romanos, siete años más tarde, en 190 a.C. La semejanza de raza aludida en el verso 11 se explica por el común origen macedónico de los Antigónidas y de los Seléucidas. El cansancio otorgado a Filipo V en el verso 14 no tiene su fuente en Polibio, que le atribuye un temperamento excepcionalmente dinámico.

EL DISGUSTO DEL SELÉUCIDA

Los personajes mencionados son Demetrio Soter, que sería rey de Siria en 162 a.C., y Ptolomeo VI Filométor ('el amante de su madre'), quien solicita la ayuda de Roma para recuperar el trono que le había arrebatado su hermano Ptolomeo VIII Evergetes ('el bienhechor'). Recuperó el trono con ayuda del Senado en 157 a.C. La fuente es Diodoro de Sicilia, XXXI, 18, sobre todo en los versos 18-20. Las rencillas entre estos dos hermanos son también tema del poema *Embajadores de Alejandría* p. 117). Cavafis dedica también a Demetrio el poema titulado *Demetrio Soter*, p. 151 (ver nota al poema *La gloria de los Ptolomeos*, p. 249).

OROFERNES

Orofernes u Holofernes, supuesto hijo de Ariarates IV de Capadocia. Su madre, Antióquide, fue hija de Antíoco III rey de Siria, y la abuela, Estratonice, hija de Antíoco II. He aquí las fuentes del poema: Diodoro de Sicilia, XXXI, 19, para el tema de la expulsión de Orofernes a Jonia, tratado en la segunda estrofa. Su afición a los placeres (versos 9 y ss.) parte de Polibio, XXXII, 11. La cuarta estrofa se inspira en Polibio y Diodoro de Sicilia. En los versos 36 y ss. se relata su intento de conspiración contra su protector Demetrio Soter, que le había ayudado antes a hacerse con el trono de Capadocia en 157 a.C. La tetradracma aludida en el primer verso y en la última estrofa del poema fue identificada por Pontani. Se trata de una moneda de plata recogida por Barclay V. Head, *Coins of the Ancients*, Londres, 1880, que representa la cabeza coronada de Orofernes.

REYES ALEJANDRINOS

La fuente del poema es Plutarco, *Antonio*, 54. Este acontecimiento histórico es del 34 a.C. Shakespeare sigue más fielmente que Cavafis este pasaje de Plutarco en *Antonio y Cleopatra*, III, escena sexta. De la belleza de Cesarión no hay ninguna huella notable en las monedas ni fuentes literarias, según demostró Svoronos.

FILOHELENO

Malanos creyó en un principio que en el poema se habla de una estatua, pero la opinión de Pontani de que se habla de una moneda, como es en realidad, le hizo rectificar. No sabemos quién es el rey que ordena esta artística acuñación, aunque son claras las referencias geográficas. El Zagro es una cadena montañosa del actual Kurdestán. Fraata fue una ciudad de la Media noroccidental, donde los reyes partos residían durante el invierno. Mavrogordato cree que la fuente de este poema, y de algunos más, está en un pasaje del libro de E. Bevan, *House of Seleucus* (Londres, 1902, II, p. 159), descubierto por Bowra. El término *filohelena* ('amigo de los Griegos, de su lengua, de su literatura'), documentado ya en Heródoto y Platón, fue de uso especialmente frecuente a partir del siglo XIX y referido también a los extranjeros interesados en la cultura griega y en la independencia de los griegos respecto a Turquía.

LOS PASOS

En una primera versión el poema se titulaba *Los pasos de las Euménides*. No se reconocen fuentes particulares, pero la extremada afición al lujo de Nerón (versos 1-2) está documentada por Dión Casio, 111.10, y Suetonio, *Nerón*, 31 (quien menciona la agitación de los lares). Los Enobardos son los antepasados de Nerón (su padre fue Gneo Domicio Enobardo, marido de Agripina). Las

Erinias, fuerzas vengadoras de los delitos de sangre, son conocidas entre los romanos con el nombre de Furias. Se les dio el nombre apotropeico de las Euménides ('Las Benevolentes') para evitar su cólera. Y tal es el título de la última tragedia de la *Orestía*, la célebre trilogía de Esquilo sobre los crímenes de la saga de Agamenón.

HERODES ÁTICO

La fuente del poema es Filóstrato, *Vida de los sofistas*, 571. Alejandro de Seleucia es un sofista, que vivió, sobre todo, en Antioquía, llamado «Platón de barro». Herodes Ático (c. 103-179 d.C.) fue un gran sofista ateniense y un hombre muy rico e impulsor de las artes. Construyó en la vertiente meridional de la Acrópolis el fantástico odeón que hoy todavía lleva su nombre, sede de espectáculos teatrales y musicales del actual Festival de Atenas. Es la única vez que aparece mencionada Atenas (verso 3) en la poesía de Cavafis, con la excepción de dos poemas de la serie de los rechazados (*Horacio en Atenas* y *El voto de Atena*) y el poema *Señas de identidad* de la serie de los poemas inéditos. Berito es el antiguo nombre de Beirut.

ESCULTOR DE TIANA

Este escultor de Tiana (ciudad de Capadocia) es imaginario. La escena se desarrolla en Roma y la alusión a Cesarión (47-30 a.C.), supuesto hijo de César y Cleopatra, orienta sobre la fecha aproximada. En el penúltimo verso se alude a la idea que tenía Platón de la belleza perfecta, que el escultor encuentra reflejada en Hermes, anota Pontani.

TUMBA DEL GRAMÁTICO LISIAS

Poema con rima, *abacbbcb*. Malanos (en n. de la p. 159) lo relaciona con un epigrama de Juliano el Egipcio (siglo VI d.C.) de la *Antología Palatina*, VII, 595. Lisias es probablemente personaje imaginario. Berito (Beirut), ciudad de Siria de rica tradición filológica, fue destruida en 140 a.C. y reconstruida en

tiempos de Augusto.

TUMBA DE EURIÓN

Poema con rima, *abcaddefebcbf*. Eurión es personaje de ficción, e igualmente los personajes mencionados en los versos 8-9. Siene es Asuán. Nomo equivale a distrito. El nomo de Arsínoe (en el Alto Egipto) inicialmente se llamaba de Moeris. Ptolomeo Filadelfo le cambió el nombre en homenaje a su hermana y esposa Arsínoe II, que murió en 269 a.C.

¡ES ÉL!

El texto en el que se inspira Cavafis es *El sueño*, 11, del divertidísimo Luciano de Samosata (120-200 d.C.). Relata un sueño de juventud, en el que dos mujeres, una pobre y mal vestida y otra guapa y bien vestida, tratan de convencerle, respectivamente, de que se dedique a la literatura, que da fama internacional, hasta el punto de que «cada uno de los que te contemplan empujará a su vecino para que te observe y te señalará con el dedo y le dirá: ¡es él!». El tema también aparece en Persio, *Saturae*, I, 28: «*At pulchrum est digito monstrari et dicier: hic est!*». («Y es hermoso ser señalado con el dedo y que digan de ti: ¡es él!»). Es la primera mención, en la poesía de Cavafis, de la ciudad de Antioquía, que, junto con Alejandría, es una de las ciudades predilectas. Edesa (actual Urfa) es la capital de Osroene (137 a.C.-216 d.C.), reino de la parte noroccidental de Mesopotamia. ¡*Oh, es él! Viaje fantástico hacia Julio Iglesias* es también el título de la entretenidísima novela de Maruja Torres, digna heredera de todas las gamas del cachondeo que despliega a chorros el maravilloso Luciano. El personaje del poema es de ficción (ver el poema *En una ciudad de Osroene*, p. 127).

PELIGROSO

Mirtias es un personaje desconocido, probablemente imaginario. La época la revelan los versos 2-3: Constante y Constancio, hijos de Constantino el

Grande, junto con su hermano Constantino II, reinaron del 337 al 351 d.C. Hasta el 361 reinó solo Constantino, anota Pontani. Es la época en que el cristianismo lucha por imponer su hegemonía político-religiosa. Además de la pugna paganismo-cristianismo, el cristianismo se debate también con sus primeras herejías, como el arrianismo, favorecido en ocasiones por el propio Constancio, anota Bádenas de la Peña.

MANUEL COMNENO

Manuel Comneno fue emperador de Bizancio (1120-1180). En 1176 fue derrotado por los turcos en Miriocéfalos. La fuente del poema es su biógrafo Nicetas Coniata, *Manuel Comneno*, VII, 7. En los versos 1 y 13, *kyr* (*seor*, voz sincopada de *señor*, pues *kyr* es voz apocopada de *kyrios*, o también *micer*, que procede del francés *messire*, variante de *monseigneur*) es un título — quizá demasiado familiar— de los emperadores de Bizancio. Y *micer* —tratamiento equivalente a *señor*— es voz de uso circunscrito a la Corona de Aragón, según el Diccionario de María Moliner.

EN LA IGLESIA

Poema con rima, *aab cdddeefe*. Cavafis describe con sensualidad todo el ambiente de la iglesia ortodoxa, y en esta descripción sensual pone un énfasis especial en la majestuosidad de los sacerdotes. Aunque ninguno de los muchos y excelentes comentaristas de Cavafis lo ha apuntado, y aunque, desde luego, el texto, por supuesto, tampoco lo sugiera, creo que no habría que olvidar que a Cavafis le gustaban muchísimo los chicos, y los sacerdotes, mientras no se demuestre lo contrario, siguen siendo chicos. En una ocasión le pregunté a un célebre poeta español homosexual cómo había sido su experiencia del ejército y, con una ironía finísima, me contestó que había sido extremadamente interesante. Y, en majestuosidad, un coronel no queda nada lejos de un pope ortodoxo.

MUY RARAMENTE

Panayotópulos explica el título «Muy raramente» en el sentido de que muy pocas veces se da la supervivencia de la obra en la que se complace el viejo del poema. Pontani no excluye la posibilidad de que el título derive de alguna fuente precisa y sea herméticamente alusiva.

DE LA TIENDA

Rimas consonantes: aa *bb cc dd ee* .

PINTURA

Poema con rima: *abbcadeccedb* .

JONIO

Hay una versión anterior de este poema titulada «Memoria», y hoy recogida en *Poemas rechazados* .

EN LA ENTRADA DEL CAFÉ

Malanos (n. en p. 130) cree que los epigramas de Meleagro y de Crinágoras (*Antología Griega* , V, 155, y VII, 628, respectivamente) han influido en los versos 3-4.

UNA NOCHE

Pontani (p. 496) oye en los últimos versos de este poema un eco de *Peccato di maggio* de G. D'Annunzio: «*ancora io mi sento su i vani / versi, al ricordo antico, impallidir la faccia...*».

JURA

Tsircas (pp. 293 y ss.) afirma que estos juramentos no se refieren al ejercicio culpable de la sexualidad, sino a la afición desmesurada a la bebida, que tuvo Cavafis desde 1882, para distraer el cerebro. Pero Pontani desconfía seriamente de esta afirmación de Tsircas.

FUI

En su nota a este poema, Paputsakis (p. 248) recoge este apunte inédito de Cavafis: «Esta noche me pasó por la mente escribir sobre mi amor. No obstante, no voy a hacerlo. ¡Qué fuertes son los prejuicios! Yo, por mi parte, me he liberado, pero pienso en quienes todavía están atados a ellos y bajo cuyos ojos podría caer esta página. Me contengo. ¡Qué cobardía! Quiero sin embargo señalar aquí con una letra —T— como símbolo de este momento. 9.XI.1902». Pontani se resiste a creer que en la misteriosa T se deba leer la inicial del poema «Tiji» («Murallas»), como quiere Malanos (ver Liddell, pp. 67 y ss.).

CANDELABRO

Poema con rima, *abaac dbddc*. Pontani (p. 494) habla del espíritu wildeano del poema. El verde era el color preferido de Cavafis. El simbolismo del poema, relativamente obvio —la llama es un símbolo del sexo frecuente en

poesía—, fue aclarado por el poeta a Lejonitis.

DESDE LAS NUEVE

«Lutos de los míos... separaciones... sentimientos de los muertos...» (versos 17 y ss.). Entre 1870 (año de la muerte de su padre) y 1903 mueren también su madre y cuatro hermanos. El poema está escrito en 1918.

COMPRENSIÓN

Pontani (p. 501) recoge esta observación de A. Moravia: «l'originalità di Kavafis sta soprattutto nella semplicità con la quale egli risolve la tristezza del peccato nella consolazione della poesia... Che è una maniera forse cinica di guardare alle proprie follie; ma forse soltanto un coraggioso e umile riconoscimento, molto greco questo, della debolezza irrimediabile della natura umana».

ANTE LA ESTATUA DE ENDIMIÓN

Endimión fue hijo de Zeus y Cálce. En su leyenda más divulgada fue un pastor guapísimo, del que se enamoró Selene (la Luna), con quien se unió en una gruta del monte Latmo, junto a Mileto. Selene consiguió de Zeus que cumpliera un deseo de Endimión, quien pidió permanecer eternamente joven, dormido en un sueño continuo, aunque con los ojos bien abiertos para poder disfrutar de la vista de Selene. En el monte Latmo hubo un santuario al que acudían los peregrinos para rendir homenaje a estos amores. La fuente es Pausanias, V, 1, 5. La alusión al «placer de viejos tiempos» afirma Pontani (p. 498) que puede inducir a una datación cronológica de esta escena en tiempos cristianos (siglos IV o V d.C.).

EMBAJADORES DE ALEJANDRÍA

Los Ptolomeos son: Ptolomeo VI Filométor y su hermano menor Ptolomeo VII, apodado Evergetes II. Su pugna por el poder, complicada por los intentos de irrupción en Egipto de Antíoco IV de Siria, la resolvió Roma otorgando el trono a Filométor. Pontani no encontró huellas ni en Livio ni en Polibio de esta embajada défica, en la que se inspira el poema. Malanos afirma que algunas expresiones derivan de una lectura de Bouché-Leclercq.

ARISTOBULO

La fuente, según observó ya en 1940 Pontani (p. 501), es Flavio Josefo (*Antigüedades judías*, XV, 50 y ss.). Aristobulo perteneció a la familia real judía de los Asmoneos. Era hijo de Alejandra y hermano de Mariamma, esposa de Herodes, rey de Judea. Cipros, madre de Herodes, y Salomé, hermana de este, tramaron el asesinato de Aristobulo, que murió ahogado en una piscina. Un crimen que Herodes disfrazó de accidente. Alejandra había recomendado sus hijos a Cleopatra, y esta a su vez a Antonio, quien, informado de la extraordinaria belleza del joven, había pedido que fuese invitado a Alejandría. En este caldo de cultivo se fraguaban las constantes intrigas sobre el trono de Judea.

CESARIÓN

No se puede precisar a cuál de las colecciones de inscripciones griegas de finales del siglo XIX y principios del XX se refiere Cavafis. He aquí algunas de ellas: Letronne, *Recueil des inscriptions grecques et latines d’Egypte*, 2 vols., París, 1846-1848; Strack, *Die Dynastie der Ptolemäer* (Sammlung d. Griech. Ptolem. Inschrift.), Berlín, 1897; Dittenberger, *Orientalis Graeci inscriptiones*, Lipsia Leipzig, 1903-1905. De Cesarión (Ptolomeo XVI) hay una inscripción en Strack. Cesarión fue asesinado en el 30 a.C. por los romanos, tras la derrota de Antonio. Los últimos versos se inspiran en Plutarco, *Antonio*, 81. Mijaletos expresa sus reservas sobre la congruencia, en el poema, de los elementos históricos con los «simbólicos», anota Pontani.

EL PLAZO DE NERÓN

Las fuentes del poema son Suetonio. *Nerón* , 40, y Dión Casio, LXIII, 8.

UNO DE SUS DIOSES

No se sabe a cuál Seleucia —hubo casi una docena en el Oriente griego— se refiere el poema. Hubo una especialmente célebre a orillas del Tigris.

TUMBA DE LANES

Lanes es personaje de ficción. Jacinto fue amado y muerto accidentalmente por Apolo, quien hizo brotar de su sangre una flor nueva, el jacinto, una variedad del lirio. Este no es nuestro jacinto, que fue introducido en Europa muchos siglos después por los turcos.

TUMBA DE JASES

Poema con rima, *abab cdcd* . Jases es personaje de ficción.

EN UNA CIUDAD DE OSROENE

Osoeene es un reino noroccidental de Mesopotamia, cuya capital era Edesa (hoy Urfa). En el verso 5 Cavafis utiliza el término *Graikoí* en lugar de *Héllenes* —en griego moderno, pronunciado *éllines*— para referirse a los griegos. Ya Calímaco y Licofrón, en la Grecia antigua, establecían una diferencia entre ambos términos. *Graikoí* era la forma con que los griegos eran designados por otros pueblos no griegos y, sobre todo, por los romanos. Esta es la razón de que sea esta palabra la que pasara al latín y a través de él a las lenguas modernas. La otra denominación da origen a la voz *helenos*, y es la que utilizaron en la Grecia antigua y utilizan hoy los griegos para designarse a sí mismos. El efebo Cármides, admirado por Sócrates, es descrito por Platón en estos términos en el célebre diálogo homónimo (154 b-d): «me ha parecido de una talla y una belleza admirables, y he creído ver que todos estaban enamorados de él... todos tenían los ojos fijos en él, hasta los más pequeños y le miraban como se contempla una estatua» (traducción de F. de P. Samaranch).

TUMBA DE IGNACIO

Malanos (pp. 325 y ss.) ve la fuente del poema en varios pasajes de la *Historia Lausiaca* de Palladio, opinión que no convence demasiado a Pontani (p. 499). En la primera versión del poema Ignacio era considerado *diácono*, palabra sustituida por *lector* (se sobreentiende de iglesia) en la versión definitiva, quizá para evitar la identificación con el poeta Ignacio Diácono (siglo IX d.C.). Respecto a «en el sosiego ... de Cristo» hay que recordar el epigrama I, 118, de la *Antología Griega*: «oh sosiego... tú, Cristo». La tropa de los anacoretas de los primeros siglos del cristianismo se inicia con san Antonio Abad. En Egipto estos anacoretas sustituyeron a las antiguas plagas de langostas. Su enorme orgullo por su victoria sobre los bienes terrenales estaba plenamente justificado, porque a su lado Catilina, de quien dijo Salustio que resistía el hambre y el sueño más allá de lo imaginable, era realmente un sibarita. Buñuel los inmortalizó en *Simón del desierto*.

EN EL MES DE ATIR

Atir es otra grafía de la diosa egipcia Ator (o Hathor), que a veces simbolizaba el placer carnal, por lo que los griegos la identificaron con Afrodita. Le estaba dedicado el tercer mes del calendario egipcio (octubre-noviembre). Cavafis finge la reconstrucción de una inscripción medio borrada, poniendo entre paréntesis cuadrados, como hacen los editores de inscripciones, los textos

ilegibles. La alusión a la *kappa* y la *zeta* indica el número 27, que en este caso es la edad del difunto. En el sistema numérico griego la K (*kappa*) es el número veinte y la Z (*zeta*) el número siete.

A AMMONES, QUE MURIÓ A LOS 29 AÑOS, EN EL 610

Ammones es personaje de ficción. Ammones es nombre egipcio, Rafael copto (Yourcenar, p. 268).

EMILIANO MONAES, ALEJANDRINO 628-655 d.C.

Emiliano Monaes es personaje de ficción. Paputsakis recalca la importancia de las fechas asignadas al personaje, pues es la época crucial que precede a la caída de Egipto en manos de los árabes. Alejandría, que era la segunda ciudad del imperio bizantino, cae en el 641. Después caen Siria, Mesopotamia y Palestina, y la cultura musulmana sustituye a la helénica.

PLACER

El poema en su primera versión (1917) constaba de un verso más, o sea de cinco, y fue ligeramente alterado en su versión definitiva (Malanos, p. 93 n., y Paputsakis, p. 257). Malanos (pp. 102 y ss.) subrayó la semejanza entre este poema y el poema rechazado de Cavafis titulado *Suma*, escrito casi veinte años antes.

BAJO LA CASA

Malanos (p. 169 n.) recoge la coincidencia entre el verso 4 «... había poseído mi cuerpo Eros» y el texto «me poseyó eros» del *Fragmentum Grenfellianum* (Powell, *Collect. Alex.*, p. 177, verso 9). Para Pontani (p. 502) esta coincidencia es fortuita.

DÍAS DE 1903

El título hace referencia a un momento concreto de la biografía de Cavafis.

EL SOL DE LA TARDE

En este poema (y especialmente a partir del v. 6 y ss.) es evidente un gusto «crepuscular», del que hay más huellas en otros poemas (p. ej., en «En un libro viejo») (Pontani, p. 503). En una ocasión le oí al poeta griego Carusos una observación muy pertinente sobre lo mucho que les podría gustar a los novelistas del *nouveau roman* la descripción que de los objetos se hace en el poema. Sin olvidar que esto lo decía en torno a 1968, cuando el *nouveau roman* no era aún arqueología.

DE LOS HEBREOS (50 d.C.)

Jantes es personaje de ficción. Con su nombre griego, el patronímico romano y la confesión judía, es un ejemplo perfecto de la mezcla de razas y culturas de la Antigüedad tardía. En el verso 2, ver D'Annunzio, «Ermiá Giunia» (en *Intermezzo*): «*Poside bello come Endimione*» (Pontani, p. 502).

ÍMENO

Ímeno es personaje de ficción. En el último verso se sitúa la escena en tiempos de Miguel III (842-867), apodado El Borracho. Las crónicas bizantinas de la época insisten en la depravación de la época. Durante su reinado tuvo lugar el primer cisma con la Iglesia de Roma. Siracusa cae en poder del Islam en 880 (Bádenas de la Peña, pp. 180-181).

DEMETRIO SOTER (162-150 a.C.)

Demetrio Soter («Salvador») es hijo de Seleuco IV Filopátor, rey de Siria. Vivió en Roma como rehén (ver *El disgusto del Seléucida*, p. 78, y *La batalla de Magnesia*, p. 77). Logró huir y reconquistó su reino expulsando al sátrapa Heraclides. Pero fue asesinado por el aventurero Alejandro Balas (150 a.C.). Cavafis reelabora pasajes de diversas fuentes: Polibio, XXXI, 2, 1 y ss.; Diodoro de Sicilia, XXX, 1, y Flavio Josefo, *Antigüedades judías*, XIII, pp. 80 y ss.

SI ES QUE MURIÓ

La fuente del poema es Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana*, VIII, 29 y ss. Filóstrato atribuye al discípulo Damis el oficio de evangelista de Apolonio (Yourcenar —p. 272— recuerda la caricatura que hace Flaubert de Damis en la *Tentation de Saint Antoine*). Justino I reina entre 518-527 d.C. El cristianismo se ha impuesto totalmente como religión, y los ya escasos paganos sueñan con la figura de Apolonio, que iba a volver para restaurar el paganismo. Sobre Apolonio de Tiana, ver *Los sabios lo que se avecina*, p. 69, y nota, p. 246.

JÓVENES DE SIDÓN (400 d.C.)

El epitafio de Esquilo, al que se alude en los versos 9 y ss., dice así: «Al ateniense Esquilo, hijo de Euforión, acoge / este sepulcro tras dar su vida en

Gela, fértil en trigo. / Su glorioso combate podría proclamarlo el bosque de Maratón / y el miedo de espesa cabellera, que le conoció» (*Vida de Esquilo*, 11).

Sobre la incapacidad de los jóvenes de Sidón (y de Cavafis) de una valoración de la figura total de Esquilo, Pontani escribió el artículo «Eschilo nella poesia neo-greca», *Maia*, II, 1949, I, pp. 11 y ss. No es dudoso que Cavafis se adhiera al punto de vista del joven del verso 14 y ss. Meleagro, Crinágoras y Riano son célebres autores de epigramas de la época helenística, recogidos en la *Antología Griega*. Datis y Artafernes (último verso) son jefes del ejército persa en Maratón (490 a.C.), batalla en la que, como recuerda el epigrama del principio de la nota, participa Esquilo.

PARA QUE VENGAN

El poeta, en su casa alejandrina de la calle Lepsius, no tuvo nunca iluminación eléctrica. Su salón, descrito por numerosos visitantes, estaba iluminado por velas. De vez en cuando Cavafis encendía una lámpara de petróleo (Pontani, p. 504, que se basa en Pieridis, pp. 19 y ss.).

DARÍO

El poeta Fernaces es personaje de ficción. El rey Mitrídates es Mitrídates VI el Grande, llamado Dioniso y Eupátor (121-64 a.C.), terrible enemigo de los romanos, y definitivamente vencido por Pompeyo en Nicópolis del Ponto. Amiso era una plaza de este reino oriental, situado a orillas del mar Negro. Darío I, rey de Persia (521-485 a.C.), organizó las célebres batallas contra Grecia en 493 y 490 a.C.

ANA COMNENA

Ana Comnena, hija primogénita del emperador Alejo I (1081-1118), escribió la *Alexiada*, una biografía de su padre en quince libros y fuente de importancia

vital para el conocimiento de la historia del Imperio bizantino de la época de la Primera Cruzada (*La Alexiada*, traducción de Emilio Díaz Rolando, Sevilla, Editorial Universidad de Sevilla, 1989). Su gran obsesión fue la conquista del trono. Casada con el general Nicéforo Briennio y animada por su madre, Irene Ducena, Ana Comnena intrigó ante su padre para que nombrara sucesor a su marido. Pero su hermano Juan (1118-1143), según cuenta el cronista Nicetas Coniatas (*De Ioanne Comneno*, 2), en la agonía de su padre, le arrancó el anillo de la mano y se hizo proclamar emperador, frustrando las intrigas de Ana. El *insolente* del último verso lo toma Cavafis de este cronista (y expresa el juicio de la madre de Ana, a propósito de Juan). Las palabras entre comillas (versos 3-7) son todas de la *Alexiada* (prólogo, 4). Cavafis pudo tener presente las *Figures byzantines* —2.^a serie, cap. 2— de Ch. Diehl (Pontani, pp. 503-504).

NOBLE BIZANTINO, EN EL EXILIO, HACIENDO VERSOS

No hay unanimidad respecto a la identificación de este personaje. Mavrogordato (p. 121 n.) identifica al protagonista del poema con Miguel VII Ducas, llamado el Parapinakes, obligado a abdicar (1078 d.C.) por Nicéforo Botaniates, destronado a su vez (1081) por Alejo I Comneno (Pontani, pp. 504-505). M. Yourcenar piensa, en cambio, en algún consejero de Nicéforo Botaniates, desterrado por su enemistad con Irene, la esposa de Alejo I.

FAVOR DE ALEJANDRO BALAS

Alejandro Balas fue un aventurero conchabado con los reyes de Egipto y Pérgamo. Pretendiente al trono de Siria, asesinó a Demetrio Soter, hijo del rey de Siria Seleuco IV (ver nota al poema *Demetrio Soter*, p. 265). Según Peridis (p. 206), la fuente del poema puede estar en un pasaje de Suetonio (*Nerón*, 24), referente a Nerón: «pero expelido del carro y de nuevo colocado en él, no pudo dominarlo, por lo cual desistió antes de terminar la carrera, sin que ello fuera obstáculo para ser coronado» (trad. de Bassols de Climent, Suetonio, *Vida de los doce Césares III*, Barcelona, Ediciones Alma Mater, 1968).

MELANCOLÍA DE JASÓN, HIJO DE CLEANDRO, POETA DE COMAGENA (595 d.C.)

Comagena fue un reino independiente (164 a.C.-72 d.C.). Estaba situada entre el Éufrates y el Tauro, y su capital era Samosata. En el reinado de Antíoco IV, perdida su independencia, se convirtió en provincia romana de Siria. En el 595 d.C. estaba incorporada al Imperio bizantino, en el que reinaba el emperador Mauricio. En el 638 Siria fue conquistada por los árabes. Pontani (p. 505) observa que hay un error ortográfico en la palabra *Iásonos* del título del poema que mantienen todas las ediciones de Cavafis escribiendo la sílaba *so* con *omega* en lugar de la correcta *ómicron*. Este error se remonta al propio poeta, que así escribe la palabra. Yo también he descubierto la falta de un acento, atribuible al poeta, en la palabra *prépei* en *Termópilas*, poema manuscrito y reproducido en diversos lugares. Estos errores de ortografía son excepcionales en Cavafis. Como ejemplo clásico de escritor con dificultades para la ortografía siempre se cita a Scott Fitzgerald, cuyo *A este lado del paraíso* contenía unos cuantos errores ortográficos importantes.

DEMARATO

La fuente del poema es Heródoto, VI, 66 y ss., VII, 3 y VII, 101 y ss. Demarato, rey de Esparta (c. 510-491 a.C.), hijo de Aristón, fue destronado por una calumnia de bastardía, certificada por el oráculo de Delfos sobornado por Cobón. Tras su destitución, aceptó la presidencia de un coro de niños. Su sucesor Leotíquides le acusó de abusos sexuales en el desempeño de su cargo, lo que le indujo a huir de Esparta y refugiarse en la corte persa de Darío. Se unió a la campaña de Jerjes del 480 a.C. contra los griegos, probablemente con ánimo de recuperar su trono. Cavafis refleja la lucha interior del personaje, que no tiene realmente el ánimo del traidor (ver las observaciones de Malanos, pp. 351 y ss.). Porfirio (verso 2) es el erudito de origen sirio, discípulo y editor de las obras de Plotino. Nació en Tiro (234 d.C.) y murió en Roma (comienzos siglo IV d.C.). Excelente comentarista y editor de filósofos, era un obseso experto en demonología, lo que no le impidió realizar en diversos terrenos una verdadera tarea científica (Lesky, *Historia de la literatura griega*, Madrid, Gredos, 1968, p. 915).

DE LA ESCUELA DEL CÉLEBRE FILÓSOFO

Amonio Sacas, filósofo neoplatónico, fue maestro de Orígenes y Plotino, quien durante once años mantuvo con él comunidad de vida y espíritu. Enseñó en Alejandría en la primera mitad del siglo III d.C. Para Malanos el poema es muy útil para analizar las relaciones entre Cavafis y A. France, observadas ya por Parasjos (en *Nea Tejni*, 1924), anota Pontani (p. 506).

FABRICANTE DE CRÁTERAS

La alusión (verso último) a la derrota de Magnesia, que tuvo lugar en el 190 a.C., permite fechar la fabricación de la cratera en torno al 175 a.C (ver nota al poema *La batalla de Magnesia*, p. 233). Heraclides es el usurpador del trono de Demetrio Soter, al que este en un principio logra expulsar (ver nota al poema *Demetrio Soter*, p. 265).

COMBATIENTES POR LA LIGA AQUEA

Epitafio del estilo de los de Simónides de Ceos (557 a.C.-468 a.C.). Los dos últimos versos del epitafio lo imaginan compuesto bajo el reinado de Ptolomeo VIII (55 a.C.-468 a.C.), apodado Latiro ('Garbanzo'), que reinó en dos períodos: del 117 al 107 a.C. y del 89 al 81 a.C. El año séptimo (verso 8) apunta probablemente al primer período del reinado: será pues el 110-109 a.C. Dieo y Critolao fueron los jefes de la Liga Aquea, derrotados en el 146 a.C. por Lucio Mummio y Cecilio Metelo, respectivamente. Las referencias del poema a la catástrofe microasiática de 1922, en la que Grecia tuvo que humillarse ante Turquía, apuntadas por Seferis, deben ser excluidas (Pontani, p. 506). La Liga Aquea (fundada en un principio c. 280 a.C. para combatir a Macedonia) aglutinaba fuerzas de diversas regiones del Peloponeso (Sición, Corinto, Argos), excepto Esparta, y de la isla de Egina para frenar la expansión romana en Grecia. El 146 a.C., con la toma y destrucción de Corinto por los romanos, marca el fin de la independencia helénica frente a Roma. A partir de esa fecha, queda disuelta la Liga, y las ciudades griegas derrotadas quedan incorporadas a la provincia romana de Macedonia. A Esparta, Atenas y Delfos se les concedió la autonomía. Las fuentes del poema son Polibio, XL, 5, XXXVIII, 3, y Pausanias, VII, 15-16.

A ANTÍOCO EPIFANES

Antíoco IV Epifanes (c. 215 a.C.-163 a.C.), rey de Siria, es hijo de Antíoco III el Grande, que fue derrotado por los romanos en Magnesia (190 a.C.). Ante la noticia de un nuevo intento de resistencia de los macedonios (ya derrotados en Cinoscéfalos en el 197 a.C.) contra los romanos, Antíoco IV reacciona con escepticismo. Macedonia fue definitivamente derrotada en la batalla de Pidna (ciudad marítima de Macedonia) en el 168 a.C., donde el rey Perseo cayó ante Emilio Paulo.

EN UN VIEJO LIBRO

Respecto a la primera edición (1922), los cinco últimos versos han sufrido algunas modificaciones en la versión definitiva (Malanos, p. 98 n.; Paputsakis, p. 265).

EN LA DESESPERACIÓN

Aquí se oye a Petrarca, aunque con un toque de morbosa sensualidad, inexistente en el poeta italiano: «*cosí lasso talor vo cercand'io / ... quant'è possibile in altrui / la disiata vostra forma vera*» (Pontani, p. 508).

JULIANO, VIENDO NEGLIGENCIA

En los versos 1-2, las palabras entrecomilladas son de Juliano el Apóstata, emperador en el 361-363 d.C.: *Cartas*, 89a, 453c. En el verso 9, sobre la educación cristiana de Juliano, ver Sozómeno, *Historia eclesiástica*, V, 2: «fue educado por los obispos y varones eclesiásticos». Pontani y Malanos descubrieron la fuente de este poema en la obra de Allard, *Julien l'Apóstate*, París, 1906, I, pp. 265 y ss., y II, p. 192, n. 2. La frase «nada con exceso» es la célebre máxima delfica. El emperador Juliano (332-363 d.C.) es una figura

clave en las postrimerías del paganismo. El siglo IV es el teatro en el que el paganismo, herido de muerte desde el edicto de Milán (313), da sus últimos coletazos, antes de hundirse ante los nuevos valores que impone el cristianismo, instaurado como religión oficial de todo el imperio por Teodosio en el 392.

EPITAFIO DE ANTÍOCO, REY DE COMAGENA

Sobre Comagena, ver nota al poema «Melancolía de Jasón, hijo de Cleandro, poeta de Comagena (595 d.C.)», p. 268. Cuatro reyes de Comagena se llamaron Antíoco. El mencionado en el poema es probablemente Antíoco I (69-31 a.C.) (Pontani, p. 507). Calístrato (verso 5) es probablemente personaje de ficción.

TEATRO DE SIDÓN (400 d.C.)

Los que visten de oscuro (verso 6) son los monjes cristianos. Malanos (p. 141 n.) encuentra esta misma frase en Eunapio, *Vidas de los sofistas*, 476. El cristianismo se ha impuesto definitivamente y, excepcionalmente, surge un pagano que entona el canto del cisne del mundo recientemente fenecido.

JULIANO EN NICOMEDIA

Los personajes nombrados en el poema son: los filósofos neoplatónicos Máximo, maestro de Juliano, y Crisantio, amigo suyo; Galo, hermano de Juliano, asesinado por el emperador Constancio, primo suyo, en el 354. Mardonio fue preceptor de Juliano. La escena evocada por Cavafis se sitúa en torno al 352, cuando Juliano ya ha vivido el fracaso de restaurar el paganismo. La fuente de que Juliano se convirtió en lector de la iglesia de Nicomedia —capital de Bitinia, en el Ponto— (verso 13) es Sócrates Escolástico, *Historia de la Iglesia*, III, 1. Esta iglesia es la basílica arriana de san Mauricio (Peridis, p. 219).

ANTES DE QUE LOS CAMBIE EL TIEMPO

La cuestión del espíritu (suave o áspero) de la palabra griega correspondiente a York suscitó un ataque violento de S. Lagudakis contra Cavafis y una réplica adecuada de sus defensores (Malanos, pp. 268 y ss.; Peridis, p. 112), anota Pontani (p. 509). Hoy esta discusión no sería posible, pues el decreto llamado *De un solo acento*, promulgado por el gobierno socialista presidido por A. Papandreu en 1981, conlleva, la supresión de los espíritus. El título y la fecha de este decreto me los da Yorgos Licotrafitis, agregado cultural de la embajada de Grecia en España.

EL 31 a.C. EN ALEJANDRÍA

El 31 a.C. es el año de la batalla de Accio (hoy Arta, en el golfo de Ambracia, noroeste de Grecia), en la que la flota de Augusto derrota a la de Marco Antonio, lo que supuso también la caída de Cleopatra y el final del período ptolomaico de Egipto. Tras la derrota, Cleopatra organizó un regreso triunfal a Alejandría, con naves rebosantes de guirnaldas e himnos de victoria, según Dión Casio, LI, 5, anota Pontani (p. 509).

JUAN CANTACUZENO PREVALECE

Juan Cantacuzeno era el válido del emperador Andrónico III Paleólogo, que, a su muerte (1341), lo nombró su sucesor con el título de regente. A este nombramiento se resistió con todas sus fuerzas Ana de Saboya, la emperatriz viuda, que, apoyada por el patriarca Juan de Apri, defendía los derechos del hijo de Andrónico, Juan V. Juan Cantacuzeno fue coronado emperador (1347) junto con su mujer, Irene Asán. Más tarde, Juan Cantacuzeno renunció al trono en favor de Juan V. En un monasterio escribió sus memorias, que nos han llegado con el título de *Historias*. La fuente de los versos 1-4 es el fragmento III, 30 de estas memorias. Los *francos* (verso 14) son los occidentales en general; y particularmente los franceses, a cuya patria pertenecía Ana, anota Pontani (p. 509).

TEMETO DE ANTIOQUÍA (400 d.C.)

Temeto es personaje de ficción. Antíoco Epifanes, rey de Siria, subió al trono en el 175 a.C., aquí nombrado como el «ciento treinta y siete de la monarquía de los helenos» (verso 7). Esta datación se basa en la era de los Seléucidas y parte de la subida al trono de Seleuco Nicátor (312 a.C.). Corresponde, pues, el 175 a.C. (ver nota al poema «A Antíoco Epifanes», p. 250).

DE CRISTAL DE COLORES

La coronación de Juan Cantacuzeno (ver nota a «Juan Cantacuzeno prevalece», p. 273) y de su esposa Irene tuvo lugar en 1347. La fuente del poema es Nicéforo Gregoras, *Historia de Bizancio*, XV, 11, que relata el grado extremo de pobreza al que había llegado la corte, pero que refiere esta historia de las baratijas a la boda de Juan V Paleólogo, obligado a casarse con una hija de Juan Cantacuzeno. Elena C. Diehl, en *Grandeza y servidumbre de Bizancio* (Madrid, 1963, pp. 178 y ss.) recoge esta curiosa anécdota.

EN LA COSTA DE ITALIA

Cavafis sitúa la escena en la Magna Grecia (sur de Italia colonizado por los griegos) y el año de la toma de Corinto por los romanos (146 a.C.) (ver nota a «Combatientes por la Liga Aquea», p. 270).

APOLONIO DE TIANA EN RODAS

La fuente del poema es Filóstrato, *Vida de Apolonio de Tiana*, V, 22. El texto entrecomillado (versos 4-8) es cita literal de Filóstrato. Se escucha en este poema «*l'écho de l'irritation de Cavafy devant l'oeuvre abondante et souvent déclamatoire de son contemporain Palamas*» (Yourcenar, p. 8). (Ver notas a los otros poemas sobre la figura de Apolonio de Tiana, «Los sabios lo que se avecina», p. 246, y «Si es que murió», p. 265.)

LA ENFERMEDAD DE CLITO

Clito es personaje de ficción. Peridis (p. 217 n.) observa que el episodio de la vieja que ruega al ídolo puede tener su fuente en un episodio de la vida de Juliano el Apóstata. El ritual que sigue la vieja (versos 16-18) es el observado en los sacrificios domésticos paganos.

EN UNA CIUDAD DE ASIA MENOR

Pontani (p. 511) sugirió que la fuente del poema está en Díón Casio, LI, 19. Malanos (p. 373) inserta un testimonio del poeta en su intento de representar la mentalidad de las pequeñas ciudades griegas indiferentes a las luchas de hegemonías de los generales romanos, anota Pontani.

SACERDOTE DEL SERAPIÓN

Serapis es el nuevo nombre del antiguo Apis, divinidad griega, representada por un toro e identificada con Osiris. Su templo más célebre —el Serapión—, fundado por Ptolomeo Soter, se hallaba en Alejandría y fue destruido en el 392 por Teodosio. En el penúltimo verso, la retórica expresión «—y es un horror decirlo—» (en latín, *horribile dictu*) corresponde en alguna medida a la expresión del griego clásico *phriktón eipein*, anota Pontani (pp. 511-512).

EN LAS TABERNAS

Tamides es personaje de ficción. Berito es la actual Beirut. Fue colonia romana a partir del 16 a.C.

GRAN PROCESIÓN DE SACERDOTES Y LAICOS

Las fuentes del tema de la procesión son probablemente un texto de Teodoreto, *Historia de la Iglesia*, III, 28, y otro de Juliano, *Misopogon*, 362a, cuyo tema es también el desfile de una procesión pagana. Sobre las manifestaciones de alegría que acompañaron la muerte de Juliano, aparte de las admoniciones de Gregorio Nacianzeno (*Discursos*, 5, 34 y ss.), ver Sozómoeno, VI, 2, y VI, 4, donde ya se lee *al piadosísimo... Joviano* (incorporado en el verso 25). Joviano, tras la muerte de Juliano en una campaña contra los persas, en la que él también participaba, fue elevado al cargo de emperador por el ejército. Su reinado fue brevísimo (363-364). Era cristiano neoconverso y revocó los edictos de Juliano contra los cristianos.

SOFISTA QUE ABANDONA SIRIA

La escena y los personajes son de ficción.

JULIANO Y LOS ANTIOQUENOS

La ji y la kappa son los nombres de las letras griegas X y K, iniciales de los nombres griegos correspondientes a los castellanos Cristo y Constancio. El episodio se refiere a las diferencias entre Juliano y los antioquenos, descrito por el Apóstata en su obra *Misopogon*, 28, 357a. Constancio, emperador cristiano, fue el predecesor de Juliano, anota Pontani (p. 511).

ANA DALASENA

Las palabras del último verso son de la *Alexiada*, III, 6, obra de Ana Comnena, nieta de Ana Dalasena (ver nota a «Ana Comnena», p. 266). Ana Dalasena, esposa de Juan Comneno, fue madre del emperador Alejo I (1081-1118), que la adoraba y que por medio de un *edicto áureo* (verso 1) le confió el poder imperial durante el tiempo que tuvo que ausentarse, para socorrer a la ciudad ilírica de Dirraquio (Durazzo). Fue mujer dotada con una gran personalidad y cualidades excepcionales (Charles Diehl, *Figures Byzantines*, París, Colin, 1906). La frase del último verso — «*Tuyo o mío*, esas frías palabras, nunca nos las dijimos»— es la expresión más emocionante de la total generosidad del amor entre dos personas que conozco en cualquier literatura.

DÍAS DE 1896

Tsircas (pp. 275 y ss.) ve en el poema una alusión a Pavlos, hermano del poeta, y también homosexual. Pero la crítica opina que esta referencia puede tener un alcance más general (ver Liddell, pp. 71 y ss.). El *aunque innata* (la tendencia homosexual, verso 3) revela una opinión supuestamente científica ya en 1927 —la fecha en que Cavafis escribe el poema—, aunque apenas en 1993 empieza a haber investigaciones científicas que afirman que han conseguido aislar el gen de la homosexualidad.

DOS JÓVENES DE 23 A 24 AÑOS

Yourcenar (p. 16) en el *realisme nonchalant* de este poema halla un contacto con el *Satiricón* de Petronio, con «*le souve nir des bous coups d'Ascylte et d'Encolpe*». A Pontani (p. 512) le parece un feliz hallazgo de Yourcenar.

GRIEGA DESDE LA ANTIGÜEDAD

La fuente de la mítica ascendencia de Antioquía es del cronista bizantino Malalas, *Cronografía*, II, 31 (Malanos, pp. 383 y ss.). La denominación de Antioquía como Ione (versos 9 y ss.) proviene de Esteban de Bizancio, citado textualmente por Cavafis: «Ione: así se llamaba la Antioquía..., que fundaron los argivos». La hija de Ínaco (verso último) es Ío, amada por Zeus y metamorfoseada por él en ternera para esquivar la cólera de su esposa Hera. Aguijoneada por un tábano, con el que le acució Hera, fue a morir en Siria. En el lugar de su muerte los argivos levantaron una ciudad en su honor, Iópolis, sobre la que Seleuco Nicátor levantó Antioquía, ciudad por la que Cavafis sintió una especial predilección.

DÍAS DE 1901

Los versos 6-9 «había momentos —aunque, ciertamente, / muy raros— en que la impresión / daba de una carne casi intacta», ¿no resuenan en estos del poema «Pandémica y celeste» de Jaime Gil de Biedma: «¡Si yo no puedo desnudarme nunca, / si jamás he podido entrar en unos brazos / sin sentir — aunque sea nada más que un momento— / igual deslumbramiento que a los veinte años!»? Gil de Biedma conocía bien la poesía de Cavafis y, como gran poeta que era, era un ladrón de versos de guante blanco.

NO COMPRENDISTE

Es intraducible —al menos para todos los traductores hasta la fecha— el juego de palabras del texto entre *egnon* y sus compuestos *anegnon* y *kategnon*. La fuente es Sozómeno, *Historia de la Iglesia*, V, 18 (las palabras entrecomilladas del poema son idénticas en la fuente), anota Pontani (p. 512).

EN ESPARTA

La fuente es Plutarco, *Cleómenes*, 22. Cleómenes fue rey de Esparta en el 236-222 a.C. La ayuda del egipcio Ptolomeo Evergetes fue solicitada contra Antígono III de Macedonia y Arato de Sición, jefe de la Liga Aquea. Cratesilea es la madre de Cleómenes. Los reyes de Esparta se tenían a sí mismos por hijos de Heracles. Y la de los Ptolomeos era una dinastía recién fundada.

EN UNA GRAN COLONIA GRIEGA, 200 a.C.

Para la fecha del título, ver «En el 200 a.C», p. 233, y nota, p. 282. El *decreto* de la tercera estrofa parece inventado, anota Pontani (p. 512).

UN PRÍNCIPE DE LIBIA OCCIDENTAL

El personaje, magistralmente caricaturizado, es de ficción.

CIMÓN, HIJO DE LEARCO, DE 22 AÑOS, ESTUDIANTE DE LETRAS GRIEGAS (EN CIRENE)

La escena y los personajes son de ficción.

EN CAMINO HACIA SINOPE

La fuente del poema es Plutarco, *Demetrio*, 4. Para Pontani (p. 513) la primera parte del poema es invención de Cavafis e identifica a este Mitrídates

con Mitrídates VI Eupátor, mencionado también en el poema «Darío», p. 156. Para Paputsakis (pp. 270 y ss.), en cambio, se trata de Mitrídates V Evergetes, penúltimo rey del Ponto, y sus argumentos parecen más sólidos. El *dueño de potentes ejércitos y escuadras* (verso 3) casa plenamente con la situación militar de este rey, que en el último siglo de su existencia tantos problemas le creó a Roma. Y, en segundo lugar, la mención de Sinope en el título es otro argumento de peso. Mitrídates V la convirtió en capital del reino pónico, y allí este rey murió asesinado. El *noble compañero de su antepasado* (versos antepenúltimo y penúltimo) es Demetrio Poliorcetes (ver «El rey Demetrio», p. 79), y el *antepasado* mencionado es Mitrídates I, fundador de la dinastía del Ponto. La síntesis del pasaje de Plutarco es la siguiente: Antígono, padre de Demetrio, tiene un sueño que le induce a sospechar de Mitrídates y le comunica a su hijo que va a asesinarlo obligándole a jurar que guardará el secreto. Demetrio se reúne con su amigo, guarda un silencio sepulcral y, apartándole un poco de los otros amigos, escribió en la tierra con la punta de la lanza: *Huye, Mitrídates*. Este lo entendió y aquella misma noche huyó a Capadocia.

MIRIS; ALEJANDRÍA (340 d.C.)

Los personajes son de ficción.

ALEJANDRO JANNEO Y ALEJANDRA

Al judío Alejandro Janneo lo conocemos más como uno de los Jonatán de la Biblia. Fue hermano de Aristóbulo I, con cuya viuda, Alejandra (Salomé), se casó y fueron reyes de Jerusalén (104-77 a.C.). Prosiguió las luchas que Judas Macabeo y sus hermanos entablaron contra los sirios (ver 1 *Macabeos*, XI, 52 y ss.). La eterna lucha con Siria, basada, sobre todo, en el antihelenismo, acabó en unas relativas tablas: los judíos lograron una cierta independencia, pero tuvieron que plegarse a la inevitable helenización debida a la superioridad de cultura de sus adversarios.

ADELANTE, REY DE LOS LACEDEMONIOS

La fuente es la misma que la del poema «En Esparta» (ver nota, p. 257), Plutarco, *Cleomenes*, 43. Y relata la marcha de Cratesilea y de sus hijos a Egipto como rehenes del rey Ptolomeo Evergetes.

QUE SE HUBIERAN PREOCUPADO

El protagonista del poema es personaje de ficción. Ptolomeo VIII Evergetes (*'Bienhechor'*), que reinó entre 145-116 a.C., es irónicamente apodado *Kakergetes* (*'Malhechor'*). Sabinas (*Esclavo, Comprado*) es el apodo de uno de los hijos de Alejandro Balas, pretendiente al trono de Siria en el 128 a.C., y asesinado en el 122 a.C. por Antíoco VIII Gripo (*Nariz Torcida*). (Ver poema «Favor de Alejandro Balas» y nota, pp. 161 y 267). Juan Hircano, fundador de la dinastía judía, fue rey de los judíos (135-106 a.C.). Para Malanos la fuente del poema es Bouché-Leclercq, *Les Séleucides*, I, p. 396.

EN EL 200 a.C.

La fuente del poema es Plutarco, *Alejandro*, 16, 17: «y compartiendo la victoria con los griegos... mandó grabar en el botín la inscripción más ambiciosa: “Alejandro, hijo de Filipo, y los griegos, excepto los lacedemonios, de los bárbaros que habitan el Asia”». Un fragmento de este pasaje figura como epígrafe del poema. Se citan varias victorias de Alejandro Magno: Gránico (334 a.C.), Iso (333 a.C.) y Arbela (331 a.C.). Tras la victoria de Gránico, Filipo ofrendó en el Partenón trescientos escudos arrebatados a los persas, junto con la inscripción mencionada. La hostilidad de Esparta hacia las empresas macedónicas se dejó ver ya en el 338 a.C. con su ausencia en el congreso panhelénico de Corinto, presidido por Filipo, anota Pontani (p. 514). La fecha del título —año 200 a.C.— es muy significativa. Faltan solo diez años para la derrota de Magnesia (ver «La batalla de Magnesia» y nota, pp. 82 y 250). Asistimos a la total desintegración de los estados helenísticos, que en breve van a convertirse en territorios dominados por los romanos. Malanos (p. 393, n. 1) halla la fuente del penúltimo verso en esta frase de Renan: «*La force grecque fut portée jusqu'en Bactriane et dans l'Inde*».

El juego del chaquete o tablas reales —en griego, *tavli*— está muy difundido en Grecia. Este juego es una especie de damas, combinado con dados. *Tálero* es una moneda de cinco dracmas. Su uso es equivalente al de nuestro antiguo duro. En el Diccionario de María Moliner aparece la voz «tálero», con el significado de «moneda antigua alemana». En griego la segunda sílaba se escribe con *eta* (antigua *e* larga), pero que se pronuncia como *i*.

EN LAS AFUERAS DE ANTIOQUÍA

Es el último poema de Cavafis, que parece haber utilizado varias fuentes, anota Pontani (p. 515). Los versos 13 y 31 hacen pensar en Juan Crisóstomo, *De Sancto Babyla*, 15 y ss. Otra fuente es Sozómeno, *Historia de la Iglesia*, V, 19 y ss.: «y juntándose los cristianos sacaron el ataúd... y los griegos propalaban el infundio de que era obra de los cristianos». También Juliano, *Misopogon*, 346 b y 361 c, y *Cartas*, 136, relata este hecho ocurrido el 22 de octubre del 362 d.C. También lo cuenta Ammiano Marcelino, XXIII, 14. Babil (237-250 d.C.) fue obispo y mártir de Antioquía, enterrado en Dafne. Los enterramientos obligaron a los sacerdotes de Apolo a abandonar el recinto, lo que les facilitó a los cristianos la construcción de una iglesia sobre la tumba de Babil. En el 362 Juliano viaja a Antioquía y ordena demoler esta iglesia y retirar los restos del obispo. Ese mismo año un incendio, atribuido a los cristianos, destruyó el templo y una fantástica estatua de Apolo, en oro y marfil, obra del ateniense Briaxis, anota Bádenas de la Peña (p. 189). El *Babylas* del original lo traducen Bádenas de la Peña, De Cañigral y Silván por *Babilas*, y Álvarez por *Babyla*. Incluso, en catalán, también Riba y Joan Ferraté lo traducen por *Babilas*. Yo no sé cómo será en catalán, pero, ya al final de este libro, permítaseme gloriarme de aportar la hasta la fecha única traducción correcta, y que es la de *Babil*, corrección que garantizo porque, además de ser acogido este santo con este nombre en el santoral (24 de enero), tuve un tío materno con este nombre. E incluso en el poema *Nuevas promociones*, de mi libro *Cielos e inviernos* (Madrid, Visor, *Poesía reunida* (1979-2011), escribí estos versos: «Pedagogía es pederastia. / Yo, cuando viví en Grecia, lo aprendí... *Y ¿qué es pederastia?* me dice / clavando su pupila en mi pupila el señor Babi, / uno de nuestros bedeles / y que antes fue guardia civil».

BIBLIOGRAFÍA

I. TEXTOS

a) Ediciones

Cavafis, C. P.: *Ta piímata*, edición de los 154 poemas canónicos preparada por Alecos y Rica Sengópulos, Alejandría, 1935.

—, *Piímata I (1896-1918), Piímata II (1919-1933)*, ed. de G. P. Savidis, Atenas, Ícaros, 1963.

—, *Pesá (Prosa)*, Atenas, Fexis, 1963.

—, *Anécdota pesa kímena*, introd. y trad. al griego de M. Peridis, Atenas, Fexis, 1963.

—, *Anécdota piímata (1882-1923)*, ed. de G. P. Savidis, Atenas, Ícaros, 1968.

—, *Epistolés ston Mario Baiano*, ed. de 43 cartas, introducción y notas de E. N. Mosjos, Atenas, Estía, 1979.

—, *Ápanda (Obras completas)*, 1. *Piímata*, 2. *Anécdota piímata*, 3. *Pesá*, 4. *Anzologyía apo kímena, jirógrafa, epistolés, sjedia ke biblía*, 5. *Arzra ke kritikés I*, 6. *Arzra ke kritikés II*, ed. de F. G. Fexis, Atenas, Ecdosis Fikiri, 1982.

—, *Apokirigmena piímata ke metafrasis (1886-1898)*, ed. de G. P. Savidis, Atenas, Ícaros, 1983.

—, *Anécdota Simiómata Piitikís ke Izikís*, ed. de G. P. Savidis, Atenas, Ermís, 1983.

—, *26 Apokirigmena piímata*, ed. de T. Malanos, Atenas, Estía, 1984.

—, *Micrá cavaficá I, Micrá cavaficá II*, ed. de G. P. Savidis, Atenas, Ermís, 1985, 1987.

—, *Krimena piímata 1877?-1923*, ed. de G. P. Savidis, Atenas, Ícaros, 1993.

—, *Atelí píimata (Poemas inconclusos)*, ed. de Renata Lavagnini, Atenas, Ícaros, 1994.

b) Traducciones

—, *Poèmes*, trad. de T. Grivas, con un estudio de E. Jaloux, Lausana, 1947.

—, *The poems of C. Cavafy*, trad. inglesa y notas de John Mavrogordato, introd. de Rex Warner, Londres, 1951.

—, *Présentation critique de Constantin Cavafy, 1863-1933, suivie d'une traduction intégrale de ses poèmes*, ed. de Marguerite Yourcenar y C. Dimaras, París, Gallimard, 1958.

—, *Poèmes*, trad. y notas de Georges Paputsakis, prólogo de André Mirambel, París, Les Belles Lettres, 1958.

—, *The Complete Poems of Cavafy*, trad. y notas de Rae Dalven, introducción de W. H. Auden, Londres-Nueva York, Hogarth Press, 1961.

—, *Poesie*, ed. bilingüe, introd., trad. italiana y notas de Filippo Maria Pontani, Milán, Mondadori, 1961.

—, *Poemas de Cavafis*, trad. catalana de Carles Riba, introducción de Joan Triadú, Barcelona, Editorial Teide, 1962.

—, *Veinticinco poemas*, versión de Elena Vidal y José Ángel Valente, Málaga, Caffarena & León, 1964.

—, *Cinquantacinque poesie*, trad. italiana de M. Dalmati y N. Risi, Turín, Einaudi, 1968.

—, *Poemas eróticos*, trad. de Lázaro Santana, Las Palmas, Inventarios Provisionales, 1970.

—, *50 Poemas*, prólogo, trad. y notas de Lázaro Santana, dibujos de Manuel Millares, Madrid, Alberto Corazón, 1971.

—, *Veinticinco Poemas de Cavafis*, nota y trad. de Juan Ferraté, fotos de Dick Frisell, Barcelona, Lumen, 1971.

—, *30 Poemas*, trad. de Elena Vidal y José Ángel Valente, Ocnos, Barcelona, 1971.

—, *Passions and Ancient Days. Twenty One New Poems*, trad. de Edmund Keeley y George Savidis, introd. y notas de E. K., Nueva York, The Dial Press, 1971 (Londres, The Hogarth Press, 1972).

—, «Undeci inediti erotici», trad. italiana de F. M. Pontani, en *Almanaccho dello Specchio*, I, 1972, 48-65.

—, *75 Poemas*, trad. de Lázaro Santana, Madrid, Visor, 1973.

—, *Poesie nascoste*, trad. italiana de F. M. Pontani, Vicenza, Mondadori, 1974.

—, *Vuitanta-vuit poemes de Cavafis*, trad. catalana de Joan Ferrater, Barcelona, Edicions 62, 1975.

—, *Poemes*, ed. bilingüe, prólogo, trad. catalana y notas de Alexis E. Solà, Barcelona, Curial, 1975.

—, *Collected poems*, introd., trad. y notas de E. Keeley, P. Sherrard y G. P. Savidis, Londres, Chatto and Windus, 1975.

—, *Poesías completas*, trad. y notas de José María Álvarez, Madrid, Hiperión, 1976.

—, *Tretze de l'arxiu de Cavafis i altres coses*, trad. de Joan Ferrater, Barcelona, Edicions 62, 1976.

—, *Poemes*, ed. bilingüe, trad. catalana de Carles Riba, prólogo de Alexis E. Solà, Barcelona, Curial, 1977.

—, *Poesies de Cavafis*, prólogo, trad. catalana y apéndice de Joan Ferraté, Barcelona, La Gaya Ciencia, 1978.

—, *Cien poemas*, trad. y notas de Francisco Rivera, Caracas, Monte Ávila Editores, 1978.

—, *65 Poemas recuperados*, trad. y notas de José María Álvarez, Madrid, Hiperión, 1979.

—, *Poemas completos*, trad. y notas de Cayetano Cantú, prólogo de F. José Férrez Kuri, México, Diógenes, 1979.

—, *Constantino Cavafis*, ed. bilingüe, introd. y trad. de Luis de Cañigral, Madrid, Júcar, 1981.

—, *Poesía completa*, introd., trad. y notas de Pedro Bádenas de la Peña, Madrid, Alianza Tres, 1982 (1985, 2. ed. ampliada).

—, *Poemas*, 75 poemas, trad. portuguesa, prólogo y notas de José Paulo Paes, Río de Janeiro, Nova Fronteira, 1982.

—, *Toda su poesía*, trad. de M. Castillo Didier, Caracas, Ed. Embajada de

Grecia en Venezuela, 1983.

—, *Obra escogida*, trad. y notas de A. Manzano, Barcelona, Teorema, 1984.

—, *Poèmes*, trad. francesa de J. A. Vlajos, Atenas, Ícaros, 1984.

—, *K Kavafis. Lirika*, trad. rusa de 147 poemas por L. Velichanskii, R. Dubrovkin, S. Il'nskaia, Iu. Morits, Z. Morozkinaia, S. Osherov, E. Smaginaia, E. Solonovich, introd. y notas de S. Il'nskaia, Moscú, Judozhestvennaia Literatura, 1984.

—, *Antología poética. Kavafis. (Homenatge a Kavafis. Afiéroma ston Kavafi. Homenaje a Kavafis)*, ed. trilingüe (texto griego, catalán y castellano); selección de poemas, prólogo y trad. castellana de Ramón Irigoyen; trad. catalana de C. Riba y A. E. Solà; Valencia, Excm. Ajuntament de València / Fernando Torres Editor, 1984.

—, *90 e mais quatro poemas*, introd., trad. portuguesa y notas de Jorge de Sena, Coimbra, Centelha, 1986.

—, *Les poesies de C. P. Cavafis*, trad. catalana de Joan Ferrater, Barcelona, Edicions dels Quaderns Crema, 1987.

—, *Veinticinco poemas*, prólogo, trad. asturiana y notas de Xosé Gago, Oviedo, Alvízoras Llibros, 1989.

—, *Obra poética completa*, ed. bilingüe, introd., trad. y notas de Alfonso Silván Rodríguez, grabado de Dimitri Papagueorguú, dibujos de Antonio Quintana, Madrid, Ediciones La Palma, 1991.

—, *Prosas*, trad. de J. García Vázquez y H. Silvestre Landrobe, introd. y notas de H. Silvestre Landrobe, Madrid, Tecnos, 1991.

—, *Oeuvres poétiques*, trad. y prólogo de Socrate C. Zervos y Patricia Portier, París, Imprimerie Nationales, 1992. (262 poemas. La mejor traducción francesa.)

—, *Antologia Bat (Antología Uno)*, trad. vasca de Andolin Eguskiza y Oiga Omatos de cuarenta poemas de Cavafis, ed. bilingüe, Pamplona, Pamiela, de próxima publicación.

c) Traducciones en antologías de poesía griega

Castillo Didier, M.: *Poetas griegos del siglo xx*, introd. y trad. de 37 poemas de Cavafis, Caracas, Monte Ávila Latinoamericana, 1977 (Caracas, Monte

Ávila Editores, 1981).

Irigoyen, Ramón: *Ocho poetas griegos del siglo xx*, introd. y trad. de 52 poemas de Cavafis, notas y apéndice «Poesía erótica de Cavafis», Madrid, Mondadori, 1989.

Morfakidis, Mosjos, y Pociña, Andrés: *Poesía grega do século xx*, introd., excelente bibliografía general y trad. de cinco poemas de Cavafis, Santiago de Compostela, Xunta de Galicia, 1994.

II. ESTUDIOS

Alsina Clota, José: «La Grecia decadente de Cavafis», *La Vanguardia*, Barcelona, 11-7-1963.

—, «Un alejandrino moderno», *Destino* (Barcelona), 7-8-1965.

Bádenas de la Peña, P.: «Poemas bizantinos de Cavafis», *Erytheia* (Madrid), 1, 1982, 3-12.

—, «Presentación de nuevos textos poéticos de Cavafis», *Erytheia* (Madrid), 5, 1984, 39-49.

—, «Nuevos poemas bizantinos de Cavafis», *Turia* (Zaragoza), 24-25, 1993, 29-42.

—, «Nuevo poemario recuperado de Cavafis», *Gaceta de la Traducción* (Madrid), 1, A.P.E.T.I., 1993, 49-63.

Bowersock, G. W.: «The Julian Poems of C. P. Cavafy», *Byzantine and Modern Greek Studies*, 7, 1981, 89-104.

Bien, Peter: *Constantine Cavafy*, Nueva York, Columbia University Press, 1964.

—, *Cavafy Kazantzakis Ritsos*, recoge *Constantine Cavafy*, Atenas, Efstathiadis Group, 1983.

Castillo Didier, M.: «Algunos aspectos de la poesía de Constantino Kavafis», *Byzantion-Nea Hellas* (Santiago de Chile), 1970, 52-107.

Catsimbalis, G. P.: *Bibliografía C. P. Cavafi*, Atenas, 1943.

Cuenca, Luis Alberto de: «Sobre P 426-455 y un poema de Kavafis», *Estudios Clásicos* (Madrid), 66-67, 1972, 263-267.

Dascalópulos, D.: «C. P. Cavafis, un poeta europeo», *Erytheia* (Madrid), 5, 1984, 11-21.

Delópulos, K.: *Cavafi. Istoriká ke ala prósofa*, Atenas, Ellinikó Logotejnikó Ke Istorikó Arjío.

Fernández-Galiano, M.: «Cavafis desde un vocabulario básico», *Erytheia* (Madrid), 5, 1984, 5-9.

Faulí, Josep: «Recuerdo y presencia de Riba», *Diario de Barcelona* (Barcelona), 7-7-1962, 29.

Ferrater, Gabriel: «Els poemes de Kavafis», *Serra d'Or* (Barcelona), 1, 1962.

Forster, E. M.: *Alejandro*, prólogo de Lawrence Durrell, trad. del inglés de Jordi Beltrán Ferrer, Barcelona, Seix Barral, 1984.

Fuster, Joan: «Carles Riba: Poemes de Kavafis», *Poemes 2* (Barcelona), 1963, 38-39.

I Lexi, Número conmemorativo del I Cincuentenario de la muerte de Cavafis, Atenas, 23, 1983.

Iatridi, Iulía: «Carles Riba y Cavafis» (en griego), *Nea Estía*, 769, Atenas, 951-952,

Ioanu, G.: «C. P. Cavafis y el libro XII de la Antología Palatina», trad. española del griego en *Erytheia* (Madrid), 5, 1984, 51-61.

Irigoyen, Ramón: *Poesía neohelénica (II): Kálvos (sic), Cavafis, L'Anquilla* (Logroño), 2, ed. bilingüe, 1980, 5-33.

—, *Poesía griega contemporánea*, ed. bilingüe, CAN (Pamplona), junio 1981.

—, «Semblanza de Kavafis (y diez poemas)», *Nueva Estafeta* (Madrid), 42, mayo 1982.

—, «Homenaje a Kavafis», *Fin de siglo* (Cádiz), 1982.

—, «Poesía erótica de Kavafis», *Revista de Occidente* (Madrid), 23, abril 1983, 133-140.

—, «Un Cavafis en edición bífida», *Erytheia* (Madrid), 14, 1993, 191-192.

Ivanovici, V.: «Traducibilidad y texto poético. A propósito de un poema de Cavafis», *Gaceta de la Traducción* (Madrid), 1, A.P.E.T.I., 5-20.

Jartis, Número conmemorativo del Cincuentenario de la muerte de Cavafis, Atenas, 5/6, 1983.

Kavafis, Catálogo de la Exposición-Homenaje a Cavafis en el Cincuentenario

de su muerte, Roma, Ed. de Il'Elefante, 1984.

Keeley, E.: *Cavafy's Alexandria*, Harvard, Harvard University Press, 1976 (Londres, The Hogarth Press, 1976).

—, *I cavafikí Alexandria. Exélisi enós mizu*, trad. de Tz. Mastoraki, Atenas, Ícaros, 1979.

Kiclos Cavafi, Savidis, Maronitis *et alii*, Atenas, Etería Spudón, 1983.

Ladiá, E.: *Arzra ya tin cavafikí píisi*, Atenas, Ecdosis Fexi, 1973.

Lejonitis, G.: *Cavaficá aftosjolia*, Alejandría, 1942 (reedición Atenas, Ecdosis D. Jarbei & Cía., 1977).

Liddell, Robert: *Cavafy. A critical biography*, Londres, Duckworth, 1974.

—, *Kavafis. Una biografía crítica*, Barcelona, Ultramar, 1980 (trad. del inglés de Carlos Miralles, y trad. directa del griego de los poemas de Cavafis citados).

Malanos, Timos: *Cavafis-Eliot*, Alejandría, 1953.

—, *O piitís C. P. Cavafis, o ánzropos ke to ergo*, Atenas, Difros, 1957.

—, *Cavafis 2*, Atenas, Fexis, 1963.

—, *Anamnisis enós Alexandrinú*, Atenas, Ecdosis Bukumani, 1971.

Mijaletos, G.: *I píisi tu Cavafi. Eszitikí zeórisi*, Atenas, 1952

Nea Estía, Número conmemorativo del centenario del nacimiento de Cavafis, Atenas, 74/872, 1963.

Nea Tejni, Número conmemorativo del cincuentenario de su muerte, Atenas, 1983.

Núñez Esteban, Goyita: «Visión panorámica de Kavafis», *Estudios Clásicos* (Madrid), 53, 1968, 71-83 (con texto griego y trad. de siete poemas).

Otero, C. P.: «Unamuno y Cavafy: *Il gran rifiuto* », *Papeles de Son Armadans*, 36, 1965, 253-294.

—, *Letras I*, recoge el artículo «Unamuno y Cavafy: *Il gran rifiuto* », Barcelona, Seix Barral, 1972.

Papagueorguú, D.: «El primer peldaño», trad., catálogo de exposición de cuatro pintores jóvenes en la Asociación Cultural Cánovas, Madrid, 1988.

Papanutsos, E. P.: *Palamás, Cavafis, Sikelianós*, Atenas, Ícaros. 1955.

Peri, M.: *Quattro sagi su Kavafis*, Milán, Università Católica, 1977.

Pla, Josep: «El poeta grec modern Kavafis», en *Notas a Silvia*, vol. XXVI de su *Obra completa*, Barcelona, 1974, 419-422.

Pontani, F. M.: *Eptá dokimia Le meletímata ya ton Cavafi (1936-1974)*, Atenas, Morfoticó Idrima Eznikís Trapeisis, 1991.

Risva, M.: *La pensée politique de Constantin Cavafy*, París, Belles Lettres, 1981.

Rivas Sanpons, J.: *El autor y su obra. Kavafis*, Barcelona, Barcanova, 1982.

Sareyanis, I. A.: *Sjolia ston Cavafi*, prólogo de Y. Seferis, Atenas, Ícaros, 1964.

Sarrionandia, Joseba: *Izkiria turik aurkitu ditudan ene poemak (Poemas míos que ya he encontrado escritos)*, incluye trad. vasca de seis poemas de Cavafis, Pamplona, Pamiela, 1985.

Savidis, G. P.: *Ya mía proti anágnosi tu Cavafi se discus. Filoloyicó Dokimio*, Atenas, 1964.

—, *To arjío tu C. P. Cavafi*, Atenas, 1964.

—, *I cavafikés ecdosis (1891-1932)*, Atenas, Écdosi Tajidromu, 1966.

—, *O drasticó logos tu C. P. Cavafi*, Atenas, 1972.

Seferis, Yorgos: *Dokimés*, Atenas, 1962.

—, *O Cavafis tu Seferi*, ed. de G. P. Savidis, Atenas, Ermís, 1984.

—, *El estilo griego I. K. P. Kaváfis (sic) T. S. Eliot*, trad. del griego Selma Ancira, México, Fondo de Cultura Económica, 1988.

Tetradia Efzinis: Meres tu piiti C. P. Cavafi. Peninda jronia apo ton zánato tu, Homenaje conmemorativo del cincuentenario de su muerte, Atenas, 1983.

Tovar, A.: «Cavafis y la tradición epigramática», *Erytheia*, 5, 1984, 23-38.

Tsircas, Stratís: *O Cavafis ke i Epojío tu*, Atenas, Kedros, 1958.

—, *C. P. Cavafis, sjediásmata jronografías tu búu tu*, Atenas, 1963.

—, *O politicós Cavafis*, Atenas, Kedros, 1971.

Uranis, Costas: *Dikí mas ke xeni*, Atenas, 1955.

Varios: *The mind and art of C. P. Cavafy. Essays on his Life and Work*, ensayos de Forster, Liddell, Seferis, Spender y otros autores, Atenas, Denise

Harvey and Company, 1983.

Yalurakis, *M.*: *O Kavafis tu kefaleu 'T', sinomilíes me ton T. Malano*, Alejandría, 1959.

—, *Stin Alexandria tu Cavafi*, Atenas, Olcós, 1974.

Yatsinis, *G.*: *I Alexandria tu Cavafi*, Atenas, 1962.



La traducción de Ramón Irigoyen es, poética y filológicamente, intachable. [...] Incluye un prólogo excelente

JAIME SILES

Cavafis es uno de la media docena de poetas del siglo XX que han ejercido mayor influencia en la poesía occidental. La presente edición reúne los 154 poemas —llamados «poemas canónicos»— que Cavafis estimó como su obra válida para ser publicada. Aquí están, entre otras, las cimas de su arte: «El dios abandona a Antonio», «Ítaca» o el poema «Fui», donde relata la historia de su liberación sexual. La historia helenística y la historia bizantina le suministraron excelentes temas para su poesía. Escepticismo, ironía, orgullo de ser griego y de escribir en griego, e intenso y libre erotismo convierten a Cavafis en nuestro contemporáneo. Ramón Irigoyen —«descomunal poeta», según Juan García Hortelano— es autor de libros de varios géneros y de libros de traducciones del griego antiguo y moderno.

C. P. Cavafis (Alejandría, 1863-1933) es considerado el poeta griego más célebre del siglo XX. Nació en el seno de una extensa familia burguesa, propietaria de una empresa dedicada a la elaboración de algodón con sucursales en Liverpool y Londres. Cuando Cavafis tenía siete años su padre falleció y la familia emigró a Gran Bretaña, donde inició su aventura literaria y se interesó por grandes autores como Shakespeare y Oscar Wilde. En 1877 el negocio familiar quebró y decidieron regresar a Alejandría, pero en 1882 estalló el conflicto entre Egipto y Gran Bretaña, por lo que se vieron obligados a volver a abandonar el hogar. Se instalaron en Constantinopla donde Cavafis, de orientación homosexual, empezó a descubrir los placeres ocultos en los burdeles, un tema muy recurrente en sus poemas. En 1885 regresó definitivamente a Alejandría, donde empujó su carrera como funcionario en el Ministerio de Obras Públicas y colaboró como corredor de bolsa junto a uno de sus hermanos. A lo largo de su vida, Cavafis mantuvo sus poemas en las sombras. En 1900 publicó una selección que él mismo realizó y solo distribuyó en su entorno. Fue conocido tras su muerte gracias a la impresión que su obra causó en el escritor E. M. Foster, quien se encargó de difundirla en el mundo anglosajón.

Ramón Irigoyen nació en Pamplona y residió tres años en Atenas. Es licenciado en filología clásica. Fue profesor de la Escuela de Idiomas de la Universidad de Atenas. Es autor de dieciséis libros. Ha publicado quince libros de traducciones del griego antiguo y moderno. Sus traducciones de *Medea* y de *Las troyanas*, ambas de Eurípides, se representaron en cuatro espectáculos dirigidos por Núria Espert, Irene Papas/ x La Fura dels Baus, Michael Cacoyannis y Mario Gas. Su obra ha sido traducida a diez lenguas.

www.ramonirigoyen.com

Título original: *Poimata*

Edición en formato digital: junio de 2016

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 1994, Ramón Irigoyen, por la traducción, el prólogo y las notas

Diseño de la portada: Penguin Random House Grupo Editorial

Ilustración de la portada: © Estela Ibarz

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-3764-9

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Índice

Poemas

Prólogo

I. Biografía

II. Obras en verso y prosa

III. Marco histórico y la cuestión de la lengua

IV. Su poesía

V. El erotismo en su poesía

VI. Traducciones castellanas, catalanas, asturianas, gallegas y vascas

VII. Esta edición poemas

Poemas I (1896-1918)

1896-1904

1905-1915

1916-1918

Poemas II (1919-1933)

1919

1920

1921

1922

1923

1924

1925

1926

1927

1928

1929

1930

1931

1932

1933

Notas sobre los poemas

Bibliografía

Sobre este libro

Sobre los autores

Créditos

